

V i d a D e R i m b a u d

J e a n - M a r i e C a r r é

VIDA DE RIMBAUD

A GABRIEL MARCEL

AL LECTOR

Es ésta una nueva edición del libro de Rimbaud, ¿será éste un signo irrecusable de la vitalidad del poeta?¹ Hoy tiene mayor actualidad aún.² Desde que apareciera, en 1926, la Vida azarosa de Jean-Arthur Rimbaud, ¿cuántas fueron las obras consagradas al “poeta maldito”? La lista podrá verse más adelante en una bibliografía que sólo contiene lo esencial.³ Son unos treinta volúmenes en, aproximadamente, veinte años. Pero son, en su mayoría, ensayos interpretativos. El “caso” Rimbaud sigue siendo un misterio; su obra es hermética. Uno y otra apasionan siempre, son temas inagotables.

Sin embargo, para el simple biógrafo, el problema es menos complejo. Las fuentes, los elementos de apreciación de que se disponía en 1926, ¿han sido muy modificados? ¿Se ha enriquecido nuestro conocimiento de los hechos?

¹ Han sido igualmente agotadas las ediciones norteamericanas y rusas

² También ha enfrentado el teatro y el cine. La documental Barco ebrio ha sido presentada en mayo de 1949 en Charleville y en París.

³ La mejor y más completa bibliografía de Rimbaud es debida a Pierre Petitfils, París, 1949

Muy poca cosa. Los amigos de Rimbaud, aquellos que nos informaban, han muerto: Louis Pierquin, Ernest Delahaye, Georges Izambard. En 1931 recurrí a sus recuerdos para la edición de las Cartas de la vida literaria de Rimbaud, así como también utilicé los documentos de Delahaye, en la Biblioteca Doucet, para poder determinar el comentario de los sabrosos dibujos que aquél recibiera de Verlaine, o los que él le enviara.⁴

¿Qué se ha agregado en estos últimos veintitrés años? Pese a las numerosas publicaciones, casi nada importante. Losseau y Willems pusieron fin a la leyenda del auto de fe de Una temporada en el Infierno.⁵ Dullaert dio a conocer el expediente del sumario judicial de Bruselas.⁶ Publiqué la Carta en el Bósforo egipcio⁷ y el sumario del consulado de Aden⁸. Con algunos hallazgos del coronel Godchot, referentes a la familia y ascendientes de Rimbaud, de Miss Starkie con respecto a su estadía en Inglaterra y en Etiopía, con el pequeño descubrimiento del diario de su hermana Vitalie por Matarasso, concluyó todo o casi todo.

Eso es suficiente para la revisión de este libro, no para rehacerlo. Quien desee conocer más, deberá recurrir al volumen inglés de Miss Starkie, quien nos diera en 1941 una nueva edición revisada y corregida. Agotó la fundación Dou-

⁴ Cf. el álbum *Acerca de Verlaine y de Rimbaud*, 3er. cuaderno de la Sociedad de los Amigos de la Biblioteca J. Doucet, París, 1949. ¡Dibujos inéditos de Verlaine, G. Ncuveau, E. Delahaye.

⁵ CL Cartas de la vida literaria de Rimbaud, N. R. P., págs. 221-231

⁶ Nord, noviembre de 1930 e *ibid.*, págs. 100-107

⁷ Cartas de la vida literaria de Rimbaud, págs. 177-218

⁸ *Revisé de France*, 1º de junio de 1935

cet, la colección Matarasso y una abundante bibliografía. Su hermosa obra es una diligente y copiosa síntesis.

La tesis del doctorado de Letras,⁹ que publicó este año Bouillane de Lacoste, exige una declaración más amplia. Este libro, un poco seco, es un explosivo. Según su rigurosa argumentación, apoyada en una experta pericia caligráfica, *Las Iluminaciones* son, exactamente y tal como lo expresara Verlaine, posteriores a *Una temporada en el Infierno*. Así, pues, ésta no posee el patético carácter de un adiós definitivo a la literatura. Es obra de una depresión pasajera, de una crisis de neurastenia, de la que se sobrepusiera rápidamente, dejando lugar a una nueva orientación estética. *Las Iluminaciones*, compuestas, no en 1872 y 1873, sino entre 1873 y 1875, se convierten en una recopilación de poesías y de prosas optimistas escritas en un período de calma. Debo agregar que el crítico holandés D. E. Graaf¹⁰ sostiene la misma teoría que de Bouillane de Lacoste, sin haber recurrido, como éste, a la grafología, sino apoyándose en argumentos de orden histórico, biográfico y literario.

De Bouillane de Lacoste amplió su demostración en su edición crítica de *Las iluminaciones*,¹¹ sin agotar, en el plano de lo psicológico y literario, las consecuencias que podían desprenderse. El abandono de la literatura es un hecho que subsiste; la "huida al desierto" sólo es llevada a cabo dos o tres años más tarde. ¿Por qué? ¿Filomatía, sed de actividad,

⁹ Rimbaud y el problema de las iluminaciones, "Mercure de France", 1949.

¹⁰ Arthur Rimbaud y la duración de su actividad literaria, tesis de doctorado de Amsterdam, 1949.

¹¹ Mercure de France, 1949.

inestabilidad funcional, asco por la Europa "de los antiguos parapetos"? El problema de Rimbaud ha sido aclarado en un punto importante, pero no ha sido resuelto en su conjunto, y por ello no he vuelto a escribir este libro. Nada ha cambiado profundamente en la curva general de la vida azarosa y en la presentación del hombre.

Allí donde fue necesario, se realizaron modificaciones al antiguo texto: en la exposición del problema de Rimbaud, en el capítulo referente a Una temporada en el Infierno, en ciertos relatos de la vida etíope. Le fueron agregados a este libro una serie de Notas y comentarios destinados a determinar, capítulo por capítulo, los puntos recientemente discutidos o las nuevas adquisiciones. Finalmente, nos ha parecido oportuno reproducir, como apéndice, el sumario del consulado de Aden. Estas cartas inéditas constituyen un sabroso complemento informativo sobre el periodo colonial.

Pero siempre hemos permanecido en el plano biográfico. En el transcurso del relato no hemos dejado de comprender, explicar o juzgar, y este libro sigue siendo, bajo su nueva forma, estrictamente una Vida de Rimbaud, y no pretende ser otra cosa. Por esta razón subsiste la Advertencia de la primera edición. El punto de vista no ha cambiado. Después de tantas interpretaciones, glosas y fórmulas encontradas -Rimbaud ateo y Rimbaud católico, Rimbaud individualista y Rimbaud comunista, Rimbaud dios y Rimbaud niño-, he aquí simplemente la historia de un hombre que reúne, en un grado sobrehumano, toda la grandeza y todas las miserias humanas, un poeta de genio devorador,

pero de inestabilidad fatal, que se ha consumido en su implacable llama.

ADVERTENCIA PARA LA PRIMERA EDICIÓN

En este libro emprendo el relato de la vida y de las aventuras del poeta Jean-Arthur Rimbaud, aquel a quien François Coppée tratara de misticador insigne, y a quien Rémy de Gourmont llamara "sapo pustuloso". En cambio, debo recordar que para Claudel fue un vidente, un santo, el "iluminador de todos los senderos del arte, de la religión y de la vida", y que Jacques Rivière magnificó en él al "terrible mensajero que desciende con el rayo, al que lleva la espada".

Hay un hecho cierto -y esto bien parece ser un privilegio del genio-, ningún poeta moderno ha provocado reacciones tan opuestas y tan profundas vibraciones, resonancias tan diversas y tan imprevisibles. Adiestró en sortilegios a los simbolistas, a los poetas de "la Abadía", y nuestros cenáculos más avanzados reclaman ruidosamente su paternidad. Verlaine ha envejecido. Rimbaud se muestra inagotable.

¿Y qué diremos de su vida? ¿Habrà alguna más emocionante, más enigmática, más prodigiosa? ~,Qué no se ha escrito sobre él, sobre su carácter, sobre su destino? ¿Llega del cielo o del infierno? ¿Es un elegido o un condenado? Ángel o demonio, ¿qué es? Probablemente ambos, es decir, un

hombre hasta el grado sobrehumano. Esto explica el espíritu del presente libro.

Creo conocer aproximadamente todo cuanto se ha publicado sobre Rimbaud, y he recogido el testimonio escrito u oral de varios de sus contemporáneos, de su viejo maestro Georges Izambard, de sus amigos Ernest Delahaye y Louis Pierquin. Me han documentado con una solicitud tan benévola como ilustrada, y les agradezco. No es mi intención el reanimar discusiones y polémicas que son, por su misma esencia, interminables. No tengo tesis que defender, y este libro no es la obra de un partidario. Rimbaud no es, como lo proclamaran Claudel y Paterne Berrichon, un santo, un arcángel, un predestinado marcado por el signo divino. No es un ateo sacrílego, un muchacho pillo, obsceno y sucio, un vago pálido y, como lo dijera Edmond Lepelletier, "el mal genio de Verlaine". Es un pioner de raza y gran aliento, el más prestigioso aventurero del ideal y de la realidad que, sin duda, haya existido, y es ésta la doble aventura que deseo relatar aquí. Lo seguiremos a través del universo de las ideas y de los ritmos y por el de las tierras y las aguas.

¿Recurriremos a su obra? Sí, ampliamente, cada vez que ella aclare su vida. Pero no la examinaremos en detalle. Ella encontró en las personas de Paterne Berrichon, de Ernest Delahaye y de Marcel Coulon intérpretes de una tendencia a menudo contraria, de calidades desiguales y de un valor siempre sugestivo. Remito a sus obras al lector curioso de exégesis y ávido de glosas literarias.

Mi finalidad es más modesta. Trataré de hacer revivir a Jean-Arthur Rimbaud, procurando, quizá, menos definir al

superhombre que resucitar al hombre --hombre de genio, de rebelión, de miseria y de dolor.

Ciertamente hubiésemos logrado hermosos efectos dramáticos al evocar a un Rimbaud prometeico, rebelde e impenitente hasta el final. También hubiese sido grandioso erigir hasta las nubes a un Rimbaud místico, ávido de divinidad, superándose y sobrepasándose en su renunciamento literario, en su apostolado africano, en su conversión católica. Pero, ¿no es acaso más lacerante verlo tal chal es, mostrarlo abochornado por el Destino celoso, agotado por su loca aventura, abandonado por los hombres y los dioses, renunciando a la vida con una dificultad mayor que la pasada renuncia a su genio? ¿Hay algo más trágico que la caída de Icaro?

Espero que todo esto sea sentido a través de este simple relato que se esforzará por ser vívido, imparcial, tan exacto y preciso como sea posible y -lo que no siempre es cómodorrigurosamente cronológico.¹²

J.M.C.

¹² Las fechas tienen gran importancia en la vida literaria de Rimbaud, y la mayoría de los críticos hubieran evitado muchas discusiones si las hubieran tenido en cuenta. Nunca se logrará ser demasiado minucioso respecto a este punto.

Primera parte
EL AVENTURERO DEL IDEAL

“La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres.
Fuir lá-bas -fuir! Je sens que des oiseaux sont
ivres d'être parmi L'écume innocua et les cieux”¹³
MALLARME

Capítulo primero
EL HIJO PRODIGO

Jean-Arthur Rimbaud nació en Charleville, en las Ardenas, el 26 de octubre de 1854.

¡Charleville, Mézières! Ciudades gemelas cuyas más insignificantes calles exploró, y donde acalló su impaciente infancia. Mézières, ciudadela y prefectura, vieja ciudad en aquel entonces circundada por las murallas que defendiera Bayardo, ciudad de burócratas y de empleados nacionales, adormecida bajo la sombra de su elevada iglesia. Charleville,

¹³ “La carne es triste, ¡ay!, y he leído todos los libros. ¡Huir! ¡huir bien lejos! ¡Presiento pájaros ebrios de permanecer en medio de la desconocida espuma y de los cielos”

joven rival, ya más populosa y más rica, orgullosa de su comercio y de su industria, animada por una burguesía emprendedora y charlatana: ni una ni otra pueden reivindicarlo. Él no las amó.

Pero ellas nacieron a orillas de un hermoso río, cuyos meandros de plata siguió con nostálgica mirada. ;Eterna "invitación al viaje"! El Mosa, que llega desde el Este, roza Mézières y se aparta: circunda la península de San Julián, se despereza en un despreocupado capricho y regresa, una vez más, hacia la ciudadela para acariciar sus enmohecidos muros; y desciende hacia Charleville, franquea las puertas del Ardena y huye hacia el Norte, en medio de rocosos esquistos azulados, grutas y bosques de un romántico valle. Insensible a las brumosas armonías del paisaje natal, Rimbaud sólo guarda de ellas un recuerdo: el canto del río, el llamado del agua fugitiva hacia lo desconocido.

En él todo debía hacerse eco: desde la profundidad de su ser la voz de la sangre respondía al llamado. Como Verlaine, era hijo de militares, y su padre, un burguiñón de ascendencia provinciana, oponía a la austeridad cerrada de la vieja Ardena la audaz vivacidad de la tierra del vino y del sol. Era un buen soldado. Concluido su servicio militar, fue designado oficial por el duque de Aumale; el capitán Rimbaud había hecho la campaña de Argelia con las tropas ligeras de Orleans, y había llevado, antes de su matrimonio, la vida ruda y litere de jefe de oficina árabe. A su regreso a Francia no pudo entenderse con su mujer, cuya mentalidad rígida y severa lo irritaba. Inmediatamente después del nacimiento de su segundo hijo, Arthur, abandonó su tierra para tomar parte

en la guerra de Crimea. Soñaba con escribir obras militares, y su túnica se fue plagando de condecoraciones. Más que el hogar, lo atraía el ejército, y éste lo retuvo. Aunque su familia aumentó, el hogar siguió muerto. En 1860, su mujer se separó definitivamente de él, y volvió a Charleville, donde nació su quinto hijo, Isabelle, la hermana preferida del poeta.

De su padre guardará Arthur más de un rasgo: su frente alta y combada, los ojos vivos y azules, los cabellos castaños-claros, la pequeña nariz un poco respingada, la carnosa boca sensual. También hereda de él la inestabilidad, el humor, la liberalidad de maneras, de palabra y de pensamiento, una inaceptable curiosidad, el gusto por los viajes y las lenguas.

Pero, por parte de su madre, la Ardena tomará revancha. Esta mujer, alta y delgada, concuerda con el áspero decorado, con los horizontes sombríos, los tonos grises, el clima rudo. „Qué legará a su hijo? En primer lugar, su alta estatura, las manos largas y nudosas, la voz mordaz, las rellenas mejillas avivadas por el cierzo y, además, su intratable orgullo su empecinamiento salvaje, su voluntad despiadada.

Hija de poderosos propietarios de la Baja-Ardena, era una mujer de acero, altanera y de acre avaricia. Santurrona y autoritaria, no admitía las discusiones. Tampoco fantasía alguna, ninguna espontaneidad, ningún abandono. Tenía, sin duda, corazón, pero no sentimentalismo ni sonrisa alguna. Tuvo hermanos descarriados, y vivía con el terror de que sus hijos siguiesen el mismo camino de perdición.

De tal manera, ejerció sobre su hijo una tiranía a menudo absurda, y el poeta aprendió así, junto a ella, a rebelarse.

Antes de alzarse contra la religión, la sociedad, la literatura, se insurreccionó contra su familia.

¿Será posible creerlo? Sin embargo, fue ella quien triunfó. El alma de Rimbaud será un patético campo de batalla, donde, sin tregua, se enfrentarán fuerzas contradictorias. Fuerzas de expansión: la movilidad, la osadía de su padre, la necesidad de afanarse, el deseo de acumular experiencias. Fuerzas de concentración y de economía campesinas: el placer de la adquisición, el amor por lo poseído, el gusto por el rendimiento y, finalmente, una sed por la propiedad, esa nostalgia del oro que, en última instancia, siguen siendo sordas reivindicaciones del espíritu maternal.

La primera mitad de la vida de Rimbaud estará dominada por el geniecillo de la aventura, pero durante la segunda mitad (sean cuales fuesen, por otra parte, las razones de su abdicación literaria y de su huida al desierto), se volverá "avaro como el mar" y penosamente cargará en su cinturón de colonialista sus dieciséis mil francos de oro.

A veces perdido idealista, otras furioso positivista, es de creer que escuchará sucesivamente el llamado de estas herencias hostiles. Aventurero de un ideal, se agotará en un escalar imposible. Pero, cuando, aventurero de lo real, penetre con sus caravanas en el corazón de la ardiente Etiopía, no atribuyáis su audacia a supremas temeridades. Ya no tiene el placer de los riesgos. Bajo su tienda de beduino apila los talaris y desde lejos su madre le sonrío...

*

Si damos crédito a su muy complaciente biógrafo y cuñado, Paterne Berrichon, el nacimiento del poeta es ya un prodigio. La señora Rimbaud alumbra en casa de su padre, el burgués Cuif, agricultor convertido en rentista e instalado en un hermoso departamento en la calle principal de Charleville. (Hoy: 12, calle Thiers). "Apenas transcurrida una hora de su llegada al mundo, cuando terminaban de dispensar al niño los cuidados debidos al recién nacido, el médico partero comprueba que ya tiene los grandes ojos abiertos. Y como la enfermera encargada de fajarlo lo depositara sobre un almohadón, en el suelo, para ir a buscar alguna prenda del ajuar, estupefactos lo vieron descender del almohadón y gatear, riendo, hacia la puerta del departamento que daba al descanso."

¿Es cierto? Pero, ¿por que se habría detenido allí? ¡La escalera era muy tentadora para un futuro explorador! ¿Y la calle, aquella ancha calle muy animada, tan bulliciosa, que va desde la encrucijada de la avenida de la Estación a la plaza Ducal (plaza central de Charleville, construida por el duque Carlos de Gonzaga, fundador de la ciudad), y donde, en los días de feria, se apretujan tras los carros de verdes toldos, olas de paisanos endomingados, relucientes con sus ropones azules?

No, dejemos de lado estas piosas leyendas. A esta vida, que tantas veces maldijera, Rimbaud no la saludó sonriente. Por otra parte, su precocidad es ya suficientemente sorprendente para que no nos tiente la exageración. Y el hecho de que el niño, aún de pecho y en casa de los mercaderes de clavos de los alrededores, haya elegido por propia

voluntad como vivienda -¡y para jugar solo!- un cofre de sal, que "haya caminado deliberadamente" a los dieciocho meses, sin "ayuda alguna", todo esto no tiene ningún interés para nosotros.

Cuando la señora Rimbaud abandonó a su marido y regresó a Charleville, para dar a luz a su hija Isabelle, el abuelo Cuif había muerto y fue necesario buscar alojamiento. Debieron contentarse con una improvisada instalación en la vieja calle Bourbon. Aquél ya no era el alegre barrio de antaño, la calle espaciosa con sólidos negocios; la casa del librero Letellier con su vitrina rutilante de imágenes de Eoinal y de libros de Etrennes,¹⁴ que ya atraían al "poeta de siete años"

A sept as, il faisait des romans sur la vie
 Du gran désert où luit la liberté ravie.
 Forêts, saleils, rives, savanes! Il s'aidait
 De journaux illustrés éú, rouge, il regardait
 Des Espagnoles rire et des Italiennes...¹⁵

La calle Bourbon era una calle desaliñada y populachera. Fue allí donde, por vez primera, presintió la vida sufrida de la pobre gente. Se evadía del viejo departamento y, a "la

¹⁴ Etrennes de la poésie française: Antología de Baif, obra compuesta por poesías traducidas del griego y que contiene un ensayo fonética de ortografía y una curiosa aplicación de la métrica antigua a la poesía francesa. (N. del T.)

¹⁵ A los siete años componía novelas sobre la vida
 Del gran desierto donde la libertad encantada brilla.
 ¡Selvas, soles, riberas, sabanas! Se ayudaba
 Con periódicos ilustrados, donde, excitado, observaba
 Cómo reían las españolas y las italianas.

sombra de los pasadizos de enmohecidos toldos", en los jardincillos de "apestados tapiales", se reunía a escondidas con pequeños compañeros "enfermizos y desnudos", hijos de obreros.

"Cachant de maigres doigts jaunes et noirs de boue
"Sous des habits puant la foire, et tout vieillots."¹⁶

Pues el ambiente familiar era pesado y muy triste. Debía engañar a su madre para salir al encuentro de compañías que nunca lograban ser "convenientes". En principio, los niños de los vecinos no entraban al departamento. La señora Rimbaud sabía montar guardia. Sus dos hijos y sus dos hijas (la tercera hija murió muy niña) -Arthur e Isabelle eran los más jóvenes- debían divertirse "buenamente", entre sí y . . . sin juguetes. ;En verdad, pobre cuarteto! Pero el niño se burlaba de las prohibiciones maternas:

Quand venait, l'oeil brun, folie, en robes d'indienne,
-Huit ans- la filie des ouvriers d'á côté,
La petite brutale, et qu'elle avait sauté,
Dans un coin, sur son dos, en secouant ses tresses,
Et qu'il était Bous elle, il lui mordait les fesses,
Car elle ne portait jamais de pantalons,
Et, par elle meurtri des poings et des talons,
Remportaít les saveurs de sa peau dans sa chambre.¹⁷

¹⁶ Ocultando delgados dedos amarillos y negros de barro.

Bajo sus vestidos apestando a feria, y avejentados.

¹⁷ Cuando llegaba, la mirada sombría, loca, el vestido de percal,

-Ocho años- la hija de los obreros vecinos.

Todos los domingos, según me contó mi viejo amigo Louis Pierquin, la señora Rimbaud asistía a misa de once en la nueva iglesia parroquial. Se dirigía hacia allí majestuosamente, con sus hijos: delante iban las dos niñas, Vitalie e Isabelle de la mano; luego los dos varones, Frédéric y Arthur, con sendos paraguas de algodón azul. Erguida en su corselete negro y con guantes tejidos, la madre cerraba la marcha. Los pequeños estaban prolijamente vestidos, llevaban sombrero redondo, un cuello volcado y bien planchado, zapatones y traje de anticuado corte. El mismo ceremonial era estrictamente observado al ir al mercado para realizar compritas o hacer las provisiones. Eran objeto de curiosidad para los transeúntes y los negociantes. La plaza Ducal, en el noble y frío orden de sus veinticuatro pabellones Luis XIII, contenía en aquellos días toda una población hormigueante y atareada, y entre ella el cortejo original andaba entre las tiendas, los puestos al aire libre, los carricoches de baratijas y de primicias, con impecables modales, en medio de los irónicos comentarios.

El domingo era un día terrible, entonces el juego y el ruido eran severamente prohibidos.

Il craignait les blafards dimanches de décembre

Pequeña salvaje, y en aquel rincón
 Montara sobre sus espaldas agitando sus trenzas,
 Él debajo de ella, mordiéndole las nalgas
 (Jamás usaba ella bombachitas),
 Y lo castigaba con los puños y los pies,
 Regresaba luego a su cuarto saboreando su piel.

Oiz, pommadé, sur un guéridon d'acajou,
Il lisait une Bible á la tranche chou!¹⁸

Ninguna distracción, ningún abandono. Grises, som-
bríos, que nada lograba iluminar, y mientras tanto su imagi-
nación huía:

Il rêvait la prairie amoureuse. ou les houles
Lumineuses, parfums sains, pubeacences d'or,
Font leur remuement calme et prennent leur essort!¹⁹

Luego, volvía a su libro de aventuras, ü las láminas evo-
cadoras:

Il lisait son roman sans cese médité,
Plein de lourds ciels ocreux et de forêts noyées,
De fleurs de chair au bois sidéral déployées..²⁰

Y en el cuarto desnudo, alto- y azul, "agriamente traspasado de humedad", tras las persianas cerradas, su sueño victorioso ocupaba un lugar tejiendo a su alrededor la red de los sortilegios.

¹⁸ ¡Temía los descoloridos domingos de diciembre
Cuando empolvado, frente a la redonda mesita de caoba,
Leía una Biblia con cantos color verde pálido!

¹⁹ Soñaba con la amante pradera, donde el iluminado
Oleaje, los perfumes sanos, el vello dorado,
Se mecen en la calma y toman vuelo.

²⁰ Leía la novela sin cesar meditada,
Plena de pesados cielos ocres y de selvas sumergidas,
De carnosas flores en bosques siderales desparramadas

Sin embargo, en 1862, la familia se mudó una vez más, pues la señora Rimbaud no lograba entenderse con ningún vecino. Emigraron a un barrio "bien visto", en la calle Orleans, "en las calles arboladas", tal como familiarmente se decía entonces en Charleville. Era un hermoso paseo, ventilado, bordeado de hermosas moradas, ancho, con plantaciones de castaños. En aquel tiempo, los muchachos entraron al Instituto Rossat, colegio libre y laico donde comenzaron con las letras. Rimbaud tenía ocho años.

En uno de sus cuadernos escolares fue hallada una curiosa narración, donde se mezcla el sentir de la naturaleza extrañamente precoz en medio de la torpe vivacidad, una instintiva rebelión contra los exámenes y los libros.

"El viento fresco agitaba las hojas de los árboles con un murmullo algo semejante al que, producían las plateadas aguas del arroyuelo que se deslizaba a mis pies. Las helechos encorbaban sus verdes frentes ante el viento. Me adormecí no sin antes apaciguar mi sed en el agua del arroyo." Y el relato, muy incoherente, concluye con una infantil y ridícula invectiva contra los estudios, el griego, el latín, la histeria y la geografía. Ya está presente el "muchacho molesto", jurando y blasfemando, aquel cuyos sarcasmos indispondrán más tarde a los burgueses... y a los parnasianos. "¡Ah! ¡Pámpanos y repámpanos! ¡Recontra repámpanos! Yo seré rentista; ¡que no es bueno gastar sus fundillos en los bancos, recontrarrecórcholis!

¡Ocho años! ¡Esto da qué pensar!

Sin embargo, gastar sus fundillos en los bancos escolares, es cuanto hará en primer término, muy juiciosamente.

Es orgulloso, y esto explica su primera asiduidad, sus primeros esfuerzos, sus éxitos escolares. A los diez años, entra a séptimo, en el colegio de Charleville.

El colegio estaba entonces situada cerca del Mosa, frente a la plaza del Santo Sepulcro, desierta y silenciosa explanada limitada por el convento del mismo nombre, por el seminario y por curtiembres. A orillas del lago estaba amarrado un bote donde el niño se aislaba gustoso, mientras esperaba la hora de entrada para los externos. El que fuera su mejor amigo y su biógrafo más fiel, Ernest Delahaye, recuerda haberlo visto cierto día "con la mirada larga y deliciosamente fija sobre el agua agitada y chasqueante, las hierbas desarraigadas, los despojos que pasaban, los vellones sumergidos, semiflotantes, formas y colores cambiantes, indecisos, misteriosos". Aquí despierta el poeta, el que luego escribirá Barco ebrio. Pero su amor a la soledad y por los sueños, sus gustos contemplativos, no perturban su aplicación en la escuela. Muy al contrario, trabaja tan rápidamente y tan bien, que termina la séptima clase en menos de tres meses. En la sexta, llama la atención de sus profesores al redactar espontáneamente -"¡Ah! ¡rediantres!"- un resumen... de historia antigua.

Ser el primero en todas partes, qué más embriagador? Ser el "jefe" de la clase, es olvidar las humillaciones de "la casa", es imponer, por lo menos aquí, esta voluntad que debe someterse tan a menudo allá, bajo el yugo materno.

"Rimbaud -escribe Delahaye-, cuyo nombre debiera ocupar tanto lugar en las distribuciones de premios del colegio de Charleville, mereció en primer lugar premios. . . de catecismo, y el sacristán fue el primero de sus maestros que

lo citara con justo orgullo. No fue sólo por su docilidad o por su memoria que brillara en los exámenes de instrucción religiosa; a los doce años sentía una fe ardiente, una devoción pronta a exaltarse hasta el martirio, si era necesario.

"Un domingo, cuando los alumnos salían de la capilla y el celador se hubo accidentalmente alejado o quizá estuviese muy apartado para poder observar lo que ocurría en la puerta, algunos grandes se apresuraron en manifestar el descreimiento habitual cuando apunta la barba del mentón, chapuceando deliciosamente en la pila de agua bendita, lanzándose al rostro el agua santa. . . y otras alegres impiedades. Rimbaud, muy pequeño, saltó furiosamente al ver el sacrilegio; se abalanzó, quiso alejarlos, soportó empujones, respondió con tantos puñetazos como pudo, recibió muchos más, se obstinó, arañó, dentelleó hasta que intervino la autoridad, que llevó a todos detenidos. Esta batalla le valió en el colegio el calificativo que aceptaba, con orgullo, de cochino santurroncito."

Esta fe no duró. Más tarde, el mismo confesó que, a fin de año, había sido encerrado "en el granero", por haberse dejado sorprender por su madre con un libro ortodoxo en las manos. Incubaba fermentos de rebelión:

Et la mère fermant le livre du devoir
 S'en allait, satisfaite et très fière, sans voir
 Dans les yeux bleus et sous le front plein d'éminences
 L'âme de son enfant livrée aux répugnances.²¹

²¹ Y la madre cerrando el libro del deber
 Partía orgullosa y satisfecha, sin ver

¿Sin ver? No tardó en abrir los ojos. La voluntad de su hijo chocaba a cada instante con la suya. Se enfrentaban, se desafiaban. Lucha de cada día, tan pronto sorda, tan pronto, declarada. Cierto día,²² Rimbaud quiso aprender música y tener un piano. Ella rechazó de plano. "¡Caprichos! ¡Fantasías! ¡Bastantes gastos tenemos!" El muchacho no se dio por vencido. En ausencia de su madre, cuando quedó solo en la casa, obstinadamente aferrado a su idea, recortó la mesa del comedor en forma de teclado. Al regreso de la madre, cólera, disputas y griterías. Rimbaud no cede: "¡Si no me alquilas un piano, cuidado con tus otros muebles!" Ella debió capitular, se preocupaba por el arreglo de su casa.

Felizmente, el colegio la despreocupaba de su hijo durante la mayor parte del día. Por otra parte, el niño triunfaba brillantemente.

Mientras su hermano mayor, Frédéric, repetía la clase sexta, él fue eximido y se clasificó, de un salto, entre los mejores alumnos de la quinta. Rápidamente se inició en prosodia latina y se apasionó por Virgilio. Su profesor era un severo viejito, M. Perette, a quien habían apodado "el abuelo Bos", a causa del vigor con que marcaba el ritmo con el puño sobre el pupitre, y así, escandía en los versos, los acusativos plurales: "flamrumque glo bos... debellare superbos, etcétera". Rezongón y pedante, era el blanco de las travesuras de Rimbaud. Como era duro de oído, éste se divertía en

En los ojos azules y bajo la frente prominente

El alma de su niño entregada a repugnancias

²² Algunos biógrafos sitúan esta anécdota en una época más tardía.

estropear sus recitados y en corromper el latín. El final del verso de Virgilio : "debellare superbos" se transformaba, con gran hilaridad de la clase, en "dégueulare superbos"²³. Pero, a despecho de sus chiquilinerías, había conquistado el afecto del jefe de celadores, el señor Desdouets. Sin duda, este respetuoso administrador, semejante a Mirabeau, debía tener los modales del antiguo régimen, dejando de tanto en tanto vislumbrar sus inquietudes. "Nada banal -decía- germinará en esta cabeza. Será el genio del mal o el del bien." Pero, secretamente, esperaba que, bajo su dirección, el niño concluiría por ser el del bien, y lo alentaba estimulándolo en su trabajo. En cambio, el señor Perette no participaba de sus ilusiones ni con sus complacencias. "Tiene unos ojos y una sonrisa que no me gustan", mascullaba meneando la cabeza y moviendo sus bigotes blancos, mientras miraba por encima de sus anteojos. "Inteligente hasta donde ustedes lo busquen, pero terminará mal."

En aquel entonces, el colegio de Charleville acogía en su vieja construcción rojiza, con su portón de piedra amarilla, tras los muros patinados cubiertos de moho, a los alumnos del Seminario menor vecino: venían con su sotana para seguir ciertos cursos. Entre ellos y los colegiales existía una acentuada rivalidad, y Rimbaud suplantaba orgullosamente a estos contrincantes, entre los cuales se hallaba -curioso detalle- el futuro novelista popular Jules Mary. También éste era cordialmente detestado por aquéllos.

Su viejo maestro Georges Izambard, de quien volveré a hablar en breve, relata la aventura siguiente: "Un día, en la

²³ Chillidos soberbios.

clase de gradas escalonadas, en la absoluta calma de una composición en versos latinos, de los bancos superiores se elevó una voz aguda: "¡Señor, Rimbaud trampea!... Le pasó un papel a su vecino". Me precipito, capturo el cuerpo del delito y lo extiendo hacia ellos, probándoles que nada tiene de sospechoso... Pero ya Rimbaud se había levantado a medias, con el gesto augusto del sembrador, y le tira su Thesaurus a la cabeza del energúmeno... "¡Oh!", dije con sofocada voz, lo que me dispersaba de otro argumento, ya que, siendo alumno, hubiese actuado como él. Mi Rimbaud volvió a sentarse, estoico y desdeñoso, como aquel que canta durante los suplicios. El incidente no tuvo consecuencias."

Qué era lo que no se le perdonaba, en efecto? Maravillaba a sus maestros y a sus condiscípulos con prodigiosas dotes. ¡Oh!, era rebelde con las matemáticas, o, mejor dicho, las desdeñaba, y Dios sabe que veinte años después se apasionará por ellas. ¡Pero cuántas deslumbrantes proezas en las letras! Durante las clases de ciencias, por las que se desinteresaba, componía los versos latinos de sus compañeros. "Mientras uno de nosotros demostraba en el pizarrón un teorema de geometría -escribe uno de sus compañeros-, Rimbaud concluía, en un abrir y cerrar de ojos, cierta cantidad de ejercicios de versos latinos. Cada uno tenía el suyo. El título era siempre el mismo, pero la factura de los versos, las ideas, el desarrollo, eran suficientemente diferentes para que el profesor no pudiese reconocerlos como hechos por la mano del mismo obrero. Era una verdadera demostración de fuerza."

Muy a menudo fue relatado en qué circunstancias sabrosas, con qué asombrosa facilidad, obtuvo el primer premio de versos latinos en el Concurso Académico de 1869. El tema tenía desconcertados a los candidatos: Jugurtha. "¡Realmente es un lindo tema para un concurso! ¡Nadie lo imaginaba! En primer lugar, había que conocer historia. Se pensaba en un tema de actualidad: la Exposición Universal, por ejemplo, cte., cte.". Las lenguas se movían, pero las plumas de ninguna manera avanzaban. Imaginad a los bachilleres anclados a las mesas de roble lustrado, talladas por las sucesivas generaciones, limpiando sus plumas en las mangas de lustrina negra, bostezando desperezándose, comiéndose las uñas, comentando por lo bajo su sorpresa y su impotencia. Rimbaud ni respira. Silencioso, como de costumbre. El codo apoyado, el mentón en la mano, la mirada inexpresiva, con el aspecto desapacible que más tarde tendrá en la tela de Fantin-Latour, nada ha escrito y parece dormir. Llega el jefe de celadores. El buen hombre mira, apenado, el papel en blanco. "Cómo? También usted? Así que usted no es más hábil que los demás?" Después de todo, esto es posible. El concurso se abrió a las seis de la mañana, y ya son las nueve. ¡Que le traigan la merienda! Hay que cuidar a este potrillito, a este "pour sang", nacido para las carreras. Arrastrando el paso, con su grasienta y ajada gorra, tieso delantal azul, el conserje, el abuelo Chocol, vuelve con un canasto de tapa, de donde exhuma enormes rebanadas enmantecadas. Los demás lanzan carcajadas. Burlonamente, Rimbaud come, desafiante la mirada y, con el último bocado en la boca, se

abalanza sobre su pluma y, de un tirón, ordena sus veinte versos latinos:

Nascitur Arabis ingens ira collibus infans...

Reminiscencia de lecturas, recuerdos de la campaña de Algeria, comparaciones con Abd-el-Kader, imaginación de un poeta de siete años, todo fluye, se ubica, se precisa. ¡Al diablo el Gradus! Para nada le sirve este voluminoso libracó. Mucho antes de la terminación del curso, se dirige a la cátedra y, con maliciosa mirada, entrega su copia al celador. Ochenta versos latinos, "¡bien acuñados y muy sonoros"! Son muchos más de los necesarios para salvar el honor del colegio. ¡El jefe está rebosante! Pero el señor Perette, advirtiendo la proeza, sacude la cabeza... " Inteligente como el que más, pero terminará mal!"

Aquel mismo año -entonces tenía quince años-, Rimbaud escribe sus primeros versos en francés: Aguinaldos de huérfanos.

La chambre est pleine d'ombre. On entend vaguement
De deux enfants le triste et doux chuchotement,
Leur front se penche, encore alourdi par le rêve,
Sous le long rideau blanc qui tremble et se soulève.
Au dehors, les oiseaux se rapprochent frileux;
Leur afile s'engourdit sous le ton gris des cieux.
Et la nouvelle année á la suite brumeuse,
Laisant tomber les plis de sa robe neigeuse,

Sourit avec des pleurs et chante en grelottant...²⁴

¡Oh sonar de las campanas del Año Nuevo en las Ardenas escarchadas, alba decepcionante que desciende sobre el frío hogar, sueños de los niños sin madre, zuequitos vacíos en el fondo de las viejas chimeneas, Navidad sin cuna, Epifanía sin Magos, despertar sin regalos! A juzgar por esta poesía cándida, filial y un poco torpe, a los quince o dieciséis años, Rimbaud no era aún el hijo aventurero y brutal que Verlaine describiera en *Los hombres de hoy*. Sin duda, comenzaba ya a gustar de los largos paseos, "el Mosa encantador en sus contornos y salvaje en las cercanías, el coqueto paisaje de la Culbute y el bonito bosque de Havetières", y, especialmente, las correrías hasta la frontera belga, donde, apasionado fumador, iba a buscar, bajo las barbas de los aduaneros, el tabaco de contrabando. Pero tampoco era el niño perfecto, orgullo de su madre, tal como nos lo presenta Paterne Berrichon. Era un adolescente ávido, trabajador y empecinado, de difícil carácter, con disposiciones para el estudio, honor e inquietud del colegio de Charleville. Sin embargo, aunque su inteligencia se revelara magnífica, su personalidad aún estaba adormecida. Para despertarla fue

²⁴ El cuarto de sombras invadido. Vagamente se escucha

De dos niños el dulce y triste parlotear,
 La cabeza caída, aún de sueño pesada,
 Bajo la larga cortina blanca que tiembla y se levanta.
 Afuera, los pájaros se acercan de frío temblorosos,
 Las alas entumecidas bajo los cielos de grises tonos.
 Y el nuevo año, de porvenir nebuloso,
 Dejando caer los pliegues de su manto nevado
 Sonríe sollozante y canta tembloroso.

necesario el impulso de un maestro clarividente y el latigazo de la guerra.

CAPÍTULO II

ALMA EN REBELIÓN

El comienzo de los cursos de 1870 trajo al colegio a un muy joven profesor de retórica, el señor Georges Izambard. Traía un nuevo espíritu.

Paterne Berrichon, que lo atacara muy injustamente, le reprocha el haber provocado la emancipación de Rimbaud. Enamorado del romanticismo y de la República, al oírlo se lo creyera capaz de proclamar teorías jacobinas e igualitarias, y si en clase no hacía ostentación de sus sentimientos políticos -;cuidado con los seminaristas!-, los vertía "desmedidamente en la conciencia del niño". El maestro protestó formalmente: "Ni siquiera una sola vez hablé de política con Rimbaud. Compañero, y también profesor, le daba de buen grado lecciones -gratuitas- cada vez que me lo solicitaba, alentándolo en este punto: he sido moralmente recompensado con sus grandes éxitos en los concursos académicos. Solía ocurrir que, al terminar la clase, me esperara a la salida para acompañarme hasta mi casa. Manteníamos así largas conversaciones que sólo trataban de poetas y de poesía, ya que sólo esto era lo que le interesaba".

Lejos de mí el dudar de la sinceridad o de la memoria del señor Izambard. Tuve el privilegio de apreciar la lealtad de su carácter y la erudita lucidez de su espíritu. Su testimonio es incomparable y su buena fe fuera de duda. Sin él y sin Ernest Delahaye, ¿qué sabríamos hoy de Rimbaud? Y hasta el mismo Paterné Berrichon, ¿qué hubiese logrado saber? También no es menos cierto que su pensamiento forzosamente irradiaba fuera de la clase, y que él personificaba, 29 en este último año del Imperio, la audacia y la independencia de los jóvenes republicanos. El asesinato de Víctor Noir y el arresto de Rochefort habían conmovido la Universidad. A escondidas se leía *La Lanterne*, y cuando el profesor de retórica franqueaba la puerta del colegio, era un poco el aire de la calle que entraba a la vieja casa.

Tenía veintiún años. Entusiasta y fraterno, no tardó en descubrir la excepcional inteligencia de Rimbaud. Tras el alumno "un poco engreído, juicioso y afectado, de limpias uñas, cuadernos immaculados, con deberes extrañamente correctos", él adivinó al "verdadero intelectual, vibrante de lírica pasión". Esta personalidad devoradora lo atrajo, y así fue para él, más que un maestro, un amigo. El adolescente le devolvió con creces el afecto. El aire enrarecido del hogar lo asfixiaba, y se aferró a él, buscándolo siempre, solicitándole libros prestados.

La señora Rimbaud se sintió impresionada. Decididamente, este joven profesor no le sugería nada bueno. Un día sorprendió a su hijo sumido en la lectura de Víctor Hugo (ella escribía Hugot) . Se lo arrancó de las manos, lo llevó al director y le escribió una esquelita al señor Izambard, frases

que sólo contenían una protesta disfrazada y bastante hipócrita: "Usted debe saber, mejor que yo, que es necesario tener mucho cuidado en la elección de los libros que se ponen al alcance de los niños. Así es que he pensado que Arthur se procuró éste sin su consentimiento".

Por otra parte, no se trataba de *Los Miserables*, tal como ella lo creía, y como más tarde le dijese a su yerno, Paterné Berrichon. Bajo la sugestión del director, el profesor fue a explicarse: con absoluta seguridad, era Nuestra Señora de París lo que prestara a su alumno, a fin de que fuese reuniendo material de colorido ambiental con miras a un próximo discurso francés sobre Villon. Pero "Dame Pernelle", ofendida, englobaba todas las obras de Víctor Hugo en la misma execración. "¡Un autor señalado en el Index! ¡Pienselo un poco! ¿Cómo es posible recomendar semejante lectura?" Profesor y alumno fueron severamente amonestados.

¡Advertencias vanas, vanas precauciones! Rimbaud se ingenió para conseguir los libros. ;Y qué libros! ;Adiós, clásicos 30 expurgados, premios rutilantes y dorados editados por las casas de educación cristiana, o por los Anales de la Fe! Leyó a Juvenal y Lucrecio, Rabelais y Villon, Baudelaire y Banville, Saint-Simon y Proudhon. Se sumergió en la historia de la Revolución Francesa, devoró las voluminosas obras de Thiers, de Lamartine y de Michelet, se detuvo preferentemente en los relatos de Louis Blanc. Al mismo tiempo, se pavoneaba orgullosamente bajo el manto de su precoz impiedad y de su anarquía. Se sublevaba en clase, maldecía a Napoleón, que hizo "abortar estúpidamente la Revolución", en sus disertaciones deslizaba llamados a la rebelión, invoca-

ciones a Robespierre, a Saint-Just, a Couthon, colocaba al abate Wilhem, su profesor de historia, en embarazosas situaciones, mediante insidiosas preguntas referentes a la Saint-Barthélemy o las Dragonadas. Luego fue abandonando poco a poco ciertos cursos.

En cambio, solía pasear con el señor Izambard a orillas del Mosa, y entre los dos amigos se entablaban interminables discusiones literarias. Rimbaud sentía el imperioso llamado de la vocación. Ser poeta, ¡ah, sí! Así como Villon, a quien acababa de invocar con tanto colorido y truculencia en su prodigioso deber de retórica: Carta de Carlos de Orleáns a Luis XI: "¿No es verdad, señor, que bajo el follaje, cuando los cielos se visten de azul, cuando el claro sol brilla, es agradable decir los dulces rondós, alto y claramente cantar baladas?" También él, tal como el poeta prisionero, tendía los brazos hacia la vida, hacia toda la vida: "¡Vivan las escotadas damas que lucen abalorios y bordados!" Pero también vivan "las tabernas resplandecientes, llenas de gritos de los bebedores, que chocan sus vasos de estaño y a menudo las espadas". Y como si ya presintiera su tormentoso destino, emprendía la defensa de los soñadores, de los poetas, de los ministriles del ideal que, admirando las estrellas tropiezan con los arroyos. "Ved a esos poetas: no son de esta tierra, dejadlos vivir su extraña vida, dejadlos tener frío y hambre, dejadlos correr, amar y cantar. Son tan ricos como Jacques Coeur, todos estos alocados niños, pues tienen el alma plena de rimas, de rimas que ríen y que lloran, que nos hacen reír y llorar".

Rimaba apasionadamente. Más de una vez, su profesor de matemáticas lo sorprendió, en clase absorbido por un poema bosquejado. Llegaba a pasar en versos franceses sus versiones y composiciones latinas. A veces romántico y otras parnasiano, fue durante este año de retórica cuando compuso el Herrero, Ofelia, Sensación, Sol y carne.

El Herrero, escrito en 1870, opone, en una épica página digna de los Castigos, el antiguo régimen caído a la Revolución victoriosa, el día en que Luis XVI debió tocarse con el gorro frigio:

Et dans la grande cour, dans les appartements
 Oú Paris haletait avec des hurlements,
 Un frisson secoua l'immense populace.
 Alors de sa main large et superbe de crasse,
 Bien que le roi ventru suât, le forgeron,
 Terrible, lui jeta le bonnet rouge au front!²⁵

Sin lugar a dudas, hay de Víctor Hugo. Pero también hay algo más. Él ha visto a este herrero. Cierta noche vio a un obrero, ebrio, desplomado cerca de una puerta, en una calle de Charleville, repitiendo, estupidizado por el alcohol: "Soy un crápula, soy un crápula "... Esta es la sensación inicial. Y sobre esto, su imaginación trabajó y escribió estay

²⁵ Y en el gran patio, en las cámaras privadas.

Allí donde París jadeante bramaba

Un estremecimiento al inmenso populacho recorrió.

Entonces con su mano ancha y soberbia de mugre,

Aunque el ventrudo rey transpiraba, el herrero,

Terrible, al rostro el bonete rojo le lanzó.

páginas grandilocuentes de visionario, que atestiguan, en la mente de un retórico, una inspiración singularmente desenvuelta y poderosa: "Es la crápula, Señor, babea las paredes, sube, pulula..." El tema se desarrolla con motivos floridos de antiguas metáforas románticas, pero también realzado por sabrosos hallazgos, sazonado por una grosera picardía y una crudeza pintoresca que evocan la poesía de la rebelión.

Y es Ofelia, sorprendente transposición de un tema de versos latinos, dictados en clase, que recuerdan la pintura preciosa de Millais. Así como la tela del pre-rafaélito, esta delicada poesía es vibrante de reflejos y de brisas, envuelta en follajes y rayos. Pero de esta sinfonía vegetal sube un cántico a la naturaleza, un himno nostálgico a la independencia y a la inmensidad.

O pâle Ophelia, belle comme la neige,
 Qui, tu mourus, enfant, par un fleuve emportée!
 C'est que les vents tombant des grands monts de Norvège
 T'avaient parlé tout de l' âpre liberté...²⁶

Es el mismo impulso hacia el ensueño y lo ilimitado, la misma embriaguez de la naturaleza que se manifiesta en esta "Sensación en que el niño canta sus correrías por los alrededores de Charleville.

Par les soirs d'été, j'irai dans les sentiers,

²⁶ ¡Oh pálida Ofelia, hermosa como la nevada,
 Sí, joven moriste por la corriente llevada!
 Ya los vientos que de los altos montes de Noruega descendieran
 De la ruda libertad antaño te hablaran...

Picoté par les biés, fouler l' herbe menué;
Réveur, j'en sentirai la fraîcheur á mes pieds,
Je laisserai le vent baigner ma tête nue.²⁷

Este amor por la naturaleza tiene ya asideros filosóficos, y con razón se ha visto una profesión de fe panteísta en el poema: Sol y carne, donde se trasluce, por otra parte, la influencia del Exilio de los Dioses, de Teodoro de Banville. Aquí Rimbaud reclama -aún no tiene dieciséis años- el "regreso a la naturaleza" del hombre liberado del cristianismo. Dios, es el gran deseo que vuelve eternamente a crear el mundo:

Chair, marbre, fleur, Vénus, c'est en ti que je crois!²⁸

Afrodita terminará por vencer al "otro Dios" y surgirán lanzada por el amplio universo.

L'amour infini daos un infini sourire.²⁹

Y el mundo responderá, vibrará "como una lira inmensa, en el estremecimiento de un abrazo inmenso".

Todo se liga y se une en la profundidad de esta alma que fermenta: Rimbaud es "gitano", revolucionario y panteísta.

²⁷ En las azules noches de verano los senderos cruzaré
Azulado por las espigas, en la hierba pisoteada
Soñador, su frescura sentiré a mis pies,
Mi cabeza desnuda por el viento será bañada.

²⁸ Carne, mármol, flor, Venus, ¡en ti yo creo!

²⁹ El amor infinito en una infinita sonrisa.

Pero, ¿es posible ser impunemente bohemio en Charleville? Afectadamente descuida su vestir, sus modales y se vuelve nervioso -¿será la edad ingrata?-. En esta crisis de la pubertad, su genio se desprende de su ganga escolar, su estila que hallara placer en reproducir las vagas y tristes musicalidades de Ofelia, canción de las brisas, de los sauces y de los cañaverales, adquiere poco a poco un andar altanero, un acento mordaz, más agresivo. Tampoco retrocede ante la injuria canallesca, la grosería y la brutalidad. En la conversación es voluptuosamente obsceno, hace gala de una verba grosera y escatológica. Piensa que nunca es suficientemente cínico, y por ello, su poesía se resiente. Nada hay más impresionante, más característico, que sus versos de julio de 1870: El castigo de Tartufo, "amarillo, su boca desdentada babeando fe", y esta repugnante Venus Anadyomena, a punto de salir de su bañadera de hierro verde, "exhibiendo deficiencias bastante mal disimuladas", y asquerosamente florecida con una úlcera en el ano.

¿Dónde estáis, blancas visiones de la costa helénica o del mar de Noruega, gran Ariadna, dulce Ofelia? ¿Dónde estáis, velo de Teseo, sauces temblorosos, nenúfares, astros de oro? ;Os ha olvidado! Rabioso, destroza con el pie los jardines del Parnaso y del Romanticismo, desbasta los canteros de la burguesía. Vive del escándalo, "con la licencia de un estudiante", ved cómo trata a sus correligionarios, los apacibles ociosos que llegan por la noche, al son de la música, a la plaza de la Estación!

Sur la place taillée en mesquines pelouses

Square où tout est correct, les arbres et les fleurs,
Tous les bourgeois poussifs qu'etranglent les chaleurs
Portent, les jeudis soirs, leurs bêtises jalouses...³⁰

Aquí están todos, los notarios con dijes de calculado valor, los rentistas con impertinentes, los cebados burócratas que arrastran tras de sí damas rechonchas", los "almaceneros retirados que revuelven la arena con su bastón de empuñadura", los burgueses de claros botones, de "polainas flamencas", todos cuantos lo miran desconfiadamente y a quienes él desafía con malos ojos. Sus amigos los verdaderos, se encuentran lejos:

Le long des gazons verts ricanent les voyous
Et, rendus amoureux par le chant des trombones,
Trés nal'fs, et fumaat des roses, les pioupious
Caressent les bébés pour enjôler les bonnes..³¹

Julio... ¡Agosto, 1870! ¡Ultimos conciertos del cuartel! La guerra estalla. La amargura y la exageración revolucionaria de Rimbaud se exasperan. Sin embargo, concluye triunfalmente su año escolar. El 17 de julio merece el primer premio de los concursos académicos, por la manera magistral como tratara

³⁰ A la plaza entrecortada de césped mezquino,
Parque donde todo es correcto, árboles y flores,
Los cebados burgueses, ahogados por los calores,
Traen, los jueves por la noche, un celo cretino...

³¹ En el verde césped blasfeman los vagos.
Con el canto de los trombones enamorados,
Simplotes soldados mastican rosas,
Acarician bebés para cautivar sus ayas...

la alocución de Sancho Panza a su asno. La próxima distribución de premios del colegio le reserva deslumbrantes coronas: premio de sobresaliente, primer premio de discurso latino, de discurso francés, de versión griega, etcétera. A propósito de esto, Ernest Delahaye escribe irónicamente, "tuvimos la idea -ciertamente sublime- de sacrificar nuestros premios para ofrecer su valor al gobierno. Redactamos una carta, grandilocuente, para el ministro, y se la cubrió de firmas. Pero Rimbaud rechazó la suya". Pura manifestación política, pues en su interior poco le importan estos premios. ¡Qué pueden importarles todos estos laureles! ¡Puf! ¡Recortes de papel pegados sobre latitas! ¡Qué absurdo! ¡Además de todo esto, sólo es pasado! Está carcomiendo los frenos que lo sujetan. La guerra es la liberación, es la libertad, el porvenir. Con mohína impaciencia escucha la arenga del procurador imperial, quien, presidiendo la ceremonia del 6 de agosto, expresa los votos de la leal población carolopolitana por su "augusto soberano". El señor Izambard está ya de vacaciones, en Douai: se queda solo, el alma angustiada, en medio de sus coronas de papel barnizado.

Ya llegan las malas noticias. La muchedumbre se agolpa frente a los telegramas que anuncian los primeros reveses, Froeschviller y Forbach, y esta agitación ;provoca sus sarcasmos! "Este pueblo hipócrita -le escribe el 25 de agosto al señor Izambard-, gesticula provocadora y prudhomnescamente, de manera muy diferente a los sitiados de Metz y de Strasburgo. ¡Son espantosos estos almaceneros jubilados vistiendo uniforme! Es extraordinaria la semejanza con los perros, los notarios, los vidrieros, los preceptores, los car-

pinteros y de todos los panzones que con el chassepot al pecho patrullan las puertas de Mezières: ¡a fe mía, la Patria se pone en pie!... Pero yo prefiero verla sentada... Me siento desubicado, enfermo, furioso, tonto, trastornado; esperaba tomar baños de sol, paseos infinitos, repose, viajes, aventuras, gitanerías sin fin: especialmente, esperaba tener diarios, libros... ¡Nada! ¡Nada! Del correo no entregan nada a las librerías, a París le importa bien poco de nosotros: ¡ni un solo libro nuevo! Esto es la muerte. Estoy reducido, en cuanto a periódicos, al honorable Correo de las Ardenas, ¡de quien es propietario, gerente, director, jefe de redacción y redactor único, A. Pouillard! Este periódico resume las aspiraciones, los votos y las opiniones de la población. ¡Puede usted juzgar! ¡Linda cosa! ¡Estar exiliado en su propia tierra!”

Sin lugar a dudas, su maestro le ha dejado la llave de su cuarto y la de su biblioteca. Pero este recurso se agota rápidamente: "He leído todos sus libros, todos, hace tres días, descendí a las Epreuves, luego a las Glaneuses -sí, ¡releí este volumen!- y eso es todo... Apareció el Doga Quijote; ayer, durante dos horas, pasé revista a los grabados de Doré: ahora ya no tengo más nada.”

¿Entonces?

Cuatro días después, el 29 de agosto³², la señora Rimbaud se paseaba con sus hijos por la pradera que separa Charleville de Mezières. Una vez más se había mudado, y la familia estaba instalada no lejos del lugar, en el muelle de la Madeleine, frente al Mosa y al Monte Olimpo. Hacía un calor tormentoso. Paterne Berrichon procuró reconstituir la

³² Y no el 3 de setiembre, como se ha dicho.

escena a través de la transposición simbólica de las Iluminaciones: chicuelas "con verdes y desteñidos vestidos"; leían cerca de los cauces, en la verdura florecida, "sus libros de marroquí rojo". De pie, orgullosa, con la sombrilla en la mano, estrujando umbelas", la madre vigilaba a las niñas. De pronto Arthur se aleja del prado: "¿Adónde vas?" "A casa, a buscar otro libro". Ella no se inquieta: el departamento está cerca... "No te demores, apúrate..." Pero las horas pasan. Nadie, siempre nadie. ¡Está bueno! ¿Qué se habrá hecho? Y él no vuelve...

Es fácil imaginar la ansiedad de la señora Rimbaud. ¿Sería víctima de un accidente, o presa de una locura? ¿Y en este caso, qué podía habersele ocurrido?

Nada permitía prever una acción tan impulsiva. ¿Había ocultado el juego? Sin duda que desde hacía cierto tiempo parecía muy cambiado, y el curso de retórica lo había cansado, puesto nervioso. Pero su madre, que no sospechaba la profunda transformación de su alma, estaba desamparada. No podía admitir, ni por un momento, que se hubiese sacudido de su rígida tutela. "¿Cómo es posible -exclamará tres semanas después, al señor Izambard- comprender la tontería de este niño, habitualmente tan tranquilo? ¿Cómo pudo ocurrírsele semejante locura?" ¿Tan juicioso? ¡Ah! ¡Madre ciega, que tomaste una hipócrita sumisión por el tan deseado juicio! Sí, es cierto que había conseguido un montón de premios. ¡Pero, al día siguiente, los había vendido por veinte francos!

Con la noche, la intranquilidad de la señora Rimbaud se convirtió en locura. Los prusianos avanzaban, penetraban en las Ardenas. Anunciaban su aparición del lado de Sedán.

El 30 de agosto, el ejército francés sufría una derrota en Beaumont. Y ya el día anterior, en Charleville, corrían los rumores más pesimistas. Horas terribles -¡seamos justos!- para la señora Rimbaud.

"Arrastrando a sus hijitas tras de ella -escribe Paterné Berrichon-, pasó gran parte de la noche recorriendo las calles de Charleville y de Mezières en un estado indescriptible de angustia; interrogando en las tabernas, interrogando a los grupos de jóvenes que entusiastamente iban a enrolarse como voluntarios, escrutando las salas de la estación y las orillas del Mosa."

¡Trabajo inútil! Su hijo ya estaba lejos. En esta noche trágica, en que dos grandes ejércitos se aprontaban para la batalla, el tren, tropezando y como si estuviese apurado por huir, lo llevaba a París. Esta partida señalaba el final de su infancia estudiosa, el comienzo de sus vagabundeos. El alma, rebelada, iba a través del territorio invadido, cruzando las rutas de la guerra.

CAPÍTULO III

POR LOS CAMINOS DE LA GUERRA

A su llegada a la estación del Este, Rimbaud fue detenido. Con su cabeza de querubín mofletado, su acento provinciano, su cuello blanco y vestimenta cuidada, no lograba parecer peligroso. Pero, en primer lugar, no pudo mostrar su boleto y rechazó dar su nombre y su dirección. Luego irritó a la policía imperial con bravuconadas absurdas, y se encontró en su poder una libreta misteriosa, cubierta de jeroglíficos y de líneas liliputienses. Simplemente, eran versos, pero los sargentos de la ciudad no comprendieron ni jota, juzgaron que aquel anotador era indescifrable y sospechoso. y enviaron al sedicioso muchachito a la prisión de Mazas.

Ya corridos los cerrojos, su fanfarronería lo abandona ¿Entonces es menos fuerte de lo que aparenta` Su coraje se debilita. Siente arenilla en los párpados. Ahora pide papal y tinta, le escribe a su madre, al procurador imperial v a su buen maestro Izambard, en Douai. La carta para éste es imperativa, suplicante. De ella se desprende, más que un temblor, un lamento. Es la confesión de un desfallecimiento, el llamado desesperado, humilde y autoritario de un niño que

ha perdido la cabeza. "¡Oh! -escribe el 5 de septiembre--, confío en usted como en mi madre; usted siempre fue para mí un hermano, le pido encarecidamente esa ayuda que usted me ofreciera. Le escribí a mi madre, al procurador general, al comisario de policía de Charleville; si no recibe usted de mí ninguna noticia antes del tren que va de Douai a París, tome ese tren, venga hasta aquí, a solicitar por mí, por escrito, o preséntese ante el procurador respondiendo de mí, pagando mi deuda. ¡Haga cuanto pueda y, al recibir esta carta, escríbale a mi pobre madre (muelle de la Magdalena, 5, Charleville), consolándola! ¡Escribame también a mí, hágalo todo! Amo a usted como a un hermano, lo amaré como a un padre."

Simultáneamente, el director de la prisión se dirigió al señor Izambard, rogándole lo acogiese. El profesor asintió, enviando a París el precio del viaje y, algunos días después, recibió en su casa al apenado alumno, "destrozado, pero asimismo contento por haber salido del paso".

Con respecto a esta primera estadía en Douai, del 10 al 25 de septiembre aproximadamente, el señor Izambard nos ha dejado curiosos detalles, documentos inéditos³³, dejándonos sabrosos recuerdos sobre Rimbaud periodista y guardia nacional.

Fue por estos días que conoció a Paul Demeny, joven poeta que le enviará en adelante cartas que son para nosotros de importancia capital.

³³ En su plaqueta intitulada Rimbaud en Douai y en Charleville, Kra, 1927.

¿Pero cómo hacerlo reintegrar al redil? En cuanto la señora Rimbaud, prevenida del destino de su hijo, escribióle de inmediato una carta conminatoria, de torpe brutalidad y gratuitamente injuriosa para quien lo recogiera, "en vez de echarlo".

Rimbaud se enojó, juró, blasfemó, amenazó con el puño, declaró que jamás regresaría a Charleville. ¿Qué hacer? El maestro se sacrificó, olvidó las insinuaciones de la madre y personalmente, llevó al niño pródigo a su hogar.

"¡En qué regazo fue acogido el hijo pródigo! ¡Y yo! Y yo, ingenuo terranova, que hiciera expresamente el viaje a fin de facilitar las expansiones... Conocerán ustedes la escena de Courteline, en que el señor encuentra un reloj y lo lleva, escapándosele el corazón por la boca, a la comisaría. Apenas si pudo escapar de la celda, donde querían encerrarlo por ladrón o sospechoso. Muy avinagrada, como de costumbre, la señora Rimbaud, como era justo, propinó una bofetada a su pequeño hijo pródigo; en cuanto a mí, me amonestó en términos tan ásperos que, al comienzo, quedé sorprendido, y muy pronto huí bajo el chubasco.

Como era fácil preverlo, Rimbaud no se eternizó en la casa. Regresó el 27 de septiembre, y nuevamente huyó el 7 de octubre, esta vez en dirección a Bélgica.

No era ese el camino de la revolución, ni el de la literatura. Pero se había empeinado. Había tenido por compañero de colegio al joven Des Essarts, hijo del director de uno de los diarios de Charleroi, y, cándidamente, esperaba que lo emplearían como redactor en este diario. ¡Sin duda, éste era

un pretexto para abordar las letras, pero mejor era esto que enmohecerse en Charleville!

Así, pues, partió nuevamente, a pie, a lo largo del Mosa, cuando el otoño comenzaba a dorar los bosques escarpados. Nouzon, Monthermé, la montaña de los cuatro hijos de Aymon, las rocas de las Damas del Mosa. ¡Oh, pasado del Ardenas, vívido, que en la bruma violeta de las hondonadas murmuraba confusamente, sin que este amargo viajero pensara para nada en ti! ¿Qué pueden importarle la rubia Isolda y su fatal amante? ¿Qué le importa el ciervo de irradiada cornamenta, que se detiene frente a San Hubert, en medio de las ramazones crepitantes! Aquí fue donde en su corcel, Bayard, arrastrando tras de sí a sus rebeldes hermanos, cruzó de un brinco el río, en las mismas barbas del emperador Charles. Aquí está Revin, empolvado de azul pizarra, que se extiende en los tornasolados recodos, y aquí está también el abrupto macizo del "Malgré Tout", descrito por la buena señora de Nohant. ¿Y no es allí donde los Cruzados, al regresar de los Santos Lugares, encontraron petrificadas, a orillas del agua, a las infieles castellanas? ¡Oh, leyendas, recuerdos! ¡Nada puede detener a este caminante! Presa de una idea fija, se interna en el valle salvaje. En Fumay, un compañero de colegio le presta albergue y, al partir, le da una tableta de chocolate y una recomendación para el sargento de movilización, en el cuartel de Givet. Después de una breve estadía en Vireux, llega a la antigua frontera, deslomado, y sin dudar un instante, se dirige al "barrio grande", al inmenso cuartel blanco que se extiende a lo largo del Mosa, al pie del fuerte de Charlemont. Como no encuentra al sargento -que está de guardia

en la ciudad-, se echa sobre su cama y se las arregla para abandonar la plaza sin ser visto, al día siguiente, antes del toque de diana. Cruza la frontera y toma la ruta de Charleroi. Penosas etapas, a menudo cumplidas de un solo hálito, con el estómago vacío, poco más o menos.

Depuis huit jours, j'avais déchiré mes bottines
 Aux cailloux des chemins; j'entrais á Charleroi
 Au cabaret vert, je demandais des tartines
 De beurre et du jambon...³⁴

Según la indicación liminar de este poema, parece haber llegado "a las cinco de la tarde". Al día siguiente vio al señor Des Essarts, propietario y director del diario del Sambre. Era un hombre un poco solemne, pero benevolente y hospitalario. Invitó a Rimbaud a cenar en familia, pero al llegar a los postres éste emitió opiniones tan injuriosas referentes a los hombres del Imperio, que el anfitrión, azorado, postergó para el día siguiente su respuesta. Puede adivinarse cuál fue ésta. "Pero, jovencito -dijo con ese acento que era burla de Rimbaud-, ni lo piense usted. Un diario que se respeta a sí mismo y que mantiene tradiciones..., etc.". El aprendiz de periodista fue definitivamente desairado.

¿ Y ahora cómo vivir? Sus magros recursos se habían agotado. "Por la noche -escribe- cené olfateando el olor de los respiraderos de donde se desprendían humillos de carnes

³⁴ Hacia ocho días que tenía rotos los botines
 Por los guijarros del camino; en Charleroi entré
 A la agreste posada, pedí unas rebanadas
 De pan con manteca y jamón...

o de pollos asados en las sabrosas cocinas de Charleroi, y yéndome luego a mordisquear, bajo la luna, una tableta de chocolate "fumaciano". Esto es la miseria y el hambre. ¿Por qué detenerme por más tiempo aquí?"

Toma la ruta de Bruselas, pasando la noche en el campo, al pie de los molinos, mendigando en las ciudades, compartiendo la sopa con los sirvientes de las chacras. Es la época del Buffet, de la Maline, de los Douaniers, de la Bohérne.

Je m'en allais, les poings daps mes poches crevées.
 Mon paletot aussi devenait idéal,
 J'allais Bous le ciel, Muse, et j'étais ton féal,
 Oh! lá lá, que d'amours splendides j'ai révéés!

Mon unique culotte avait un large trou.
 Petit Poucet réveur, j'égrenais dans ma course
 Des rimes. Mon aubeTge était á la Grande Ourse,
 Mes étoiles au ciel avaient un doux froufrou.³⁵

Al llegar a Bruselas, desencajado y casi en cueros, fue al encuentro de un amigo del señor Izambard, de quien oyera por casualidad hablar. Éste se apiada, le da alojamiento por

³⁵ Iba, con las manos en mis bolsillos rasgados,
 Mi saco ya también era ideal,
 Andaba bajo el cielo, Musa, y te era leal.
 ¡Oh! ¡Cuántos espléndidos amores allí soñados!
 Mi único pantalón lucía un gran agujero.
 Pulgarcito soñador, desgranaba con fervor
 Rimas. Mi albergue era la Osa Mayor,
 Un dulce fru-fru tenían mis estrellas en el cielo

dos días, lo viste con trastos viejos y le entrega algún dinero. Gracias a este pequeño viático, el vagabundo toma el tren y regresa, por segunda vez, a Douai. Su maestro está ausente, pero, con su acostumbrada desenvoltura, se instala en la casa y espera su regreso. "Rimbaud se me aparece con cuello duro a la moda, de palomita, con una ancha corbata de seda tornasolada de deslumbrante efecto, un perfecto dandy." Pero la situación es aún más embarazosa que en septiembre. Izambard no quiere echarlo y, por otra parte, tampoco desea que se quede, pues teme aparecer como cómplice de sus escapatorias. Así, pues, es necesario escribirle, una vez más, a la madre y preguntarle cuáles son sus intenciones. En espera de la respuesta, Rimbaud pasa en limpio sus últimos poemas, impasiblemente, en anchas hojas de papel escolar, y sólo al anverso, pues "para la imprenta; jamás se escribe atrás". La carta materna lo arranca de sus sueños literarios. "Orden formal de que la policía se encargue de repatriarlo y sin que haya gastos. Expresamente prohibido recurrir a otros medios." Y así es cómo nuestro hombrecito, con su bulto bajo el brazo, es entregado en manos del comisario, llevando consigo las últimas recomendaciones de un maestro que ya no volvería a ver.

Algunos días después, el 2 de noviembre, le escribe: "Regresé a Charleville un día después de nuestra separación. Mi madre me recibió, y aquí estoy, ocioso. Mi madre sólo me enviará al pensionado en enero. ¡Y bien, he mantenido mi promesa!

"Me muero, agonizo en la vulgaridad, en la pequeña maldad, en la grisalla. ¿Qué quiere usted? Estoy terrible-

mente obstinado en adorar la libertad libre y un montón de cosas "que dan pena, ¿no es cierto?"³⁶. Tendría que haber partido hoy mismo, podía hacerlo; estaba vestido de nuevo, hubiese vendido mi reloj, y ¡viva la libertad! ¡Pero me quedé!, ¡me quedé!, y cuántas veces aún quisiera volver a partir. ¡Vamos!, sombrero, capote, las manos en los bolsillos y ¡salgamos! Pero me quedaré, me quedaré. Esto no lo prometí. Pero lo haré para merecer su afecto. Usted me lo dijo. Lo mereceré.

"El reconocimiento que guardo para usted no podría ex-presarlo más de lo que hice el otro día, y ahora lo probaré. Si hubiese que realizar cualquier cosa por usted, me moriría por hacerlo. Le doy mi palabra."

Y firma: "¡El sin-corazón de Rimbaud!"

Mientras tanto, los alemanes se acercaban a Mézières. El comandante ordena el retiro de todo lo que pudiera entorpecer la defensa. La muchedumbre devasta los jardines y cerca del pueblo de Saint-Julien son abatidos los grandes tilos del Bosque del Amor. Esta es la época de los paseos evocados en las Iluminaciones. Finalizó la sucia bohemia de Bélgica, pasaron las noches transcurridas con las piernas extendidas a lo largo de la mesa de la cocina de coloridos platos, en el comedor de la chacra "perfumada por el olor de barniz y frutas"; terminaron las pesadas bromas intercambiadas con los palafreneros, mientras vaciaban los chops de espumante cerveza; se acabaron los guiños y los ataques, las medias palabras licenciosas que encienden los ojos de las sirvientas, de las niñas de "senos enormes", a quienes no asusta un beso.

³⁶ Aquí Rimbaud parodia a su madre.

Ahora es el habituado en un paisaje desolado. "Un enjambre de doradas hojas rodea la casa del general... Hay que andar por la roja ruta para llegar a la posada deshabitada. El castillo está en venta; las persianas se han desprendido. El cura debe haberse llevado la llave de la iglesia. En los alrededores del parque, las casitas de los guardias están deshabitadas...".

Ernest Delahaye ha referido largas conversaciones que entonces sostuviera con él en los jardines devastados. "Hay - decía- destrucciones necesarias. Hay viejos árboles que es necesario derribar; hay sombras seculares cuya amable costumbre perderemos. Esta sociedad misma, sufrirá hachazos, y azadas y rodillos niveladores. Las fortunas serán arrasadas y abatidos los orgullos individuales. Sólo quedará la naturaleza."

Y como su amigo protestara: "Dónde podrás adquirir - le dijo, mientras recogía una hoja otoñal-, un objeto de lujo y de arte de una estructura más refinada?"

¿Qué podían importarle la guerra y la dureza del invierno? Andaba todos los días por las cuestas que pronto se cubrirían de nieve, molestando a los centinelas y declamando Baudelaire: "¡Oh, muerte! ¡Viejo capitán, ya es tiempo! ¡Levemos ancla!" O bien, en una cabaña respetada por la defensa y oculta en el fondo de un jardín, cerca del Bosque del Amor, de escarchados artesonados, se sumergía durante horas enteras, inmóvil y como insensible, fumando pipas, leyendo a Flaubert, Dickens, Banville o Leconte de Lisle.

Entre tanto, siempre atormentado por el demonio del escribir, enviaba versos al Progrés des Ardennes, un nuevo diario democrático lanzado por un fotógrafo llamado Jacoby.

Adjuntaba a ellos, sin mayor éxito también, "prosas" en las que insultaba al hombre de Sedan y a ese viejo bruto de Bismarck, a quien representaba ebrio e inclinado sobre el mapa de Francia, codiciando París. Su desprecio englobaba conjuntamente a los que invadían su país y a los que no sabían defenderlo.

Es en esta época (noviembre 1870) cuando escribe Rabia del César, la Deslumbrante victoria de Sarrebrük (según un grabado belga comprado en Charleroi) , el patético Soñador del Val. Y el terrible soneto titulado El Mal:

Tandis que les crachats rouges de la mitraille
Siffilent tout le jour par l'infini du ciel bleu,
Qu'écarlates ou verts prés du roi qui les raille,
Croulent les bataillons en masse dans le feu...

Il est un Dieu qui rit aux nappes damassées
Des autels, á l'encens, aux grands cauces d'or,
Qui, dans le bercement des hosannas, s'endort

Et se réveille, quand des mères, ramassées
Dans l'angoisse et pleurant Bous leur vieux bonnet noir,
Lui donnent un gros sou lié dans leur mouchoir.³⁷

³⁷ Mientras el vómito ardiente del cañoneo
Silba todo el día por el infinito azul, roja
O verde, se desploma en el fuego
La masa guerrera, cercana al rey que se mofa.
Mientras un enloquecer espantoso
Cruje y convierte a cien mil hombres en haz humeante
¡Pobres muertos! en verano, sobre la hierba, en tu gozo
¡Oh, Naturaleza! ¡tú a estos hombres creaste santamente! . . .

Felizmente, subsisten en su universo ensombrecido algunas lucecitas. Su demonio lo abandona por momentos, acordándole algunas horas de descanso. No lo ama a Dios, este "sin corazón de Rimbaud", pero aún ama. Su nihilismo no es universal: ama a los pobres, a los humildes, a los desdichados, a los rebeldes. Se siente hermano de los "hombres que en los bronceados atardeceres, ennegrecidos, con sus blusas, ve regresar a los suburbios", se detiene en la calle para acariciar a los niños que, en cuclillas cerca de un tragaluz, "miran al panadero que hornea el pesado y rubio pan".

¡Hermosa visión! Con amistosa palmada, saluda a los pobres hijos de obreros tendidos hacia el oloroso horno. Con una pincelada magistral, que recuerda a Verlaine los croquis de Goya, y con el cálido colorido suave que recuerda a los holandeses, evoca a Los Desamparados, pequeños mendigos de Charleville, aquellos que antaño conociera en la miserable calle Bourbon, y que fueran los amigos del "poeta de siete años:

Ils voient le fort bras blanc qui tourne
La pâte grise et qui l'enfourne
Dans un trou clair.
Ils écoutent le bon pain cuire.

-Hay un Dios que ríe sobre los manteles adamascados
De los altares, en el incienso, en altos cálices dorados
Y que duerme por el hosanna acunado
Y despierta cuando las madres, el pecho quedo
Por la angustia, sollozan bajo la cofia enlutada
Ofrendando el cobre anudado en el pañuelo.

Le boulanger au gros sourire
Grogne un vieil air...

Quand, sous les poutres enfumées,
Chantent les croGtes parfumées,
Et les grillons,
Que ce trou chaud souffle la vie,

Ils ont leur eme si ravie
Sous leurs haillons.
Ils se ressentent si bien viere,

Les pauvres Jésus pleins de givre,
Qu'ils sont là tous
Collant leurs petits museaux roses
Au treillage, grognant des choses
Entre les trous.

Tous bêtes, faisant leurs prières
Et repliés vers ces lumières
Du ciel rouvert,
Si fort, qu'ils crévent leur culotte
Et que leur chemise tremblotte
Au vent d'hiver.³⁸

³⁸ Miran el fuerte y blanco brazo amasando
La pasta gris que luego hornea
En el claro hueco.
Oyen cómo cuece el pan amado
Y el panadero con franca sonrisa
Una vieja canción tararea. Cuando bajo las vigas ahumadas

Hay aquí, como lo decía Verlaine, algo de ternura, de gentil caricatura, de cordial bondad. La poesía surge "como un chorro sincero, sonoro". El alma en rebelión parece por un instante tranquilizada y canta. Pero sólo es una efímera tregua. Otra vez el horizonte se oscurece rápidamente.

Cercada desde el 20 de diciembre, Mézières fue bombardeada el 31. La ciudad recibió 6.000 obuses, y sólo pudo contestar con 150 cañonazos. De 500 casas, 350 fueron destruidas. A pesar del peligro, Rimbaud pretendía salir aquel día, pero su madre había cerrado la puerta y sólo pudo escapar a las siete de la noche. El espectáculo -que Jules Mary halló "horrible y magnífico"- lo asqueó: "Es espantoso, espantoso, y sin grandiosidad. Una tortuga en el petróleo."

Luego fue la ocupación, con el cortejo de requisiciones, de desasosiegos, de trabajos pesados, con sus patrullas y sus paradas. Sarcástico, haciale notar a su amigo Delahaye, el

Cantan las costras perfumadas
 Y las masas,
 Y el cálido hueco crea vida
 Bajo los harapos, el alma
 Se les hechiza.
 Otra vez sienten tanta vida
 Estos pobres Jesús cubiertos de escarcha
 Que allí se quedan
 Pegadas sus rosadas caritas
 Al vano, murmurando palabritas
 Entre las rejas.
 Embobados elevan plegarias
 Tendidos hacia las luminarias
 Del cielo entreabierto
 Tan tensos, que crujen sus calzones
 Y sus camisas se estremecen
 Bajo el frío viento...

método, la disciplina alemana, y cuando su amigo suspiraba "¡Ah, esta gente es muy superior a nosotros!", se rebelaba y, proféticamente, les descubría el fatalismo: "Pero no, son muy inferiores a nosotros... ¡Imbéciles! Detrás de sus aguas trompetas y de los platos de sus tambores, regresan a su país a comer salchichas y creen que todo ha terminado. Pero espera un poco. Ahora están tremendamente militarizados, y para rato, y bajo los jefes inflados de orgullo, que no los largarán, se tragarán todas las inmundicias de la gloria... Ya estoy viendo la organización de hierro y de locura que acuartelará a toda la sociedad alemana!... ¡Y todo para que, al fin, los aplaste alguna coalición!" Es el mismo sentir que lo impulsaba a desdeñara un oficial prusiano, contándole sus proezas guerreras, en un café del barrio del Petit-Bois: "Escuchaba, mirando al hombre con sus ojos azules, donde se encendía una chispa de feroz burla y, de pronto, lanzó una carcajada, se golpeó las nalgas en una convulsión de loca alegría". Nada le parecía más estúpido que esta grosería vanidosa y mediocre.

La casa de Ernest Delahaye, en Mézières, fue incendiada por el bombardeo, y éste debió emigrar a casa de sus padres, en un pueblo vecino. Pero Rimbaud no temía las idas y venidas a través de la nieve y del barro, salía a su encuentro, fuese cual fuese el estado del tiempo, y a menudo se los encontraba a ambos recorriendo el campo, a pesar de las órdenes alemanas, chapoteando en los caminos fangosos y desafiando a las patrullas. "¿Qué importaba la derrota? Depuración, refundición, vida nueva. Y con esto, nos entusiasábamos seriamente. El áspero viento del invierno, que

barría a su paso los montones de hojas muertas, espolvoreadas de nieve, a través de los desolados campos, nos embriagaba y se llevaba también al diablo nuestros locos pensamientos.”

Sus coloquios solían tener lugar en Mézières, en medio de las ruinas. Como el edificio del Consejo de Guerra había sido salvado del incendio, una hermosa mañana Rimbaud se instaló allí con su amigo, sobre los escalones de piedra, y lo invitó a un festín literario. Le sirvió... Los Castigos, hojeando con deleite un pequeño folleto azul, editado clandestinamente en Bélgica, y mientras tanto, se divertía en reconstruir los nombres propios de los que Víctor Hugo sólo diera las iniciales. Su odio por el Imperio era sin perdón.

También hacían largas estancias en la biblioteca municipal de Charleville. Permanecían allí durante días enteros, devorando las más extrañas obras. ¡Al diablo con los clásicos - y los románticos, Corneille y Lamartine! ¡Fuera los parnasianos! Atormentaban al bibliotecario, el abuelo Hubert, con incesantes y descabellados pedidos. "El excelente burócrata - escribe Verlaine-, a quien sus mismas funciones obligaban a entregar a Rimbaud, a pedido de éste, gran cantidad de cuentos orientales y libretos de Favart, todo el conjunto entremezclado con indefinidos libracos científicos muy antiguos y muy raros, rezongaba por tener que levantarse para este muchacho, y le aconsejaba con buena voluntad, y de palabra, los buenos y queridos estudios, Cicerón, Horacio, y ya no sé qué otros griegos!" Pero éste no se dejaba conmovir. Harapiento, con su eterna y mala sonrisa, y su aspecto desafiante, se obstinaba en exigir "obras disonantes para los

oídos del bibliotecario". No hubo altercados, ni palabras gruesas. El abuelo Hubert no era acomodaticio, y Louis Pierquin fue un día expulsado por él, con un puntapié en el justo lugar, por haber osado pedir los Cuentos de La Fontaine. Y Rimbaud, ante el escándalo de los habituales lectores, se sumergía ostensiblemente en las obras de Helvetius, de Juan-Jacobo, en los tratados de brujerías, de la cábala y de alquimia. "¿Qué necesidad tenía de estos heréticos libros de conjuros?" Pero el futuro peregrino del Infierno se preocupaba bien poco por las murmuraciones. Podían gruñir a su alrededor. Tomaba la revancha... en verso. ¡Ah! Los poltrones de la biblioteca de Charleville, a esos no los perdonó. En un poema escrito en enero de 1871, los pinta con toda maldad como "negras verrugas... los puños crispados ea sus mangas negras..."

Ils ont greffé dans des amours épileptiques
 Leur fantasque ossature aux grands squeletes noirs
 De leu'rs chaises; leurs pieds aux barresux rachitiques
 S'entrelacent pour les matins et pour les soirs.

Ces vieillards ont toujours fait tresse avec leur sièges,
 Sentant les soleils vifs percaliser leur peau,
 Ou les yeux 'a la vitre ou se fanent les neiges,
 Tremblant du tremblement douloureux du crapaud...

Oh ne les faites pas lever! C'est le naufrage...
 Ils surgissent, grondant comme des chats giflés,
 Ouvrant lentement leurs omoplastes, ó rage!

Tout leur pantalon bouffe á leurs reins boursouflés.

Et vous les écoutez cognant leurs~ têtes chauves
Aux murs sombres, plaquant et plaquant leuis pieds tors
Et leurs boutons d'habit sont des prunelles fauves
Qui vous accrochent l'oeil du fond des corridors!.³⁹

¡Pobres viejecitos! Lanzan un suspiro de satisfacción en cuanto ven salir a aquel aguafiestas. Él golpeó malhumoradamente la puerta, y ellos vuelven a bajar sus anteojos, continuando el hojear de las gacetas, de las revistas y de los almanaques preferidos. Pero hete aquí que un día entra lanzando un grito malo: "¡París ha capitulado!" Esta noticia, que consterna a toda la asistencia, a él lo llena de alegría. Al fin, las puertas de su destino vuelven a abrirse. El no está hecho

³⁹ Injertado en amores epilépticos
su osamenta fantasma a los grandes esqueletos negros
De sus sillas; los pies a los barrotes raquíticos
Enlazados por las mañanas y por las noches.

Estos viejos trenzados con sus brazos, eternamente,
Sobre su piel el sello del vívido sol temiendo,
Los ojos pegados al ventanal donde la nieve se derrite,
En el doloroso temblor del sapo, temblando.

¡Oh, que no se levanten! Pueden naufragar,
Estos que surgen, gruñendo como patos apaleados
Abren lentamente sus pechos. ¡Horror!
Se hinchan sus pantalones en sus riñones inflamados.

Podéis oír el golpear de sus calvos cráneos
En las sombrías paredes, apoyan sus pies retorcidos
Y los botones del frac son bestiales pupilas
Que clavan la mirada desde la profundidad de los corredores

para vivir en esta ciudad miedosa, en esta biblioteca sórdida y polvorienta. Su orgullo lo enardece. Se embriaga al pensar que no se parece a los demás hombres.

"Soy -dirá más tarde- el santo, que reza en la terraza, así como los animales pastan hasta el mar de Palestina.

"Soy el sabio del sombrío sillón. Las ramas y la lluvia golpean las ventanas de la biblioteca.

"Soy el caminante de la ruta mayor, a través de los bosques enanos; el rumor de las esclusas cubre mis pasos. Largo rato veo la melancólica lejía de oro del poniente.

"Seré el niño abandonado sobre la escollera, a la deriva en alta mar, el pequeño sirviente andando por el camino cuya frente toca el cielo.

"Los senderos son ásperos. Los montículos se cubren de retamas. El aire está inmóvil. ¡Qué lejos están los pájaros y las fuentes! Quizá sólo sea el final del mundo que avanza."

¡Sí! El final del mundo.. . ¡Avanzar, siempre avanzar! Ahora va a comenzar la gran aventura. Para él, "la libertad libre". Para él -¿quién puede saberlo?-, la gloria.

Y primeramente, en ruta hacia París. La gran ciudad lo fascina. Por tres veces consecutivas, hará el deseado viaje.

CAPÍTULO IV

EL LLAMADO DE PARIS

La pequeña vida provinciana colma el alma de Rimbaud de un hastío insuperable. Está asqueado, siente náuseas. Y allá, más allá de los vivacs abandonados, tras los suburbios humeantes por los últimos combates del sitia, París lo espera.

Apenas si lo vislumbrara el verano pasado, a través del tragaluz enrejado de la prisión de Mazas, y este gran desconocido lo atrae irresistiblemente, más tentador, aun más turbador en medio de la desolación de la derrota y la incertidumbre del destino. El mundo se ha plasmado: todo cambia, todo hierve, todo está en fusión. ¡Lugar para los fuertes, a los que se vanaglorian de no tener corazón, y que sabrán modelar una vida heroica! Parte.

La primera vez -es el 25 de febrero de 1871- quiere aprovechar el restablecimiento de las comunicaciones con la capital, y, como tiene poco dinero, vende su reloj para pagar el tren. Por otra parte, no está solo. El "sin corazón" va acompañado de una muchacha de Charleville, quien por seguirlo ha abandonado su familia, su hogar. Ernest Delaha-

ye ha relatado la aventura: "Sin asilo, aquella primera noche, durmieron en el banco de un bulevar. Por la mañana, le exigió que se fuera, que tomara algunos cobres del capital común, para ir hasta la estación del Norte: allí, él pensaba, la acogerían unos parientes que ella tenía en un pueblito de los alrededores de París."

Marcel Coulon no creía en esta fuga que perturbaba un poco su tesis referente a las relaciones de Verlaine y de Rimbaud. En cuanto a Paterne Berrichon, defensor titular de la castidad del adolescente, la silenció, postergando hasta 1873 su iniciación amorosa.

Los recuerdos de Louis Pierquin confirman el relato de Ernest Delahaye: parece ser cierto que la amiga de Rimbaud llegó a París.

¿Sería ella la poseedora de aquellos, ayos, vetas cantados en el soneto de las Vocales? Por otra parte, es, enigmática aparición, sombra fugitiva imposible de captar, de detener en su paso. ¿Quién era ella? ¿Qué fue de ella? El silencio de su amante ha protegido su misterio. "Rimbaud, dice Louis Pierquin, no quería que se hiciera alusión a este breve y doloroso amor. Varios años después, yo estaba con él frente a una mesa del café Duterme, en la calle del Petit-Bois en Charleville, café donde, excepto los domingos, los parroquianos no eran muy numerosos. Aquella noche permanecía en silencio, contestando apenas a mis preguntas. Bien sabía yo que su cerebro trabajaba penosamente. Para distraerlo, le dije: "¿Y bien, en qué andan tus amores? ¿Tienes noticias de la pequeña?" Me clavó los ojos, con un mirar de tal tristeza que me sentí turbado, y me dijo: "¡Te lo ruego, callaste!" Acodado

sobre la mesa, con la cabeza entre las manos, se echó a llorar. Jamás olvidaré esta desoladora escena. Alrededor de las nueve, se levantó diciendo: "¡Vámonos!" Lo acompañé hasta la puerta de la selva de la Havetiére, a dos kilómetros de la ciudad. Me estrechó la mano sin decir palabra, pero ahogado en llanto, tomó un sendero en medio del bosque. Me quedé cinco días sin verlo.

Poco después de su muerte, durante una conversación que mantuviera con Isabelle, le conté estos incidentes, de los que ella nunca había tenido ningún conocimiento. "Lo que usted está diciendo, dijo, me explica ciertas palabras incoherentes varias veces pronunciadas durante su delirio."

El último recuerdo del secreto amor revivía en la agonía.

Cuando su amiga lo dejó -su vocación literaria exigía este sacrificio- Rimbaud salió por las calles, a la conquista de París. Al principio, un poco aturdido por la batahola y el movimiento, se detuvo en las galerías del Odeón, erró sin fin por los bulevares y se dirigió a casa del buen caricaturista André Gill, cuya dirección había conseguido.

Ya está frente a su puerta. Estaba abierta. Nadie en el taller. Entra con su habitual desparpajo, y repite en casa del artista lo que hiciera en el cuartel de Givet, en lo del sargento de guardias móviles, y en Douai, en lo de su maestro Izambard : ve un diván, se acuesta y duerme. Por la noche, al regresar, André Gill, extrañado, ve en su casa a un durmiente desconocido. "¡Eh! ¡Usted! ¿Quién es? ¿Qué hace aquí?" "¡Soy Arthur Rimbaud!", y luego, nuestro poeta, frotándose los ojos le dijo que hacía mal en despertarlo, pues tenía sueños muy hermosos. "¡Yo también, dice Gill, pero yo los ten-

go en mi casa!" Y dulcemente lo despide entregándole todo su capital: ¡una moneda de diez francos!, y algunos consejos.

Entonces, en la ciudad agotada por los horrores del sitio. ¿qué ha de hacer sin hogar, sin techo, pronto sin pan, en este final de riguroso invierno? Durante quince días vaga al azar, temblando frente a las vidrieras de las librerías, acostándose bajo los puentes o en las barcazas de carbón, y, lleno, de odio por este París que lo acogió mal, regresa, a pie, por la ruta de las Ardenas, el 10 de marzo de 1871.

Es fácil imaginar lo que fue este viaje, por etapas, a través de los campos surcados por alemanes. ¿Cómo hacerles creer a los paisanos, vagamente intranquilizados por sus modales, que este caminante es un brillante laureado del colegio de Charleville? No, ellos desconfían, y Rimbaud, que busca asilo en las chacras, se hace pasar por un francotirador acorralado por el enemigo. Una noche llega a su casa, harapiento y tosiendo hasta echar el alma. Su madre lo cuida, vuelve a vestirlo, y lo sermonea... "¡Ya es hora de que seas juicioso. Basta de fantasías!" Quisiera hacerlo volver al colegio. Por lo menos que termine sus estudios y se presente al bachillerato -¡como todo el mundo!- ¡Trabajo perdido! ¡Como si fuera éste el debido tiempo! Está en lucha con la sociedad, y redacta por ese entonces un proyecto de constitución comunista, inspirado en Juan-Jacobo y en Babeuf.⁴⁰ Evangeliza, en el camino, al picapedrero, predicándole la Revolución. ¿Para qué ha de ir al colegio, Dios de los Dioses? No, está mucho mejor con Delahaye "bajo los plá-

⁴⁰ Este cuaderno -de apretujada escritura- le fue mostrado a Delahaye en agosto de 1871 y no pudo ser nuevamente hallado

tanos, los álornos, los acacios adolescentes de los claros bosquecillos, grises y rosados, salpicados de oro y esmeralda", o aún en la profundidad de una antigua cantera de greda abierta en los flancos de la colina de Saint-Laurent.

Pronto le llega la oportunidad de tentar, en la revuelta, la fortuna que no le sonriera en la literatura. El rojo resplandor de la Comuna palpita en la profundidad de sus sueños y lo llama. Y ahora por tercera vez en ocho meses vuelve a partir hacia París. Naturalmente, a pie y sin un centavo. Pero ya no es novicio en materia de vagancia. En cuanto pasa una carreta no duda en llamar al conductor, le solicita un lugar, y así va ganando unas cuantas leguas. Paga su viaje contando historias. Un día, un camero bebido, que lo transporta en medio de las bolsas de trigo y toneles, le exige "un dibujito para su muchacho". Idea fija de ebrio. Para deshacerse de él, arranca una hoja de su libreta y esboza para él una caricatura de Tiers.

¿Llegará realmente a París esta vez? ¿Se enganchará con las tropas insurrectas? ¿Fue incendiario y federado, tal como se vanaglorió? Esta aventura es actualmente aceptada por todos sus biógrafos y se le conocen las peripecias: se presenta en las fortificaciones como un recluta de provincia y solicita ser armado; seguramente que para los aguerridos comuneros sólo es un niño, pero su extraño rostro y sus apasionadas palabras ganan la confianza de aquéllos, que hacen una colecta para él, y él los regar. Intercambio de generosidades. Sin embargo, la situación de los insurrectos se agrava. Rimbaud se enrola con los "cazadores de la Revolución", pero el cuartel de Babylone, donde está alojado, no

recibe ni armas ni equipo. Los versalleses se acercan, y él debe huir en medio del desconcierto y el desorden. Las famosas letrillas del Corazón defraudado estarían inspiradas en esta repugnante experiencia de las cuadras revolucionarias.

A esta versión generalmente admitida p ciertamente de color subido, ¿habrá que oponer, aun a riesgo de quitarle encanto, la aridez de una argumentación escéptica? En primer lugar, la poesía *El corazón defraudado* es una composición anterior a la partida de Rimbaud para la Comuna, y que éste envió a Izambard en una carta desde Charleville, fechada el 13 de mayo de 1871. "Seré, le escribía, un trabajador. Esta es la idea que me retiene cuando los locos arrebatos me impulsan a la batalla de París, donde pese a toda aun mueren tantos trabajadores mientras yo le escribo a usted." Así, pues, esta fecha está muy lejos del cuartel de Babylone, del que no puede hacer una descripción.

Por otra parte, aun está en Charleville el 15 de mayo, y la prueba la tenemos en una carta dirigida este mismo día a su amigo de Douai, Paul Demeny. Así, pues, habría que situar su experiencia de la Comuna entre el 16 y el 20 de mayo, principio de la represión versallesca y de la "semana sangrienta"; pero si le otorgamos ocho días para ir a pie desde las Ardenas hasta la capital (¡240 kilómetros!), estamos obligados a concluir que no tuvo el tiempo material de "incendiar" París, así como tampoco de enrolarse entre los incendiarios.

Por otra parte, bien puede ser que se haya puesto en marcha y no hay razón alguna para que pongamos en duda el episodio tan frecuentemente relatado de la selva de Villers-

Cotterets. Una noche, bajo una luna de Raffet, tal como dice Verlaine, escapa milagrosamente a una patrulla de ulanos, lanzándose a la espesura, muerto de miedo, retumbándole en los oídos el entrechocar de las armas y' el galope de los caballos. Se repiten las mismas fatigas, las mismas miserias, los mismos peligros que en el regreso anterior. Y cuando llega a Charleville está más nervioso, más áspero que nunca.

Humillado en su genio, que nadie reconociera, en su ideal revolucionario vencido, lo será en su orgullo de hombre.

Un idilio que esboza con la hija de un industrial de Charleville -un vecino- se quiebra en medio del ridículo y la confusión. A fines de mayo de 1871, al salir de su casa, había apercibido tras las cortinas de una ventana del muelle de la Madelaine, a una morochita de mirada incomparable. Esta le pareció muy cautivadora. Le envió versos -una declaración lírica- con el torpe candor sobreviviente de sus accesos de cínico desengañado, la citó en el square de la estación. Apareció la bella, escoltada por una sirvienta cómplice y pilla, miró de arriba abajo al tímido muchachón mal 57 vestido, embarazado, "asustado como treinta y seis millones de peritos recién nacidos" y siguió burlona, con una despreciativa sonrisa. Decididamente, el joven poeta no causaba ninguna impresión a la pequeña burguesa.

Desde entonces, mortificado por este desacierto, se hundió en la amargura y el rencor. Fue en el curso de este verano de 1871 cuando escribió la invectiva *Mis pequeñas enamoradas* y la mayoría de sus poesías cínicas e irreligiosas: *Las sumisiones*, *Los pobres en 1a iglesia*, *Las primeras co-*

muniones. Con París vuelve a poblarse, estalló en furor contra los rompehuelgas, contra el gobierno de Thiers, también contra la mujer, eterna cómplice de los burgueses repletos de oro.

Société! tout est rétabli: les orgies
Pleurent leur ancien rále aux anciens lupanars...⁴¹

Asusta a su madre y a sus hermanas con su irritabilidad, ofusca a los burgueses de Charleville con sus groserías, sus bravuconadas y su desorden, y los muchachos de los alrededores al verlo pasar, provocativo, con sus ropas enlodadas, los cabellos desmesuradamente largos, cayendo en bucles sobre los hombros, cayéndosele la pipa con el hornillo volcado, lo señalaban con el dedo haciéndolo "rabiar", tal como se dice en las Ardenas, y lanzándole piedras.

Un día, en la plaza Ducal, es interpelado por un joven burócrata que, creyendo ofenderlo, le da cuatro centavos: "Toma, chico, toma esto y ve a cortarte los cabellos". Pero él, sobreponiéndose al bromista, se los guarda en el bolsillo, sin inmutarse: "Serán -dice- para comprar tabaco". Especialmente indigna a la vendedora de tabaco, vieja señora severa, con mirar de águila y ganchuda nariz, cuando entra al boliche con la pipa en la boca, puesta la gorra con visera y solicita imperativamente: "¡Un cobre de tabaco para pipa!" Y de tanto en tanto, para distraerse, escribe con tiza y en gran-

⁴¹ ¡Sociedad! Todo ha sido restablecido: las orgías
Lamentan el viejo gemido de los antiguos lupanares

des mayúsculas en los bancos de los paseos, en las puertas de las iglesias: "¡M... a Dios!"

¿Cómo podía haber, en su alma intratable, cualquier compromiso, fuese cual fuese, con la religión, con la sociedad, con la literatura? No pretende estar de acuerdo con su tiempo, muy al contrario, quiere sobrepasarlo, adelantarse, ser un profeta, un vidente.

En dos cartas características, escritas con dos días de intervalo, una el 13 de mayo de 1871 al señor Izambard y la del 15 a Paul Demeny, expone su teoría de la nueva poesía y su concepto de poeta vidente. La primera está aún inédita⁴²; la segunda, más extensa, llena de una fulgurante obscuridad y de sarcástica abundancia, ya ha sido publicada.

Nada ha existido en poesía, dice Rimbaud, después de Grecia. Nada más que siglos de versificación. "El primer paso del hombre que quiere ser poeta es so propio conocimiento, íntegro. Busca su alma, la vigila, la tantea, la estudia. En cuanto la conoce, debe cultivarla. Esto parece simple: en todo cerebro se cumple un desarrollo natural; ¡hay tantos egoístas que se proclaman autores y tantos otros que se atribuyen su progreso intelectual! Pero hay que modelarse un alma monstruosa, según el ejemplo de los "comprachicos". Imaginad un hombre que se implanta y cultiva verrugas sobre su rostro. Digo que hay que ser "vidente", hacerse vidente. El poeta se vuelve vidente para un largo, inmenso y razonado desorden de todos los sentidos. Todas las formas del amor, del sufrimiento, de la locura; se busca a sí mismo, agota en sí todos los venenos para guardar sólo la quintaes-

⁴² El señor Izambard la reserva para su ulterior publicación.

sencia. Inefable tortura para la cual necesita toda la fe, toda la fuerza sobrehumana, y por la cual se convierte en el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito, y el supremo sabio. ¡Si llega hasta lo desconocido! ¡Y ha cultivado su alma, ya rica, más que ninguno! Alcanza lo desconocido; y, aunque enloquecido, terminará por perder la inteligencia de sus visiones, ¡igualmente las ha visto! Y que en su salto reviente por las cosas increíbles e inauditas: ya llegarán otros horribles trabajadores; ¡éstos se iniciarán en los horizontes en que otros se desplomaron!”

Le sigue una página de curiosa historia literaria: "Ciertas veces Lamartine es un vidente, estrangulado por la envejecida fórmula. Hugo, demasiado porfiado, vio bien en los últimos volúmenes: Los miserables son un verdadero poema... Musset es catorce veces execrable para nosotros, generaciones dolorosas y presa de visiones, ¡a quienes su pereza de ángel ha insultado! ¡Oh cuentos y proverbios insípidos! ¡Oh las Noches! ¡Rolla, Namouna, la Copa! Todo es francés, es decir, despreciable hasta el grado máximo: ¡francés, no parisino! Otra obra más de este odioso genio que inspiró a Rabelais, Voltaire, Jean de La Fontaine, comentado por Taine. ¡Primaveral espíritu el de Musset! ¡Qué encantador su amor! ¡Ésta sí que es pintura al esmalte, sólida poesía! Durante mucho tiempo será saboreada la poesía francesa, sólo en Francia. Todo dependiente de almacén está en condiciones de desarrollar un apóstrofe doméstico, todo seminarista lleva quinientas rimas en el secreto de urca libreta . . .

"Los segundos románticos son muy videntes: Teófilo Gautier, Leconte de Lisle, Teodoro de Banville. Pero vigilar

lo invisible y oír lo increíble son cosas muy distintas a retomar el espíritu de las cosas muertas, y Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, un verdadero Dios. Pero aun él vivió en un medio demasiado artista, y su tan ponderada forma es mezquina. Las invenciones sobre lo desconocido exigen nuevas formas."

¡Que desaparezcan las formas antiguas! Si él las utilizó, lo lamenta y se avergüenza de ello. Es igualmente lógico consigo mismo, cuando un mes más tarde, el 10 de junio le escribe a Paul Demeny:

"Queme, así lo quiero y creo que usted respetará mi voluntad como la de un muerto, queme todos mis versos, que cometí la tontería de darle durante mi estadía en Douai." Ahora está trabajando en la realización de su poética ideal: va a escribir Cuanto se dice al poeta sobre flores y Barca ebrio.

Es sabido que muy pocos poetas de su época merecen su favor: de estos dos poemas, enviará uno a Teodoro de Banville y le llevará el otro a Verlaine.

El 14 de julio de 1871, le escribe a Banville: "Recuerda usted haber recibido del interior, en junio de 1870, cien a ciento cincuenta hexámetros mitológicos, titulados Credo in unom.⁴³ Fue usted lo suficientemente bueno como para contestar. Aquél fue el mismo imbécil que hoy le envía estos versos". Este poema titulado Cuanto se dice al poeta sobre flores y publicado el año pasado por el señor Marcel Coulon, es una divagación funambulesca donde está expresa, con prodigiosa originalidad verbal, toda la genial inmundicia de Rimbaud. Con toda razón el señor Coulon se lo ha repro-

⁴³ Es la poesía publicada bajo el título Sol y carne

chado al Barco ebrio: aquél es, "en el plano de lo cómico", lo que éste "en el plano de lo sublime". Es "el mismo vuelo rápido imaginario hacia el exotismo. A estos vegetales franceses de siempre, harapientos, tísicos, ridículos, Rimbaud opone la desconocida flora, increíble, inédita, inexistente, de los trópicos, de las Floridas de los sueños imposibles. Pero mientras roza los pétalos de estas rosas, de estos lirios, de estas violetas, de estos no me olvides detestados -detestados porque los posee, porque existen, y porque todo lo que no tiene, cuanto no puede tener, todo lo que no puede existir es cuanto necesita-, condena su tontería su falta de sentido común". Burlón, se mofa de sí mismo, interpelándose irónicamente:

Oui, trouve au coeur des noirs filons
Des fleurs presque pierres-fameuses!
Qui vers leurs durs ovaires blonds
Aient des amygdales pemmeuses!

Sers-nous, ó farceur, tu le peux
Sur un plat de vermeil splendide
Des ragoffts de lys sirupeux
Mordant nos cuillers d'alfénide!⁴⁴

⁴⁴ Sí, busca en el corazón de los negros veneros
Flores casi petrificadas, ¡admirables!
¡Que en sus duros ovarios auríferos
Guarden amígdalas cristalizadas!

¡Oh farsante! ¡Si puedes, sirvenos
En fuente de espléndida plata
Guisos de lirios almibarados

Y por conclusión:

Surtout rime une versión
Sur le mal des pommes de terre . . .⁴⁵

¡Ah! ¡Eterno sarcasmo, impulso siempre quebrado, vuelo que cae en el escarnio, laxitud, náuseas ;Así pues nunca será satisfecho y bajo su mirada estragada todas las flores se marchitan, todas las estrellas palidecen!

Hacia fines de agosto de 1871, después de haber visto el mar, escribe el poema que, quizá más que cualquiera otra de sus obras, le dio celebridad: Barco ebrio. Encierra éste las mismas audacias, las mismas incoherencias, idénticas riquezas. Decidido a romper con las antiguas fórmulas, con los tradicionales procedimientos de notación literaria que fijaron y desgastaron el mundo móvil y rebelde de las sensaciones, aspirando a la renovación de la acentuación en la palabra, ya para él desmonetizada, afirma con asombrosa maestría para un colegial de diecinueve años su propio lenguaje violentamente personal. A la ordenación lógica de las imágenes conocidas, substituye el brote efervescente de nuevas combinaciones verbales. De sus escolares lecturas: Veinte mil leguas bajo el mar y Los trabajadores del mar, se eleva una visión maravillosa. Y en este poema que se hincha como la marea plena, dice, proféticamente, gracias a un símbolo sin

Que carcoman las cucharas de alpaca!

⁴⁵ Y recomiendo rimes una versión

Con el mal de las papas por tema...

cesar enriquecido y sin cesar desplegado, su legendario y patético destino: verlo todo, sentirlo todo, agotarlo todo, explorarlo todo, decir todo. Hacia lo inaudito, hacia lo invisible, hacia lo innominado, lo arrastra su curiosidad apasionada, salvaje:

Je sais les cieux crévant en éclairs, et les trombes,
 Et les ressacs, et les courants; je sais le soir,
 L'aube exaltée ainsi qu'un peuple de colombes,
 Et j'ai vu quelquefois ce que l'homme a cru voir...⁴⁶

He aquí el fondo de los mares:

J'ai révé la nuit verte aux neiges éblouies
 Baisers montant aux yeux des mers avec lenteur,
 La circulation des séves inoies,
 Et l'éveil jaune et bleu des phosphores chanteurs.⁴⁷

El barco sin piloto, arrastrado a la deriva en la embriaguez de las contemplaciones ideales, lo ha visto todo: las grandes batallas de la marejada, las cataratas desconocidas, visiones únicas, jamás idénticas a sí mismas, jamás compartidas con otros espectadores:

⁴⁶ Yo sé de cielos reventando en relámpagos y trombas,
 Y de resacas y corrientes; conozco el atardecer
 El Alba exaltada como un pueblo de palomas
 Y alguna vez he visto lo que el hombre creyó ver...

⁴⁷ Yo soñé con la noche verde, de nieve blanquecina,
 Besos subiendo hasta los ojos con lentitud marina,
 Con el circular de extrañas savias,
 Y un despertar, oro y azul, de alegres luminarias.

Glaciers, soleils d'argent, flota nacreux, cieux de braises
Echouages hideux au fond des golfes bruns.⁴⁸

Se ha bañado "en el poema del mar infundido de astros", donde pasan los "peces de oro" entre "espumas de flores". Como el poeta, "loco madero escoltado por negros hipocampos", ha recorrido el océano de las ideas y de las imágenes. Ha sido el "tejedor eterno de las inmensidades azules" y ahora está harto: Y Rimbaud concluye aquí en un nihilismo integral:

Mais vrai, j'ai trop pleuré. Les aubes sont navrantes,
Toute lune est atroce et tout soleil amer.
Lacre amour m'a gonflé de torpeurs enivrantes
Oh! que ma quilla éclate! Oh! que j'aïlle á la mer!⁴⁹

¿A quién pueden leerse estos versos cuando sólo se cuentan dieciséis años, y cuando se vive en Charleville? Cierta-mente no es muy cómodo tener público. "Desde hace más de un año -le escribe a Paul Demeny- he abandonado la vida común, por lo que usted sabe.⁵⁰ Sin cesar encerrado en esta incalificable región de las Ardenas, sin frecuentar hombre alguno, recogido en un trabajo infame, inepto, obstina-

⁴⁸ Glaciares, soles plateados, fondos de nácar, cielos abrasados
Naufragios horrorosos en el abismo de los oscuros golfos.

⁴⁹ Mas en verdad, mucho he llorado. Los amaneceres son lacerantes
Toda luna es atroz y todo sol es amargo.
El áspero amor me ha colmado de turbaciones embriagantes.
¡Oh! ¡Que estalle mi quilla! ¡Oh, que escape al mar!

do, misterioso, contestando sólo con silencios a las preguntas, a los malignos y groseros insultos, mostrándome digno en mi posición extralegal, he concluido por provocar atroces resoluciones de una madre tan inflexible como setenta y tres gobernantes con casco de plomo. ¡Quiso castigarme con el trabajo perpetuo en Charleville (Ardenas) ! Un puesto para tal día, decía ella, o a la calle. Rechazar esta vida, sin dar razones, hubiese sido lamentable. Hasta hoy pude hacer frente a los vencimientos. Ella llegó a esto: desear sin cesar mi partida, ¡mi fuga! Indigente, inexperto, terminaré por ingresar en los establecimientos correccionales. Y entonces, se hará el silencio sobre mí . . . Y agrega: "Quiero trabajar libremente, pero en París, a quien amo".

En su deseo de regresar a la capital, Rimbaud obscurece el cuadro de su angustia intelectual. No está tan solo como dice, y frecuente, sin disgusto, fuera de Delahaye, algunos compañeros de colegio o camaradas de café: Ernest Millot. Louis Pierquin, el profesor Lenel, y especialmente a dos alegres vividores, mentalidades "avanzadas" que no se asustan de su poesía ni de su desparpajo: Bretagne y Deverrière.

Bretagne era una "rata de sótano", atlético y ventruado, gran fumador de pipas y amante de la bohemia, que conocía ~a Verlaine y se las daba de literato. Se parecía a un Enrique VIII bonachón o al bebedor del Bon bock de Manet. Era además músico, excelente violinista dotado de un talento de caricaturista ejercitado con fantasiosa y mordaz facilidad. Deverrière, muchachón jovial, sano y robusto, gran lector de

⁵⁰ El estado de vidente.

Helvétius, había sido profesor y por aquel entonces era redactor del Nord-Est, el diario republicano de las Ardenas.

No es difícil imaginar al trío de los amigos frente a una mesa del café de la plaza Ducal, bajo los arcos de bóvedas abocinadas, discutiendo frente a los chops espumosos, en medio del humo de los fumadores. Mientras acariciaba su negra barba, Bretagne narraba su encuentro con Verlaine, en Artois. Nadie era ciertamente más acogedor que el poeta de las Fiestas galantes. Puesto que Rimbaud quería ir a París y hacerse allí un hombre, por qué no escribirle? Alentado, éste hizo copiar por Delahaye, con letra diminuta y redonda sus últimos poemas, uniendo a esta página caligrafiada “larga carta de escritura apretujada donde expresaba su ideal, sus iras, sus entusiasmos, su tedio, todo lo que era”. Bretagne apoyó el conjunto con un post -scriptun, afectuoso, y quince días después, Verlaine, entusiasmado por estos nuevos y extraños acentos, invitaba al autor del Barco ebrio para que fuese a París.

CAPÍTULO V EL TEMPLO DE LAS MUSAS

"La víspera de su partida --cuenta Ernest Delahaye-Rimbaud quiso dar un último paseo por Charleville. Era en setiembre de 1871. La luz era radiante y suave, el aire diáfano de una encantadora tibieza, todo invitaba a la esperanza. Nos sentamos en el linde del bosque. "Esto es -dijo- lo que hice para presentarles a mi llegada." Y me leyó el Barco ebrio. Al oír tan deslumbrante maravilla, celebré anticipadamente su retumbante entrada en el mundo literario. "¡Ah!, sí -contestó-, hasta hoy no se ha escrito nada parecido. ¿Y sin embargo, qué? ¡El mundo de las letras, los artistas! ¡Los salones! ¡Los elegantes! Ignoro los comportamientos, soy torpe, tímido, no sé hablar. ¡Oh! En cuanto al pensamiento no temo a nadie, pero... qué haré allá'."

Esta vez se trataba seriamente de una salida: iba a jugar su destino. Se iba, no como un vagabundo, sino como un correcto viajero. Su madre, que ya desesperaba de convertirlo en un ordenado empleado, no se enojó al verlo alejarse y, fiel a su costumbre, no le dio ni un centavo, pero le compró un traje nuevo. Deverrière le entregó veinte francos para

que pagase el tren. Así, pues, dijo adiós a Charleville, al Mosa estremecido bajo el arco del Viejo Molino, adiós a las murallas de Mézières, enmohecidas y bañadas de agua verdosa, a los cafés de la plaza Ducal, ocultos como bodegas bajo los arcos de los altos pabellones Luis XIII de techos resbaladizos y azules. En la dorada bruma que cruzaba el tren, volando al crepúsculo hacia París, veía cómo se abrían, en una soñada Acrópolis, los pórticos y frontones del Temple de las Musas.

"Ven, querida y gran alma, te espero, te deseo", había escrito Verlaine. A decir verdad no era en su casa, sino en la de sus suegros, en la calle Nicolet, N^o 14, junto a la Butte Montmartre, donde así le ofrecía su hospitalidad. El año anterior se había casado con la pequeña Matilde Mauté, hija de un antiguo notario alemán. La luna de miel fue corta. La Buena canción del noviazgo habíase extinguido rápidamente con el fragor de la guerra. Pronto llegaron los horrores del sitio de París, la vida irregular de la guardia nacional, las bocharras en las murallas de defensa, el enervamiento de la Comuna. La joven mujer se hartaba de las escenas de ebriedad, de los juramentos y de las brutalidades.

Vous n'avez pas eu toute la douceur;
Cela, par malheur, d'ailleurs; se comprend...⁵¹

⁵¹ Tú no has tenido toda la dulzura;
Esto por desgracia, además, lo comprendo...

Y ahora su marido le imponía, en ausencia de su padre y en el departamento de la familia, la presencia de un desconocido, que se presentaba de manera muy poco atractiva.

El mismo Verlaine se había quedado sorprendido. Esperaba ver a un hombre de unos treinta años, no lo reconoció en la estación del Este y sólo le encontró una hora después de la llegada del tren, cómodamente instalado en su casa. Era un muchacho flacucho e hirsuto, campesino desgarrado de grandes manos rojas, de torpe andar, "una verdadera cabeza de niño, regordeta y fresca -escribirá- sobre un cuerpazo huesudo y torpe como el de un adolescente que sigue creciendo". Tenía acento ardenés, aspecto muy provinciano y, como dijo Mallarmé, "un no sé qué acentuadamente altivo de muchacho de pueblo", pero atraía por el óvalo armonioso del rostro y sus ojos "como noche estival", ojos de acero salpicados de oro en el iris azul adornado de un anillo más obscuro, ojos "cruels" donde sin embargo deslumbraba y sonreía una especie de dulzura. Su tez habíase tostado, bajo su cabello castaño claro siempre desordenado, su expresión se había endurecido. Su boca fuerte, carnosa y roja, tenía un mohín amargo y malicioso.

La primera comida en la calle Nicolet fue extraña. Estaban presentes la señora Mauté, suegra de Verlaine; su mujer, encinta de ocho meses y bastante enfermiza, y Carlos Cros, el físico poeta, invitado para la circunstancia. El padre Mauté estaba de viaje. Se sentaron a la mesa sin gran entusiasmo. Rimbaud comía golosamente, con la nariz metida en el plato sin decir palabra, lanzando de tanto en tanto, a hurtadillas, una mirada desconfiada. También él estaba ya decepcionado.

Las mujeres hicieron el gasto de la conversación: ¿gestaba cansado?. ¿ había tenido un buen viaje?, y él a duras penas despegó los labios, respondiendo con tono exhausto. Entonces Carlos Pros lo interrogó sobre sus versos. Silencio insolente y obstinado. Con los codos sobre la mesa, encendió la pipa, chupo algunas bocanadas y se levantó a acostarse.

Es fácil imaginar las reflexiones que de inmediato cambiaron los convidados: "No es divertido el mozo... Y al fin de cuentas... y ese total desenfado... Cuando regrese el suegro no lo soportará ni un minuto... ", etc. Verlaine procuró defenderlo un poco, pero al día subsiguiente y en los consecutivos, las cosas se malograron. Rimbaud se sentía de más en más molesto en este ambiente burgués que no difería sensiblemente del suyo. Volvía a encontrar allí el gusto y los modales de C'harleville, el estilo Luis Felipe, la mesita y el reloj del departamento de su madre, el envejecido cuadro al pastel del antepasado, en el dormitorio. Según su entender, un poeta debía vivir de manera muy diferente. Así se lo dijo crudamente a Verlaine, que deseaba convencerse de ello, distender los lazos que lo ataban a la vida doméstica, recuperar su libertad. Lo arrastró en largas borracheras por las terrazas de los cafés. Día tras día se los vio descender por la margen izquierda, ir y venir entre el café de Cluny y el de Tabourey, cerca del Odecín, donde se encontraban con indefinidos literatos, y siempre era muy tarde cuando abandonaban trabajosamente los cafés del barrio latino para subir a Montmartre. Regresaban, a menudo, ebrios: esto provocó entre Verlaine y su mujer nuevas escenas matrimoniales. Por otra parte, el padre Mauté anunciaba su regreso y se temía su

humor terco y cortante. ¿Vivirían una vida infernal? Felizmente, al cabo de quince días, Rimbaud abandonó la casa.

¿Qué fue, entonces, de él? No se sabe. Un día Verlaine lo encontró vagando solo por las calles, demacrado, medio muerto de hambre, con el traje manchado y destrozado y se fue a alegar su causa ante el buen maestro Théodore de Banville. Éste alquiló para el vagabundo, en la calle Buci, un cuarto de estudiante donde su mujer hizo llevar una cama. Apenas llegó Rimbaud, que había andado por algún asilo nocturno de donde saliera plagado de parásitos, se desvistió rápidamente, se quitó la mugrienta camisa y acercándose completamente desnudo a la ventana, con gran escándalo de los vecinos, hizo un paquete con todo y lo tiró a la calle. Quejas, explicaciones. "¡De ningún modo podía acostarme en una cama tan limpia -le dijo a Banville- con los harapos llenos de piojos!"

De cualquier modo, unos días después ya se había mudado. La cama que le prestara la señora de Banville fue trasladada al laboratorio donde Charles Cros vivía con el pintor Michel de l'Hay. Y el músico Cabaner -el que Verlaine apodara sabrosamente "Jesucristo después de tres años de ajeno"-lo acogió en su casa de la calle Racine. En fin, como quería ser independiente, sus protectores se cotizaron para asegurarle una renta... de tres francos por día y lo instalaron, con unos miserables muebles, mediante un alquiler de... veinticinco francos al año, en una buhardilla de la calle Campaigne-Première. Allí se quedó tres meses, de enero a abril de 1872, y fue entonces cuando conoció a Forain.

Verlaine estaba de más en más entusiasmado. Para él. Rimbaud salía de su mutismo. ¡Qué compañero! Su inteligencia, su original visión, lo fascinaban. Pero en cuanto lo llevaba a casa de los amigos, o a los ambientes literarios, era una fuente de decepciones, de incidentes, de sinsabores.

Salvajismo, torpeza, cinismo, decididamente "el hijo pródigo" tenía contra sí todas las apariencias. Con su atroz timidez y su absolutismo espantoso, no pudo ni quiso adaptarse ni a las conveniencias sociales, ni a las leyes elementales de la cortesía literaria. No respetaba nada ni a nadie.

Cierto día, el amigo y biógrafo de Verlaine, Edmond Lepelletier, invitó a los dos amigos a cenar. Rimbaud estuvo insoportable. "En primer lugar -escribe su huésped- no despegó los labios durante toda la primera parte de la comida, sólo abría la boca para pedir secamente pan o bebida, como en una mesa de hotel, y al final, bajo la influencia del borgoña enérgico que Verlaine escanciaba generosamente, se volvió agresivo. Lanzó provocativas paradojas y emitió apotegmas destinados a incitar las contradicciones. Especialmente, pretendió bromear llamándose 'saludador de muertos', porque me había visto levantar el sombrero al paso de un cortejo. Como yo acababa de perder a mi madre sólo hacía dos meses, le impuse silencio al respecto y lo miré de tal manera que lo tomó a mal, pues quiso levantarse y avanzar amenazadoramente hacia mí. Nerviosa y tontamente, tomó de la mesa un cuchillo de postre, sin duda a manera de arma. Le planté la mano sobre el hombro y de inmediato loforcé a sentarse nuevamente, mientras le decía que no habiendo temido a los prusianos no sería un polizón como él

quien me intimidaría. Agregué, sin gran enojo, más bien bromeando, que si no estaba satisfecho y si persistía en molestarnos, lo conduciría hasta la escalera a puntapiés en la terminación de la espalda. Verlaine se interpuso, rogándome que no me enojase, disculpó a su amigo, y Rimbaud se calló hasta terminar la comida, contentándose con beber abundantemente y rodeándose de nubes de humo, mientras Verlaine recitaba versos."

Este no se descorazonó: a pesar de estos incidentes, se sentía orgulloso de su protegido y quería exhibirlo por todas partes. Lo introdujo en los cenáculos literarios y lo llevó a casa de Víctor Hugo. Si bien el viejo poeta no lo saludó, tal como se ha pretendido, llamándolo "Shakespeare niño" (esta designación parece haber sido dirigida a Glatigny), al menos lo recibió con olímpica benevolencia y fácil grandilocuencia. Fantin-Latour obtuvo de Rimbaud una sola sesión de pose, en el curso de la cual "el sujeto" no se dignó proferir una sola palabra, y lo colocó, tal como lo vio, acodado como un escolar rezongón y desabrido, junto a León Valade, a Emilio Blémont, Verlaine, Jean Aicard y Camine Pelletan.

Fue en noviembre de 1871 cuando Delahaye, conducido por Verlaine, fue a visitar a su amigo, en el Hotel des Etrangers, en la calle Racine. Lo encontró en un mugriento salón, presidido por Cabaner, en medio de hombres de letras y de estetas debidamente melencólicos y barbudos. "Lo que veo especialmente, es a Rimbaud que acostado sobre un diván, se levanta al llegar nosotros, se despereza, se frota los ojos, hace una lamentable mueca de niño bruscamente sacado de un pesado sueño. Desenvuelto, dé pie, me pareció

enorme... en algunas semanas había crecido más de un pie." (¡1 metro 80!) "Adiós redondas mejillas de antaño, ahora su rostro alargado, huesudo, enrojecía terriblemente circundando sus ojos de infinito, con la tez de un cochero de victoria." Estaba desaliñado, sórdido, vestido con un largo sobretodo arcilloso, extraordinariamente ancho para él y lamentablemente ajado, cubierta la cabeza con un fieltro grasiento, desteñido e informe. Nos explicó que acaba de tomar hashich y que estaba así acostado para tener las deliciosas visiones prometidas. Pero el fracaso era completo. Había visto lunas blancas y lunas negras persiguiéndose a distintas velocidades, y eso era todo... sin contar la descompostura estomacal y un fuerte dolor de cabeza. Le aconsejé que tomase aire. Dimos un largo paseo por el bulevar y alrededor del Panteón. Me mostró las desgarraduras que blanqueaban las columnas. "Son balas", dijo. En todas partes, por lo demás, se veían sobre las casas rastros dejados por la garra de la metralla. Le pregunté en qué punto se hallaba París, en cuanto a las ideas. Con un tono agobiado, respondió algunas breves palabras que revelaban el derrumbe de las esperanzas: "Absolutamente nada, caos, todas las reacciones posibles y aun probables".

A despecho de los esfuerzos de Verlaine, Rimbaud no triunfó. El Templo de las Musas permaneció cerrado para él. Sus versos parecían un desafío a la poesía, su actitud era un desafío a todo compañerismo literario. "Transeúnte de consideración", dijo Mallarmé. En realidad, transeúnte enigmático y desagradable. Una noche durante la cena de los "Vilains Bonshommes", que reunía en el café del teatro Bobino, en la

calle Madame, a escritores como Banville, Hérédia, Coppée, se produjo un altercado entre Rimbaud y el fotógrafo Carjat. El "Chiquilín", bebido, interrumpía sistemáticamente a uno de los convidados (Jean Aicard, según se dijo, que leía sus poemas), mechando sin descanso el recitado con la palabra de Cambronne. "¡Mocoso -gritó Carjat impaciente-, si no te callas te daré un tirón de orejas!" Pero el otro, excitado por el vino, tomó el bastón espada de Verlaine, atacó a su contrincante y lo hirió levemente. Fue un clamor general. El pintor Michel de L'Hay desarmó al chiquilín, lo acompañó, aún medio ebrio, a su domicilio de la calle Campagne-Première, y decidieron excluirlo, en adelante, de estos ágapes. Así, poco a poco, aquel que llegara a París para conquistar la literatura no hizo más que apartarse de los literatos. Aunque Verlaine le cobraba cada vez más cariño -y esto comenzaba a dar qué hablar a las malas lenguas- bruscamente abandonó la capital en abril de 1872.

Esta estadía de seis meses no le fue inútil. Al enfrentarse con la estética reinante del Parnaso, adquirió una mayor conciencia de su originalidad. ¡Al diablo con los "trozos de antología", las composiciones ingeniosamente compuestas de un Leconte de Lisle o de un Hérédia! El iconoclasta mutilaba con salvaje alegría los bajorrelieves del Templo de las Musas. Era, según la expresión de Ernest Delahaye, un sensacionista. Lo que buscaba eran sensaciones, transposiciones, deformaciones.

Más imperiosamente que nunca experimentaba la necesidad de hacer concordar la música y la pintura, las artes del dibujo y las artes del ritmo, encontrar un lenguaje poético

que interesara a la vez todos los sentidos, que fuera "el alma por el alma", que resumiera "todo: perfumes, sonidos, colores", tal como lo escribiera a su amigo Paul Demeny. Hubiese podido escribir como exergo al cuadro musical has buscadoras de piojos, el famoso verso de Baudelaire: "Los perfumes, los colores y los sonidos se corresponden".

La sensación inicial que dio nacimiento a este poema quizá fuera la buhardilla de la calle de Buci, donde la señora de Banville instalara para él una cama y donde se sacudiera de sus piojos. ; Más que fina y rara transposición, qué armónica policromía”:

Quand le front de l'enfant plein de ronges tourmentes
Implore l'essaim blanc des rêves indistinctes,
Il vient près de son lit deux grandes soeurs charmantes
Avec de frêles doigts aux ongles argentina.

Elles assoient l'enfant auprès d'une croisée
Grande ouverte ou l'air bleic baigne un fouillis de fleurs
Et dans sea lourds cheveux ou tombe la rosée
Promément leurs doigts fina, terribles et charmeu

Il écoute chanter leurs haleines craintives
Qui f leurent de longs miela végétaux et rosés
Et qu'interromp parfois un sif f lement, salives
Reprises sur la lèvre ou désirs de baisers.

II entend leurs cils noirs battant sous les silences
Parfnmés, et leurs doigts électriques et doux

Font crépiter, parmi sea grises indolences,
Sous leurs ongles royaux la mort des petits poux.

Voilà que monte en lui le Vin de la Parease,
Soupir d'harmonica qui pourrait délirer:
L'enfant se sent, selon la lenteur des careases,
Soudre et mourir sans cesse un désir de pleurer.⁵²

Aproximadamente en el mismo período están fechados la Cuarteta y el célebre soneto de las Vocales, inspirado, según se cree, en el recuerdo del abecedario del niño y en el cual algunos simbolistas vieron el código de la instrumentación verbal:

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu, voyelles,

⁵² Cuando la frente del niño plena de rojas tormentas
Implora la colmena blanca de los sueños indefinidos,
Llegan junto a su lecho dos grandes hermanas encantadoras
Con frágiles dedos de uñas argentinas.
Sientan al niño junto a un ventanal
Abierto donde el aire azul baña un manojo de flores
Y entre sus pesados cabellos en que cae el rocío
Pasean sus dedos finos, terribles y encantadores.
Oye cantar sus hábitos temerosos
olorosos de prolongadas mieles vegetales y rosadas
Y a veces los interrumpe un silbido, salivas
Recuperadas en los labios o un deseo de besos
Oye de sus largas pestañas negras latir en los silencios
Perfumados, y sus dedos eléctricos y dulces
Hacen crepitar en medio de sus sombrías indolencias
Bajo sus uñas reales, la muerte de los pequeños piojos.
Entonces se eleva en él, el Vino de la Pereza,
Suspiro de harmónica que supiera delirar:
El niño siente, según la lentitud de la caricia,

Je dirai quelque jour vos naissances latentes ...⁵³

Rimbaud está apasionado por nuevas sensaciones, imágenes inéditas, y las busca, si le hace falta, en la ebriedad, en la excitación alcohólica o en el haschich, en el humo del tabaco. Se esfuerza por descubrir nuevos ritmos y sus osadías seguirán acentuándose hasta el momento en que su verso, cada vez más libre, lo lleve a la prosa de Las iluminaciones o de Una temporada en el Infierno.⁵⁴

Car nous voulons la nuance encore,
Pas la couleur, rien que la nuance.⁵⁵

Es inútil subrayar la influencia que esta estética temeraria ejerció sobre Verlaine. Con la Buena canción, éste se apartaba ya del ideal parnasiano. El hielo de los Poemas saturnianos se fundía, el agua cristalina se escurría, extendiéndose, móvil y sinuosa, su fluida melodía. Al contacto de Rimbaud, su amigo dará a su poesía un acento más personal ,y, si se me permite, aun más arbitrario. Su técnica se agilizará aun más y, en las Romanzas sin palabras, llevará a la práctica los preceptos que más tarde expresará en su Arte poética: "Música ante todo..."

Incesante nacer n morir de un deseo de llorar.

⁵³ A negro, E blanco, I rojo, U verde, O azul, vocales,
Yo diré algún día vuestros nacimientos latentes...

⁵⁴ En esta época Rimbaud escribe los poemas históricos intitulados Fotografías del tiempo pasado, que no pudieron ser hallados.

⁵⁵ Pues aún seguimos deseando el matiz,
No el color, sólo el matiz

Pero ya se vislumbra que quedará muy rezagado frente a las audacias de Rimbaud. Su temperamento de poeta acariador y dulce sabrá moverse en el cuadro de las rimas, su ternura mimosa se acunará en canciones veladas y en voz baja.

Al contrario de Rimbaud, que gustará del choque de los colores fulgurantes, la cascada de imágenes que se entrecocan, el flujo y reflujo de la prosa rimada.

Por otra parte, hay una diferencia fundamental entre los dos poetas. Ambos pueden ser bohemios y vagabundos, pero Rimbaud es ante todo un cerebral y un voluntarioso; Verlaine, un sentimental y un débil. El adolescente de infantil rostro ovalado, "Ángel en exilio", tiene una inteligencia lúcida y aguda, una energía salvaje. El otro, con su máscara con algo de Tártaro y de fauno, es el "pobre Lelian" que no puede vivir sin amor y sin pecado.

El primero es un visionario, un apasionado idealista. Su alma intratable no admite conciliación alguna; no se pondrá de acuerdo ni con la literatura ni con la sociedad, abandonará Europa y maldecirá la civilización. El segundo arrastrará su poesía por las tabernas y los hospitales, vagará por las iglesias y los lupanares, pasará ingenuamente del chiribitil al confesionario. Todo él es debilidad y compromiso.

¿Volveré, después de tantos otros, al irritante debate?

Que haya existido entre estos dos hombres, naturalezas opuestas tan bien creadas para completarse. una amistad amorosa que alcanzó en Verlaine un acento apasionado, exigente, celoso, un carácter mórbido, esto es cierto y nada tiene de extraño. Hasta 1930 los textos conocidos no permi-

tían afirmar otra cosa, y no tenía ningún motivo para adoptar la tesis de los enemigos de Rimbaud y de los partidarios de la señora de Verlaine, según los cuales los dos poetas cultivaban lo que el juicio de separación llama crudamente "relaciones infames". Con la mayor buena fe me uní a la interpretación de biógrafos tan seguros como Bourguignon y Houin, y testigos como Lepelletier, Delahaye y L. Pierquin. Pero Marcel Coulon sostenía, con talento y argumentos, la tesis contraria. y hay que reconocer que la publicación de Dollaert del expediente judicial, en la revista Nord, de noviembre de 1930, parece haberle dado la razón.

Sin lugar a dudas, este expediente no trae pruebas materiales en favor de la acusación, y las declaraciones médicas 75 que en él se encuentran no son concluyentes. Pero encierra un poema de Verlaine: El buen discípulo, y una carta de Rimbaud del 4 de julio de 1873, que no dejan lugar a dudas sobre el carácter de sus relaciones. Hay que tener el optimismo indulgente y el emocionante ingenio de André Fontaines para encontrar en todo ello un significado... espiritual. Verlaine y Rimbaud, ya se sabe, multiplicaron, uno y otro, en verso y en prosa las más equívocas confesiones, desorientando al lector mediante afirmaciones contradictorias. Por una parte nos encontramos con sospechosas confidencias líricas, y por otra, con una autobiografía sincera, pero terriblemente transformada y deformada: Una temporada en el Infierno. Frente a las inquietantes páginas de Romanzas sin palabras (Laeti et errabundí) y de Paralelamente (Estas pasiones), era siempre posible oponer las formales delegaciones de Verlaine en sus cartas a Lepelletier; frente a los

Delirios (El infernal esposo y la virgen loca), la deposición radical de Rimbaud ante el juez de instrucción de Bruselas. Pero hoy, cuando nos han sido relevados el poema y la carta que fueran encontrados conjuntamente en el portafolios de Verlaine, poseemos dos textos, significativos y contemporáneos, que se aclaran mutuamente apoyando en forma decisiva la acusación.

Por otra parte, la inversión concuerda ampliamente con cuanto sabemos de la vida de Verlaine, de su inestabilidad sensual, de su libertinaje, tal como decía Oscar Wilde, de su desenfrenada lubricidad faunesca. Y si en absoluto parece estar en armonía con lo que cabemos de Rimbaud, de su naturaleza cerebral, egoísta y cerrada, sin embargo, se aclara con su indiferencia inmoralista, su voluntad de sistemático desorden, su curiosidad de vidente, que según él, justifica las experiencias de un género nuevo. Pero no llegaré a adoptar la reciente teoría del señor Goffin, que todo lo explica en Rimbaud mediante su homosexualidad. Persisto en mi creencia de que ésta, que en Verlaine era una verdadera costumbre, una segunda naturaleza, sólo es para Rimbaud una aventura, un "empuje". Acaba de cumplir diecisiete años, y sólo es un escolar azuzado por la pubertad, un adolescente 76 que no ha tenido suerte con "sus pequeñas enamoradas". Su teoría del vidente alcanza justamente a legitimar sus Delirios.

Sea como fuere, cuando Rimbaud abandonó París, después de seis meses de estadía, en abril de 1872, la amistad de Verlaine fue impotente para retenerlo, para calmar su irritación y su indignación contra la literatura reinante. A su ami-

go le dejó el manuscrito de la Caza espiritual clac aún no ha sido hallado, y regresó a Charleville, para vivir allí bastante solo. Andaba todos los días por los alrededores, como movido por un sueño interior, y por las noches trabajaba, iniciaba sus Iluminaciones. "Pero todo esto no conduce prácticamente a nada", le decía su madre. "No importa. ¡es necesario!", respondía.

Es necesario, sí, hasta el agotamiento, hasta aniquilarse, quizá hasta la misma locura. No será él quien recapitule. quien se avenga con las pequeñas fórmulas, con las modas literarias, con las fórmulas y confraternidades de los cenáculos. Ha regresado de París, más asqueado que nunca. ¡Qué! el arte redentor, el arte del "vidente" que debe impulsar a la humanidad, ¿será el patrimonio de algunos estetas con monóculo, de algunos elegantes parisinos de salón? ¡Ah! ¡Estúpida civilización! ¿Por qué la Comuna no habrá quemado la cúpula del Instituto? Y así es como, cada vez con mayor ardor, marcha contra todas las corrientes existentes.

A fuerza de querer ser un "vidente" cónclave por ser un enfermo. Comienza a desgastarse en ese "largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos". Finaliza por lo que él llamará más tarde "una de sus locura": la alquimia del verso.

"¡Inventé el color de las vocales! A, negro; E, blanco. O, azul; U, verde. Regulé la forma y el movimiento de cada consonante y, con ritmos instintivos, me enorgullecí de inventar un verbo poético accesible, algún día, a todos los sentidos. Reservaba la traducción... escribía silencios, noches, anotaba lo inexpresable. Fijaba vértigos. Concepción evi-

dentamente heroica del poeta en donde se expresan su inmenso orgullo, su naturaleza devoradora y aventurera, pero que lo lleva directamente al abismo. Por reacción contra los cenáculos y las modas del día, por espíritu de contradicción, busca la originalidad hacia y contra todo, aun contrariando su propia naturaleza. El realista agudo, el observador implacable, en él traban al visionario: para deshacerse de ellos, recurre al alcohol, al haschich. Es claro y busca la obscuridad. Su pensamiento vigoroso y audaz, que de un solo salto se lanzara por sobre todos los grandes problemas de la vida y de la sociedad, ahora se detiene en sutiles combinaciones de palabras, se complace en la búsqueda de instrumentación verbal, se hipnotiza con los vocablos.

"Lo vetusto poético tenía su buena parte en mi alquimia del verbo. Me acostumbré a la alucinación simple: veía muy claramente una mezquita en lugar de una usina, una escuela de tambores construida por ángeles, calesitas en las rutas del cielo, un salón en el fondo de un lago; monstruos misteriosos; una cartelera de revista daba, ante mí, nacimiento a fantasmas temibles. Luego explicaba mis sofismas mágicos con la alucinación de las palabras. Terminé por creer sagrado, el desorden de mi espíritu."

Por otra parte, en sus Iluminaciones hay éxitos milagrosos. ¿Tendré que citar Flores, Antiguo, Alba? Pero quién, en París, en 1872, hubiese podido admirar tan audaces hallazgos? El Parnaso reinaba, dueño y señor. El simbolismo no había nacido. No, en verdad no había lugar para Rimbaud en el Templo de las Musas y Verlaine fue el único que supo apreciar "su prosa de diamante". La mayoría de los poetas de

la cena de los "Vilains Bonshommes", que hubiesen conocido estas fastuosas orgías, se hubiesen burlado malignamente de ellas. Se hubiesen unido a la estética, que no sin humor, proclamara más tarde su amigo Francois Coppée:

Rimbaud, fumiste réussi,
-Dans un sonnet que je déplore
Veut que les lettres O E I
Forment le drapeau tricolore.
En vain le Décadent pérore,
Il faut, sans mais, ni car, ni si,
Un style clair comme l'aurore ...
Les vœux Parnassiens sont ainsi.⁵⁶

⁵⁶ Rimbaud, charlatán acabado,
-En un soneto lamentable- Quiere que las letras O E I
Formen la bandera tricolor.
En vano el Decadente perora,
Es necesario sin peros, ni pues, ni sí,
Un estilo claro como la aurora ...
...Los mandamientos parnasianos son así.

CAPITULO VI LA DOBLE BOHEMIA

Mientras que Rimbaud, ya de regreso en Charleville, se extenuaba en alucinadas noches, procurando expresar lo inexpresable, Verlaine en París se amargaba más y más. Sus brutales nerviosismos exasperarlos por el ajeno, enloquecían a su mujer que, por otra parte, lo hastiaba con su sequedad prosaica y razonadora, con sus agrias recriminaciones. El nacimiento de un hijo no acercó a los dos esposos y aquel hogar devastado no podía ya contar con indulgencia alguna, con ninguna comprensión. Él comparaba amargamente su existir árido, vacío con los días tan ricos, tan extrañamente estimulantes del invierno pasado. Extrañaba a Rimbaud.

En mayo de 1872 volvió a llamarlo. En los primeros tiempos, Rimbaud vivió en la calle Monsieur-le-Prince, luego en el hotel Cluny en la calle Victor-Cousin, cerca de la Sorbona. Con Verlaine frecuentaba especialmente a Forain, a Ponchon y a Richepin. Solía vérselos juntos en las terrazas de los cafés del bulevar Saint-Michel. Rimbaud se intoxicaba con ajeno, para avivar, según su opinión, sus facultades poéticas. "La ebriedad, por la virtud de esta salvia de los gla-

ciars, es el más delicado y estremecedor de los hábitos", le escribe a Delahaye en junio, una carta de ebrio, de una grosería fétida y monstruosa, en la que se da el horrible placer de estropear la lengua y multiplicar las incongruencias más inmundas. Lleva una vida agotadora y anormal. "Ahora trabajo por la noche. Desde medianoche a las cinco de la mañana. El mes pasado, mi cuarto, en la calle Monsieur le Prince, daba el jardín del liceo Saint-Louis. Había árboles enormes bajo mi estrecha ventana. A las tres de la mañana, la vela palidece: en los árboles, los pájaros gritan todos simultáneamente: fin. No más trabajo. Necesitaba mirar los árboles, el cielo, captados en esta hora indecible, la primera de la mañana. Veía los dormitorios del liceo, absolutamente silenciosos. Y, ahora el ruido brusco, sonoro, delicioso de los carritos de reparto en los bulevares. Fumaba mi pipa, escupía sobre las tejas, pues mi cuarto era una buhardilla. A las cinco, bajaba para comprar un poco de pan; ya es hora. Los obreros andan por todas partes. Para mí ha llegado la hora de emborracharme en las vinerías. Regresaba para comer y me acostaba a las siete de la mañana cuando el sol hacía aparecer las cochinillas por debajo de las tejas. La mañanita, en verano, y los atardeceres de diciembre, eso es lo que siempre me ha encantado aquí." Extraño documento, ciertamente muy característico, donde conviven el placer del envilecimiento y el del éxtasis matutino. Todo Rimbaud está aquí, y sin lugar a dudas es en el curso de una de estas tardías veladas cuando compuso el chispeante poema en prosa de reflejos tan múltiples, de tan puros y cristalinos fuegos: "He besado el alba de verano. Nada se movía aún en el frente de

los palacios. El agua estaba muerta. Los campos de sombra no abandonaban la ruta del bosque. Anduve, despertando hálitos vivos y tibios, y las pedrerías miraron y las alas se alzaron sin ruido... Reí al "wasserfall" que se desgredió a través de los abetos, en la plateada cima reconocí a la diosa..."

Pero muy pronto se hartó de París. El 7 de julio por la tarde, cuando Verlaine salía de su casa para ir a la farmacia, vio a su amigo que llegaba a su encuentro, con una carta en la mano: "Precisamente traía este mensaje a tu casa. París me asquea. Me voy a Bélgica. -Cómo? Entonces, así me dejas sin previo anuncio? -;Y bien! Ven conmigo. -Pero, chiquillo, no piensas... mi mujer está enferma: voy a la farmacia. -¡No! ¡Déjame tranquilo con tu mujer! -Ven, te digo. Nos vamos. - Entonces -refiere Verlaine a su amigo Emile Le Brun-, entonces, naturalmente, lo seguí."

En un principio quisieron llegara Bélgica por Arras, donde Verlaine tenía amigos y familia. "Curiosa ciudad -- escribe 81 en *Mis prisiones-*, casas españolas del buen siglo XVII y algunos monumentos entre los cuales la más hermosa municipalidad gótica de Francia, cuartel y convento, campanas y tambores. Ningún comercio y poca industria. Algunos ricachones confinados tras de las ventanas altas con postigos blancos, en sus mansiones con hermosos jardines. La población, de buen pasar o pobre, casera, pero de buena factura."

Salieron de París por la noche, hacia las diez, desde la estación del Norte, y llegaron a Arras de madrugada. ¿Qué podían hacer, esperando que sus amigos se levantasen y les abriesen las hospitalarias puertas? Pronto terminaron de re-

correr la ciudad. ¿Y si desayunásemos en la confitería de la estación? "Rimbaud, a pesar de su extraña y precoz seriedad que solía lindar con la chabacanería, atravesado por calaveradas bastante macabras y muy particulares fantasías, y yo que seguía siendo un niño a pesar de mis veintiséis años sonados, teníamos aquel día un ánimo jocoso lúgubre y, briosos, llegamos hasta la ocurrencia de querer deslumbrar a algunos buenazos viajeros que allí estaban consumiendo caldos, panes tostados y gelatinas regadas con el carísimo vino de Algeria. Entre los tipos presentes, se encontraba en nuestra banqueta a la derecha -aún lo recuerdo- un buen hombre casi viejo, mediocrementemente trajeado con un sombrero de paja ajado sobre una cabeza hecha para un clac, afeitada, simplona y astuta; chupando un cigarro de cinco céntimos y bebiendo un chop de diez céntimos, tosiendo y carraspeando prestaba a nuestra conversación una atención menos tonta que malévol." ¡Un guiño a Rimbaud! ¿Eh, qué me dices? ¿Entendido? y hete aquí que nuestros dos farsantes comienzan a jugar a los asesinos, escapados de trabajos forzados, hablan de sus robos, de su último asesinato con gran cantidad de detalles espantosos. El vecino, horrorizado, se desliza furtivamente hacia afuera y... trae dos policías.

Conducen a los dos sospechosos a la Municipalidad, donde reside el procurador de la República. "Rimbaud, después de haberme hecho señas -dice Verlaine-, comienza una función de sollozos", y entra, él primero, en la oficina del magistrado, de donde vuelve a salir, ya bien representada la comedia, "con los ojos húmedos"; Verlaine, al contrario, toma otro tono, observa altivamente al hombre de ley, enu-

mera sus referencias, exhibe papeles y pasaportes y, enorgulleciéndose de su origen mestizo, agrega con tono descontento que no había "optado" patrióticamente por Francia a fin de que lo detuvieran aquí de una manera tan arbitraria. En fin, "después de un tormentoso silencio, un llamado del magistrado -rostro con patillas, joven aún, el cabello castaño y ondulado, y precoces anteojos-, hace entrar a los gendarmes, a los que indica: "Conducirán ustedes a estos individuos a la estación, de donde deberán tomar el primer tren para París". Objeté que no habíamos almorzado. "Llévenlos a almorzar, pero que partan de inmediato y no los pierdan de vista hasta que el tren se ponga en marcha." Así fue cómo fueron los seudo-bandidos "a comer un bocado a un buen lugar", indicado por el brigadier, y tras de haber ofrecido "un trago" a los "gentiles alguaciles", volvieron a tomar el tren para París.

Pero no eran hombres que se declarasen vencidos. Aquella misma noche pasaron de la estación del Norte a la estación del Este. Puesto que no habían podido llegar a Bélgica pasando por Arras, llegarían por las Ardenas.

En Charleville encontraron al fiel Bretagne. El día transcurrió en libaciones y otras "alegrías", y, hacia la medianoche, Bretagne se dirigió con ellos frente a las ventanas de un alquilador de coches, conocido por el Padre Juan, y lo interpeló en estos términos: "Juan, hermano mío, aquí están conmigo dos sacerdotes amigos que necesitan tus oficios. ¡Levántate y engancha la bestia del Apocalipsis!" Durante los preparativos, Bretagne corrió a su cuarto y trajo una guitarra, un viejo reloj de plata y una moneda de cuarenta centavos,

que entregó a los viajeros. Éstos subieron al carricoche y llegaron a las tres de la mañana al primer pueblo belga, aproximadamente a unos quince kilómetros de Charleville. De esta manera evitaron las estaciones del valle del Mosa, Vi-reux o Givet, sus gendarmes y sus indiscretos aduaneros.

Así, pues, llegaron al otro lado de la frontera. Se fueron a pie hasta Bruselas, por Walcourt y Charleroi, cruzando los "paisajes belgas" cantados en las Romanzas sin palabras.

Guinguettes claires,
Bières, clameurs,
Servantes chères
A tous fumeurs

Gares prochaines,
Gais chemins grands,
Quelles aubaines!
Bons juifs errants...⁵⁷

Mientras tanto, la espera y la inquietud consumían a la señora Verlaine. A pesar de las miserias de la vida conyugal, no se resignaba fácilmente al abandono. Terminó por hallar

⁵⁷ Tabernas iluminadas,
Cerveza, clamores,
Sirvientas amadas
De todos los fumadores!

Estaciones cercanas,
Alegres caminos grandes
¡Cuántas gangas!
Buenos judíos errantes...

el rastro de los fugitivos y partió con su madre para Bélgica. Allí se unió a su marido el 21 de julio. Hoy nos es fácil reconstituir la escena, gracias al relato que de ella hace en sus Memorias. "¡Que regrese! -implora-. Todo está perdonado. ¡Pero que regrese!" Está decidida a expatriarse, si es necesario, con él. Hay que cambiar de ambiente y de vida. ¡En nombre de su hijo, que regrese al hogar! Verlaine pareció impresionado. Pareció consentir y tomó el tren hacia Francia junto a las dos mujeres. En Quiévrain, estación fronteriza, todo el mundo descendió. "Después de la revisión de la aduana -cuenta su mujer-, Verlaine desapareció y nos fue imposible volver a encontrarlo. El tren ya iba a partir y debimos decidirnos a subir sin él. En el momento en que se cerraban las portezuelas, lo distinguimos en la plataforma. "¡Suba pronto!", le gritó mi madre. "¡No, me quedo!", respondió hundiéndose con el puño el sombrero en la cabeza. Nunca más volví a verlo."

La Buena canción estaba bien muerta, apagada, cubierta por el canto despótico del Barco ebrio. ¡A1 mar! ¡A1 mar! ¡A la aventura! Sí, y hasta el mismo naufragio, ¡pero que sea con Rimbaud! Después de un mes de pereza y de juerga por Bruselas, donde se encontraron con el comunardo Georges Cavalier, alias Pipe-en-bois, y algunos otros exiliados políticos, los dos partieron para Inglaterra el 8 de setiembre.

"En 1872 -escribe Verlaine- me embarqué en Ostende para Douvres, un sábado por la noche, en compañía de Arthur Rimbaud, el poeta niño, de modo que después de una travesía algo agitada, la primera para mí, así como para él, durante siete u ocho horas, durante las cuales nos mostra-

mos buenos marinos, a pesar del ejemplo de sea-sickness dado por la mayoría de nuestros compañeros de viaje, desembarcamos por la noche y pernoctamos en Douvres. Al día siguiente, con un espléndido sol, recorrimos la mediocre ciudad con sus admirables acantilados blancos, tan blancos que dieron su nombre a Inglaterra (Albión es prueba de ello)."

Llegaron a Londres el 10 de setiembre. Rimbaud, como siempre, sin un centavo, y Verlaine pagaba por los dos. Al principio se sintieron desorientados. Apenas lograban hacerse entender, pues su inglés era deficiente. Además, la atmósfera les parecía inhospitalaria. ¡Ah! Aquello no era el aire de París; rozagante, ligero, estimulante. ¿Dónde estaban los cafés del bulevar, las acogedoras terrazas, el cordial y dicharachero mozo, tan hábil para volcar, gota tras gota, el agua helada sobre el ajeno lechoso? "Chata como una pulga negra, Londres. Casitas negruzcas o grandes cofres góticos o venecianos, cuatro o cinco cafés pasables, y no más." Sólo hay bares estrechos, minúsculos, donde hay que "consumir" de pie. "Se entra -dice Verlaine- por una puerta terriblemente gruesa, que se mantiene entreabierta por una correa formidable y ésta (la puerta) os roza las nalgas, después de haberos hecho caer, muy a menudo, el sombrero. Un interior muy pequeño: en el mostrador, de caoba, una plancha de cinc, a lo largo de la cual; ya sea de pie o bien encaramados en altísimos y estrechos taburetes, beben, fuman y ganguean señores bien vestidos, pobres harapientos, changadores de blanco, cocheros rechonchos como nuestros cocheros y tan hirsutos como ellos. Detrás del mostrador, mozos en man-

gas de camisa, arremangados, o mujeres jóvenes generalmente lindas, desgreñadas, elegantemente vestidas con mal gusto y a las que se puede toquetear o acariciar con el bastón o el paraguas, lanzan fuertes carcajadas o gruesas palabras, que están lejos de asustarlas.”

¡Lamentable inferioridad de los anglosajones! En estos bares no se conversa. Ninguna de esas conversaciones semi-serias, semifrías, que Verlaine tanto amaba en los cafés parisinos. Rimbaud no las extraña, taciturno e incansable bebedor.

Entre nutres blámables escés,
Je crois que nous húmes de tout...⁵⁸

¡Ah, si sólo hubiesen bebido cerveza! Pero junto al "ale" (cerveza inglesa) rubia y al stout pastoso y negro, estuvo el gin y el whisky dorado con burbujeante soda. Y Rimbaud, a quien el alcohol enciende la imaginación, arrastra a su amigo de public-house en public-house, hacia el barrio marítimo del Támesis o del London-Bridge.

¡Los docks!, navíos de todos los países, hormigear de changadores y de marineros, rostros curtidos, acechados bajo las gorras azules, pirámides de bultos, cajas y pacotilla, olor a alquitrán y marea, lenguas desconocidas e inscripciones misteriosas, ¡qué jugosos descubrimientos! El canto del Barco ebrio resuena secretamente en la profundidad de sus sueños y lo llama hacia el mar.

⁵⁸ En medio de execrables excesos Creo que bebimos de todo...

Rimbaud interroga a un shipmaster que, de pie en el muelle, entre tornasoladas charcas de aceite, vigila el embarque de las mercaderías; se desliza entre marineros de coloradas tricotas y rostros iluminados, procura ver, adivinar, comprender... pero, ¡ay!, aún no ha llegado la hora. No está listo para echar vela. Aún debe -condición indispensable para futuros periplos- aprender inglés. Y los dos desocupados vuelven a subir lentamente hacia los populosos barrios de Houndsditch y de Whitechapel.

Aquí están los "compartimentos de las public-houses, comparables al interior de las granadas", de artesanado barnizado, relucientes, con dorada pátina, "como los fondos de Delacroix", y tan atractivas, a pesar de todo, con sus cristales biselados, el titilar de los cobres y los reflejos del whisky .en las copas. Aquí están las fachadas leprosas, pequeños ladrillos negros y ventanas verdes de guillotina, de donde cuelgan carteles hebraicos y de donde salen judíos de Rembrandt. Y por todas partes los pobres "con su pálida tez", los rasgos tirantes, sus largas manos esqueléticas, escasa barba y ralos cabellos rubiones.

En estos Croquis londinenses que nos permiten reconstituir, a falta de otros documentos, la vida de Rimbaud en Londres, se vislumbra a cada instante la influencia que ejerció sobre Verlaine. Se encuentra aquí el eco de su impiedad, "prédicas y exacciones a los cánticos al aire libre, en todas partes... cleriquillos y otras mojígangadas..." Allí, una extraña nota, poderosa y realista sobre la ciudad, sus bancos y sus almacenes. "Los docks son suficientes para mi poética de más en más modernista." Estamos lejos de las Fiestas galan-

tes y de sus decorados estilizados, de los azules jardines bajo el claro de luna, de los "grandes y esbeltos chorros de agua en medio de los mármoles". La ciudad, "negra como los cuervos y ruidosa como los patos, hipócrita como todos los vicios y eternamente borracha", extiende en lontananza sus océanos de ladrillos y de humareda, y los dos vagabundos llegan hasta Woolwich, en el curso de un largo paseo, que Verlaine describe en un grito: "Los docks son inauditos, Cartago, Tiro y todo reunido, ¿qué?" ¿No es una visión de las Ciudades en las Iluminaciones?

Pero los dos poetas no frecuentan sólo los bares y los docks: Sus recursos se agotan y procuran ganarse la vida. Se prenden a algunos franceses, revolucionarios e idealistas como ellos, antiguos comunardos expulsados por el triunfo de Versalles. En estas reuniones ardientes y combativas, en el café de la Sablonière y de Provence, en Leicester Square, Rimbaud vuelve a hallar con placer una atmósfera de revuelta y de quimera, un olor a batalla. Allí está el lilense Eugène Vermersch, condenado a muerte después de la Comuna, por la publicación de Père Duchesne, los periodistas como Lis-sagaray y Jules Audrieu, el amigo del joven Madux Brown, y especialmente el pintor Félix Regamey, el antiguo convidado de la cena de los "Vilains Bonshommes", que vivía en un taller de Langham Street.

"Verlaine -escribe éste- es hermoso a su manera, y aunque muy poco provisto de ropa blanca, de ningún modo tiene el aspecto de un dechado de la suerte. Pero no está solo. Un compañero mudo lo acompaña y éste tampoco brilla por su elegancia. Es Rimbaud." El buen dibujante, por

otra parte, ha dejado algunos croquis donde se ponen de manifiesto, unas veces la grandeza y otras la decadencia pecuniaria de los dos poetas. En una está Rimbaud, desplomado en una silla, con una gaita en la mano, desapareciendo bajo un sombrero de copa que comprara en diez chelines, el mismo que luego llevará orgullosamente a Charleville; en otra, bajo la desconfiada mirada de un policía, los vagabundos deambulan, andrajosos, con su pipa en la mano, los rostros patibularios, con paso de sentenciados, raídos trajes. galeritas miserables, barba y mechas en desorden...

Sigámoslos. "Todos los días hacemos grandes correrías por los suburbios y el campo. Kew, Woolwich, etc., pues ya todo Londres nos es conocido. Drury Lane, Whitechapel, Pimlico, Argel, la ciudad, Hyde-Park ya no tiene misterios para nosotros." Entran en "inmundos bodegones" o en "las posadas de los corredores de comercio" de Leicester-Situare. De allí van a sentarse a la mesa de ese "public-house" acogedor del número 6, Old Sompton Street, donde Vermersch hiciera, en noviembre, una conferencia sobre Blanqui y leyera un poema de Verlaine a la gloria de la revuelta ("¡oh, claustro Saint-Merry...!). En fin, suben por el Norte y regresan por la noche a la antigua posada de Vermersch. un cuarto desnudo que ocupaba antes de su reciente casamiento, en el número 34 de Howland Street, al fondo de una gran casa de estilo Adams, que fue demolida el año pasado. Allí fue -tras este frente que durante largo tiempo estuviera adornado con la placa conmemorativa que inaugurara su excelencia el conde de Saint-Aulaire, embajador de Francia-, donde nuestros dos comunardos escribieron, uno; las Ro-

manzas 88 sin palabras, y el otro, los primeros esbozos de las Iluminaciones.

Pero no sólo sueñan, beben y fuman. También trabajan. "Aprendemos inglés, a la fuerza, Rimbaud y yo. En Edgard Poe; en las selecciones de canciones populares, en Robertson, etcétera. Además, en los comercios, las public-houses, librerías, encaramos dificultades, desde el punto de vista de la pronunciación." Verlaine hace "trabajos americanos bastante bien pagados" y da lecciones. También Rimbaud se improvisa profesor, encuentra un modesto empleo en un comercio y se aventura hasta la rotonda del British Museum." "Aquí estoy completamente entregado a los versos -escribe Verlaine el 8 de noviembre-, a la inteligencia, a las conversaciones puramente literarias y serias. Pequeñísimo círculo de artistas y de literatos. Y ahora vienen a encerrarme en mi especie de ermita y debo escribir memorias y cartas a los magistrados."

En efecto, su mujer intenta contra él un proceso de separación de cuerpos. Formula en contra suya "La inmundada acusación". Pero él no se queda tranquilo, se debate, redacta su defensa, busca testigos. "Rimbaud -le confía a su amigo Lepelletier, el 14 de noviembre-, ha escrito recientemente a su madre para advertirle de cuanto se decía en contra nuestra, y ahora estoy en correspondencia regular con ella." Sí -y esto no es lo más gracioso de la historia-, la avara ardenesa se moviliza, se ocupa "muy vehementemente del asunto". ;(fue no vaya a tocarse la honorabilidad de su retoño! ;Ella puede amonestarle, pero no permite que otros vayan a sospechar de él!...

Por otra parte, Rimbaud guarda una idea preconcebida. quiere recobrar su libertad y los manuscritos dejados en París, en la calle Nicolet. También, temiendo las complicaciones de una separación judicial, comisiona rápidamente a su madre ante los suegros de Verlaine. Le deja entrever que estos poemas tan despreciados por ella, serían fácilmente aceptados por un editor. Su publicación sería una referencia, lo ayudaría a encontrar una posición, a ganar dinero. De inmediato, la señora Rimbaud parte para París. Pero en vano. El manuscrito de la Caza espiritual no fue hallado.

El 26 de diciembre, Verlaine le escribe a Lepelletier. "Muy 89 triste. Solo. Rimbaud -a quien tú no conoces, que sólo yo conozco-, ya no está. Espantoso vacío." "El cuartito de Howland Street, allá tras Tottenham Court Road, está terriblemente sombrío en este lúgubre invierno, con estos días ahogados de bruma amarillenta y estriados por la lluvia gris y sucia."

Il pleure dans mon coeur
Comme il pleut sur la vine...⁵⁹

⁵⁹ Lloro mi corazón,
Como llueve en la ciudad...

CAPÍTULO VII

EL DRAMA DE BRUSELAS

"Solo." ¿Entonces, abandonado? Sí, Verlaine se había quedado solo, arrastrando su tedio por las enlodadas calles de Londres. Su singular amigo, presa habitual de los caprichos y de las soluciones impulsivas, lo había abandonado bruscamente: se había hartado de sus indecisiones, de sus dolencias y de sus remordimientos, irritado por estas interminables historias de procesos. Todo los separaba, cada vez más.

Uno de ellos no lograba sacudirse de su viejo amor: la Buena canción de antaño resonaba en la intimidad de su memoria, y en los momentos de spleen se dejaba llevar por los nostálgicos lamentos del hogar perdido. Nuevamente el pasado se apoderaba de él.

El otro, al contrario, afiebradamente lanzado hacia el porvenir, percibía sus cambios, cómo se convertía en "un hombre nuevo". Su técnica se modificaba. Algunas de las Iluminaciones estaban escritas.

La sed de aprender, de dominar, de conquistar -un rudo deseo, esta vez de posesión positiva- lo torturaba. Para él, ya

no se trataba de "reinventar el amor", de "adquirir un alma monstruosa", ni "de inventar nuevas flores, nuevos perfumes, etc.", de hallar una nueva lengua y nuevos ritmos. Se trataba de poseer el inglés. Era suficiente, y lo era todo. Pero para esto debía trabajar sin descanso, salir de los ensueños poéticos, de las utopías políticas o sociales, estudiar gramáticas y léxicos, abandonar la bohemia.

Esto era abandonar a Verlaine, y no había dudado. Apenas regresara a las Ardenas, hacia fines de diciembre de 1872, el "pobre Lelian" cayó enfermo en Londres y, a decir verdad, bastante grave, como para que se creyera que su vida corría peligro. Su madre, acompañada por una de sus primas, acudió a su lado. Pero esta solicitud femenina no le bastaba; reclamó a su amigo.

Rimbaud no se negó al llamado: con cincuenta francos que recibió de la madre del enfermo, se puso en marcha. A fines de enero de 1873, Verlaine le escribe a Lepelletier: "Dos días después, Rimbaud, que habíase ido de aquí hacía más de un mes, llegaba y sus buenos oficios, unidos a los de mi madre y de mi prima, lograron salvarme esta vez, no por cierto de una 'muerte', sino de una crisis que hubiera sido mortal en la soledad." Pero, a su vez, el adolescente se agotaba. Su salud estaba quebrantada, y estos primeros meases del año 1873 se caracterizaron por inquietantes malestares: fiebre, languidez, visiones, alucinaciones y, especialmente, por una irritabilidad mórbida. Crecía y adelgazaba a ojos vista. ¡Duro rescate de sus últimos excesos, alcohol, haschich y, especialmente, tabaco. Entonces, al cabo de algunas semanas, viendo a Verlaine bien encaminado, volvió a tomar

rumbo a las Ardenas, y se reunió con su familia en los alrededores de Vouziers, en Roche, en la propiedad heredada de su abuelo materno.⁶⁰ Esta vieja casa no era una residencia muy confortable. Había sido devastada en 1870 por los alemanes, y en 1873. nos dice Paterne Berrichon, las ruinas de las caballerizas estaban aún recubiertas de lúpulo silvestre y de ortigas. Era preciso entregarse al trabajo de las reparaciones. Rimbaud ayudaba a los obreros y, si era necesario, manejaba la pala y la azada. Pero aún tenía algo que decir, y comenzaba Una temporada en el Infierno, "especie de prodigiosa autobiografía psicológica -dice Verlaine- escrita con esa prosa de diamante que es de su exclusiva propiedad".

Imaginémoslo entonces delgado, la tez plomiza, sin fuerzas y sin alegría en la casa devastada, como su propia juventud. La llanura no tiene la frescura y la variedad de los alrededores de Charleville y no lo atrae. Allí está, quieto durante horas, acurrucado en el patio, escribiendo sobre sus rodillas, al pie de una pared carcomida por el sol. Revive su infancia "mendicante", no se lamenta de su "vieja parte de alegría divina", sino "que el aire sobrio de esta áspera campaña alimenta muy activamente su atroz pesimismo".

Más o menos, por el tiempo en que se instala en Roche. Verlaine, convaleciente, va a las Ardenas belgas, a Jehonville, para hacer vida campestre. Para él es un período de calma y de feliz descanso. Los paseos en esta pintoresca tierra de Bouillon, la alimentación rústica y sana, el saludable aire de la selva, la sinuosa caricia del Semoy y la canción de

⁶⁰ Comuna de Chuffilly-Roche, cantón de Attigny, circunscripción de Vouziers.

su clara agua de cascadas, donde abundan los peces, todo esto le hace bien. Ha terminado las Romanzas sin palabras, donde se encuentran los "paisajes belgas" y las "acuarelas londinenses". Está invadido por el recuerdo de su amigo. a quien desea dedicar la selección. Apaciguado, lo llama. ¿No están, acaso, uno y otro curados? ¿Por qué no volver a verse? ¿Quién sabe si no es posible reiniciar la buena y libre vida divertida de la aventura, regresar juntos a Inglaterra?

Comienza por dar cita a Rimbaud, el 18 de mayo, en Bouillon. Pero éste ni se mueve. En abril ha comenzado a escribir las "pequeñas historias en prosa", que vacila en titular: Libro pagano, o, Libro sembrío, y que hallarán un lugar en Una Temporada en el Infierno. Trabada afiebradamente, con entusiasmo. ¡Vamos, adelante! Sin respiro, sin interrupción. Debe terminar de una vez con este libro que lo obsesiona, del que su madre espera inocentemente el prometido éxito de librería, y en el que vuelca -sólo para él- su amargura.

"La mother, le escribe en mayo a Ernest Delahaye, me ha dejado aquí, en un triste pozo. No sé cómo salir de él: sin embargo, saldré. Extraño ese atroz Charlestown,⁶¹ el Univers,⁶² la Biblioteca, etc. Sin embargo, trabajo con bastante regularidad, compongo pequeñas historias en prosa, título general: Libro pagano, o Libro sombrío. Es tonto e inocente. ¡Oh, inocencia, inocencia, inocencia, inc... flagelo!... Estoy terriblemente fascinado. Ni un libro. Ni un cabaret a mi alcance, ni un incidente callejero. ¡Qué horror es este campo

⁶¹ Charleville.

⁶² Café de Charleville.

francés! Mi suerte depende de este libro, para el cual debo aún inventar una media docena de historias atroces. ¿Cómo podré inventar atrocidades aquí...? Y para terminar, agrega: "Próximamente te enviaré estampillas para que me compres y me envíes el Fausto de Goethe, biblioteca popular. El envío debe costar un centavo.

Delahaye estaba entonces en Charleville, y también a él, Verlaine le había dado cita en Bouillon. Después de algunas nuevas tergiversaciones, se fijó una nueva reunión de amigos para el 24 de mayo. La escena tuvo lugar salpicada de sabrosos cuentos, fue alegre. La primavera cantaba en el cielo limpio, el viejo castillo de Godefroy se cubría de tierno verdor, y el Semoy, de plateadas aguas, del que apreciaran las suculentas truchas, escapaba en los bosquecillos, con alegre y rápido correr, invitando a la vagancia. ¡Salud, primavera! ¡Los vasos chocan y las botellas se vacían! Y al día siguiente, el 25 de mayo, los dos poetas se embarcan, una vez más, en Amberes, para Inglaterra.

La experiencia fue desastrosa. Rimbaud tenía una nerviosidad excesiva. Lamentaba haber seguido al "pobre hermano", se guardaba rencor a sí mismo, pensaba que aquello lo humillaba. Apenas llegó a Londres, allí lo plantó, dejándolo solo durante días enteros, irritándolo por la noche con su desasosiego. Fue, sin duda, en esta época cuando encontró a "la londinense extraña, quizá única", de quien habla Verlaine, y conoció hasta la saciedad, en brazos de una experta amante, los fáciles placeres y las voluptuosas repugnancias. "Por la mañana -borrascoso amanecer de junio- corría a los campos, como un asno, pregonando y sustentan-

do mi agravio hasta que las Sabinas del arrabal vinieron a arrojarse a mis brazos.”

Estaba completamente separado de Verlaine. Exasperado por las quejas del ebrio, por su "estúpida pena", tomaba revancha, repentinamente lo despertaba de noche, sobresaltándolo, complaciéndose con sutil placer en infundirle miedo, desafiándolo y ridiculizándolo alternativamente. "¡Ay, las «atroces veladas» que pasara junto a este «satánico doctor»!" Una vez concluidas las disputas, lo dejaba dormirse gruñendo sobre su miserable lecho y alzando el bastidor de vidrio de la ventana de guillotina, aspiraba, indiferente, la frescura de la noche. "Yo creaba, escribe en Vagabundos, más allá de los campos cruzados por bandas de rara música, los fantasmas del futuro lujo nocturno. Después de esta distracción vagamente higiénica, me extendía sobre un jergón. Y, casi noche tras noche, apenas dormido, el pobre hermano se levantaba, con su boca pastosa, la mirada afligida -¡tal como se soñara!- y me arrastraba a la sala aullando su sueño de estúpida pena. En efecto, y con toda sinceridad, yo había tomado el compromiso de volverlo a su estado primitivo de hijo del Sol, y luego vagábamos, alimentados con el vino de las cavernas y el mendrugo de los caminos, yo apurado por hallar el lugar y la fórmula.”

Aquello fue de mal en peor, hasta el momento en que estalló, a fines de junio, una disputa tan violenta como estúpida. En Londres se alojaban detrás de King 's Cross, en el barrio de Camben Town, 8 Gret College Street, limpiando ellos mismos su habitación y haciéndose la comida. Aquel día, era Verlaine quien debía ir al mercado en busca de las

provisiones. Regresaba, pues, trayendo arenques y un litro de aceite. El otro espiaba desde la ventana, protestando, burlándose ruidosamente de su porte: "¡Vaya! ¡Qué desgarbado! ¡Qué estúpido resultas con tu botella y tu pescado sucio! ¡Si te vieras viejo!..." El "viejo" trepó la escalera, gruñendo y blasfemando, empuja la puerta y es recibido con una lluvia de insultos y sarcasmos. Entonces, ebrio de rabia y de whisky, lanza el arenque al rostro de Rimbaud, baja corriendo la escalera, desapareciendo en la calle. ¡También él, al fin de cuentas, está harto de este muchachito tiránico y desbocado! Y puesto que es así, lo "planta" sin un penique. ¡Que se las arregle y sufra un poco de hambre! ¡Eso lo pondrá en la vereda! Y después de esta "largada" en forma, Verlaine vuelve a embarcarse para Bélgica.

Decidido a congraciarse con su mujer, vive con la esperanza de reunirse pronto con ella.

Por intermedio de su madre, le propone una entrevista en Bruselas, pero ya es demasiado tarde: nada puede decidirla hacia ese acercamiento que anticipadamente considera ilusorio, y la madre de Verlaine llega sola. A partir de este momento, furioso, presa de los remordimientos por haber abandonado a su amigo sin recursos, en la ruina, en Londres, le suplica que vuelva y le paga la travesía.

Rimbaud desembarca en Bruselas el 8 de julio y se instala, con el poeta y su madre, en el hotel de Courtrai, número 1, calle des Brasseurs, cerca de la Plaza Mayor. Allí es donde estalla el drama.

Esto fue repetidamente relatado, y no tengo intenciones de volver sobre el asunto.

Limitemos nuestro juicio a la deposición del principal interesado frente a los jueces:

"Hace cerca de dos años, conocí a Verlaine en París. El año pasado, después de diferencias con su mujer y la familia de ésta, me propuso que fuese con él al extranjero, donde iríamos a ganarnos la vida, de una u otra manera, pues yo no cuento con fortuna personal alguna, y Verlaine sólo tiene el producto de su trabajo y algún dinero que le proporciona su madre; juntos vinimos a Bruselas en el mes de julio del año pasado, y aquí permanecimos durante cerca de dos meses; viendo que en esta ciudad no había nada que hacer para nosotros, nos fuimos a Londres. Allí vivimos juntos hasta estos últimos tiempos, ocupando el mismo alojamiento y teniendo todo en común. Después de una discusión que tuvimos a comienzo de la semana pasada, discusión que naciera de los reproches que yo le formulara sobre su indolencia y su proceder con respecto a personas de nuestro conocimiento,⁶³ Verlaine me dejó casi de improviso, sin darme siquiera a conocer el lugar de su destino: sin embargo, supuse que se dirigía a Bruselas, o bien que pasaría por allí, pues tomó el barco para Amberes. Luego recibí una carta fechada "en el mar", que le entregaré a usted, y en la cual me anunciaba que iba al encuentro de su mujer, con quien volvería a unirse y que, si ella no contestaba a su llamado .dentro de los tres días, se mataría. También me decía que le escribiese a la poste restante de Bruselas; luego le escribí dos cartas, en las

⁶³ Aquí la versión de Rimbaud difiere ligeramente del relato que Verlaine hizo a su amigo Emile Le Brun y de la explicación de Ernest Delahaye (Historia del pecado relatada anteriormente).

que le pedía que volviese a Londres, o que consintiese en que yo fuese a su encuentro en Bruselas; yo deseaba que nos reuniésemos nuevamente, pues no había ningún motivo para que nos separásemos.⁶⁴ "Así, pues, abandoné Londres y llegué a Bruselas el martes por la mañana, y me reuní con Verlaine. Su madre estaba con él; no tenían ningún proyecto determinado, no quería permanecer en Bruselas, temiendo que no hubiera ningún trabajo en esta ciudad; yo, por mi parte, no quería consentir en regresar a Londres, tal como me lo proponía, porque nuestra partida debía haber producido en el ánimo de nuestros amigos un efecto muy enojoso, y resolví regresar a París; Verlaine manifestaba tan pronto su intención de acompañarme, para ir, así lo decía, a buscar justicia para su mujer y sus suegros; tan pronto rechazaba el acompañarme, porque París le traía muy tristes recuerdos; estaba en un estado de exaltación muy grande. Sin embargo, insistía ante mí para que me quedase con él; de pronto se desesperaba, de pronto se enfurecía; sus ideas no eran coherentes. El miércoles por la noche, bebió más de lo debido, y se emborrachó. El jueves por la mañana salió a las seis; no regresó hasta el mediodía, y nuevamente estaba ebrio. Me mostró una pistola que había comprado, y cuando le pregunté qué pensaba hacer con ella, me respondió bromeando: "Es para usted, para mí, ;para todo el mundo!" Estaba muy sobreexcitado.

⁶⁴ Esto no da el tono exacto. El apresuramiento de Rimbaud por ir al encuentro de Verlaine se explica especialmente por razones monetarias: ya no tiene un cobre y desea regresar a Francia.

"Mientras permanecíamos juntos en nuestro cuarto, descendió varias veces para beber licores; persistía en querer impedir la ejecución de mi proyecto .de regresar a París. Yo permanecía inquebrantable y hasta le pedí dinero a su madre para poder realizar el viaje; entonces, en un momento dado, cerró con llave el cuarto que daba al descanso y se sentó sobre una silla contra esa puerta; yo estaba de pie, adosado a la pared de enfrente; entonces me dijo: "Esto es para ti; ¡puesto que te vas!" O algo semejante, y apuntó su pistola hacia mí y me lanzó una bala que me alcanzó al puño izquierdo; el primer balazo fue casi instantáneamente seguido de otro, pero esta vez el arma ya no apuntaba en mi dirección, sino hacia abajo, al piso.

"De inmediato, Verlaine expresó una viva desesperación por lo que hiciera; se precipitó al cuarto contiguo, ocupado por su madre, y se arrojó al lecho; estaba como enloquecido, me puso la pistola entre las manos y me encareció que la descargase sobre su sien: su actitud era de un profundo pesar por lo ocurrido; hacia las cinco de la tarde, su madre y él me condujeron hasta aquí,⁶⁵ para que me curasen. De regreso al hotel, Verlaine y su madre me propusieron que me quedase con ellos, para curarme o que regresase al hospital hasta mi completa curación; la herida parecía de poca importancia, yo manifesté la intención de volver aquella misma noche a Francia, a Charleville, junto a mi madre. Esta noticia sumió en desesperación a Verlaine; su madre me entregó veinte francos para que realizase el viaje, y salieron juntos conmigo, a fin de acompañarme a la estación de Midi.

⁶⁵ En la enfermería del hospital Saint-Jean, en Bruselas.

"Verlaine estaba como enloquecido; empleó todos sus esfuerzos para retenerme, por otra parte, tenía constantemente su mano en el bolsillo de su traje, donde llevaba la pistola. Llegamos a la plaza Rouppe, se nos adelantó algunos pasos y volvió hacia mí; su actitud me hacía temer nuevos excesos; me volví y huí corriendo; fue entonces cuando le rogué a un agente de policía que lo detuviese. La bala que me alcanzó en la mano, no ha sido aún extraída; el médico de aquí me dijo que no podría hacerlo hasta dentro de dos o tres días."

El proceso verbal prosigue bajo la forma dialogada de un interrogatorio, y aunque al final no tiene ninguna relación con el drama propiamente dicho, lo cito por su valor psicológico y documental:

"D. - ¿De qué vivía usted en Londres?

"R. -Principalmente del dinero que la señora Verlaine le enviaba a su hijo; también teníamos lecciones de francés que dábamos juntos, pero estas lecciones no nos reportaban gran cosa, unos doce francos por semana, al final.

"D. - ¿Conocía usted el motivo de las disensiones entre Verlaine y su mujer?

"R. - Verlaine no quería que su mujer continuase viviendo con su padre.

"D. - ¿No invoca también ella, como un agravio, su intimidad de usted con Verlaine?

"R. - Sí, ella nos acusa de relaciones inmorales. Pero no quiero tomarme siquiera el trabajo de desmentir semejantes calumnias."

Tal es la deposición de Rimbaud, debidamente releída y firmada por él el 12 de julio de 1873. No concuerda en forma absoluta con los detalles de los otros relatos. La escena fue relatada varias veces y con variantes, por el mismo Verlaine. Edmond Lepelletier la evocó de manera muy vívida, según los recuerdos de la madre del poeta, la cual, naturalmente, trata de excusar a su hijo. En cambio, para Berrichon, Rimbaud es la angelical víctima de un loco enfurecido. Con la lectura de estas distintas descripciones, uno se siente obligado a reconocer que Verlaine tuvo la mayor culpa, las que fueron aumentadas por sus violencias de alcohólico, por su estúpido atentado, pero no se puede dejar de pensar que Rimbaud procuró deshacerse de él haciéndolo detener.

El primero de ellos fue condenado a dos años de prisión y encarcelado en la prisión de Mons; el otro volvió, con el brazo vendado, a las Ardenas. Era la terminación de la doble bohemia. Laeti et errabundi, todo lo habían visto, todo lo habían sentido, todo lo habían agotado:

Fleuves et monts, bronzes et marbres.
 Les couchants d'or, l'aube magique,
 L'Angleterre, mère des arbres,
 Fille des beffrois, la Belgique.⁶⁶

⁶⁶ Ríos y montes, bronzes y mármoles
 Los dorados ponientes, el alba mágica,
 Inglaterra, madre de los árboles,
 Hija de los campanarios, Bélgica.

CAPÍTULO VIII

MUERTE DE LAS QUIMERAS

El 20 de julio de 1873, como no encontrara a su madre en Charleville, Rimbaud llega a la chacra de Roche. Claudel ha descrito sutilmente esta región de Vouziers, "flacas cosechas, un grupito de tejas de pizarra y siempre en el horizonte la legendaria línea de las selvas. Región de manantiales donde el agua, límpida y cautivada por su profundidad, gira sobre sí misma; el Aisne glauco, tapizado de nenúfares, y tres largos cañaverales amarillos que emergen del jade". Desde la estación de Vocq hasta Roche, hay algunos kilómetros. El herido hizo el camino a pie.

Lo imagino, el lienzo anudado alrededor del cuello y sosteniendo su mano aún vendada, andando a largos pasos por el camino polvoriento. El sol es cálido. Es el mediodía. A su alrededor se extienden las avenas plateadas. Se aproxima a la casa.

En esta época, Roche era un caserío agrícola con una docena de hogares. Una casa fortificada, decapitada por la Revolución, aún conservaba el pomposo y exclusivo nombre de Castillo. Pero no era allí donde vivían los Rimbaud.

La casa de ellos estaba sobre el camino real.⁶⁷ Un cobertizo, por el que se llegaba al patio de la casa, y dominado por un palomar, la guarnecía por un lado y le prestaba una apariencia de poderío e importancia. Claudel recuerda el frente de piedra corroída con su alto techado lugareño y la fecha: 1791, sobre el umbral. Las ventanas eran defendidas por barrotes de hierro. La puerta claveteada se abría sobre un corredor central, donde desembocaba la escalera. A la derecha, la cocina; a la izquierda, el comedor.

Rimbaud entra. Alguien ha dado aviso. Lo esperan. ¿Su brazo? "¡Ah!, eso no es nada. ¡Un rasguño! ¡Como si eso fuese lo importante!" Se desploma en una silla, en la cocina, con la cabeza entre las manos. Estalla en sollozos: "¡Verlaine! ;Verlaine!" No es posible sacarle otra cosa. La crisis pasa. Se sientan a la mesa. Su madre le pregunta: "¿Y tus papeles, te los han devuelto?" "No, los perdí. Por otra parte, ¿qué me importan!, no quiero más tenerlos." Y vuelve a sumirse en silencio.

Al día siguiente, se encierra cuidadosamente en el primer piso, en el granero, desnudo y blanqueado con cal, que le fuera asignado como domicilio. Recorre con alargado paso, de un lado a otro de este granero, y no quiere ver a nadie. Asiste a su derrota y contempla el desmoronar de su mefistofélica empresa: "Antaño, lo recuerdo bien, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones y donde corrían todos los vinos. Una noche senté a la Belleza en mis rodillas y la hallé amarga. Y la injurié. Tomé las armas contra la justicia. ¡Oh, brujas, oh, miseria, odio, a ustedes confío mi tesoro-

⁶⁷ De Vouziers a Attigny.

ro!..." Sí, de verdad, por sobre toda alegría, para estrangularla, dio el breve salto del animal feroz. "Me acosté en el lodo. Me sequé con el viento del crimen." Se encarnizó contra sí mismo, y aún prosigue. Contra sus últimos ídolos, golpea obcecadamente. Cuando, por casualidad, su madre se aventura por la escalera de madera, oye sofocados sollozos, bur-las sangrientas, gritos de cólera, espantosas blasfemias. Es que acaba de escribir su cuadernillo de condenado; garabatea las últimas hojas de Una temporada en el Infierno.

Ella, sin comprenderlo, se resuelve. ¡Puesto que quiere escribir, ¡sea! Pero asimismo no es ésa una razón "para ponerse en semejante estado". Que trabaje con tranquilidad y especialmente que procure encontrar un editor; con esta finalidad llega a autorizarlo a efectuar, en agosto, un viaje a París y otro a Bruselas. "Bien podemos hacer la prueba", una última prueba.

El folleto fue impreso en octubre. Rimbaud se reservó un ejemplar para Verlaine, envió otros a Forain, Richepin, Ponchon. Ninguna respuesta, ningún eco. Nada. Un silencio hostil. La literatura permanecía muda, insensible a su testamento literario. Entonces replicó con el desprecio. No quemó su edición, tal como se creyera durante largo tiempo; la olvidó, la dejó sepultada en el polvo de una imprenta belga.

Una temporada en el Infierno! ;Cuántas glosas se acumularon sobre esta misteriosa autobiografía! Unos vieron en ella, como en un deslumbramiento, el cristianismo de Rimbaud; otros le descubrieron su irreductible ateísmo. En efecto, allí están ambos. Pero están en lucha. El infierno es, al fin de cuentas, esa inexplicable batalla entre las fuerzas del

bien y del mal, que se disputan, se arrancan el alma del poeta. ¿Ángel o demonio, elegido o condenado?, es lo que pregunté al iniciar este libro. No es ni lo uno ni lo otro. Es un hombre, pero un hombre heroico, de insaciable avidez, dotado de sobrehumano poder de rebelión y de renunciamiento, desesperadamente hambriento de bien y saboreando en el mal, una embriagadora y salvaje voluptuosidad.

Hay en él un pagano y un cristiano, pero no es el cristiano el que vence. El infierno es la rebelión del pagano, del bárbaro, del "negro", tal como él dice, del "hijo del sol", contra la moral, la tradición, la tierna servidumbre del cristianismo. Suplicio atroz y desgarrador. ¡Ah, si el Cristo no hubiese llegado! No habría existido el pecado. El hombre habría conocido eternamente la alegría de vivir. La naturaleza primitiva se hubiese desplegado, lejos de las éticas artificiales, de las constricciones y de las disciplinas embusteras. Dos voces se levantan, la que ya se escuchara en su poema mitológico: Sol y carne, la voz de Venus, "divina madre. Afrodita marina"; y otra, la de Jesús, que en la amarga ruta "nos unce a la cruz". ¡Maldito bautismo!, él fue quien creó el sismo en su alma indomable. En él, dos hombres responden: Credo in unam... Credo in unam Deum. Está expuesta al asalto de las fuerzas hostiles.

El verdadero, el primitivo, en él, es aquel que se prevale de su mala sangre. "De mis antepasados galos tengo el ojo azul claro, el cerebro estrecho y la torpeza en la lucha... De ellos, tengo la idolatría y el amor por lo sacrilego; ¡oh!, todos los vicios, cólera, lujuria-magnífica, la lujuria-, especialmente mentira y pereza." El verdadero Rimbaud es el que grita:

"Pastores, profesores, maestros, se engañan ustedes al entregarme a la justicia. Jamás pertenezco a este pueblo; jamás fui cristiano; soy de la estirpe de los que cantaban en el suplicio; no comprendo las leyes; no tengo sentido moral, soy un bruto." Él mismo lo dice, es "un animal, un negro".

Pero otra voz clama en él: "Los blancos desembarcan. ¡Al cañón! Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar. En el pecho he recibido el golpe de gracia." Y muy pronto presurosa, ávida, exaltada, esta voz procura dominar el canto de los antepasados. "Sólo el amor divino concede las llaves de la ciencia. Veo que la naturaleza sólo es un espectáculo de bondad. ¡Adiós quimeras, ideales, errores! El canto razonable de los ángeles se eleva del navío del salvador: es el amor divino... La razón ha nacido en mí. El mundo es bueno. Bendeciré la vida. Amaré a mis hermanos. Ya no son éstas las promesas de la infancia. Ni la esperanza de escapar de la vejez, ni de la muerte. Dios crea mi fuerza y yo bendigo a Dios."

Sin embargo, el maldito grita a su vez: "No creo estar comprometido en una boda, con Jesucristo por suegro... He dicho Dios. Quiero la libertad en la salvación." A partir de entonces se desarrolla el terrible combate entre la eterna afirmación y la eterna negación, tal como en las famosas páginas de Carlyle. Pero el duelo interior de Sartor Resartus no posee la desesperada rudeza ni la magnitud alucinatoria de la Noche de Infierno. Todas las fases de la batalla entre los demonios y los arcángeles se suceden aquí entrechocadas, violentas, en una lívida claridad. Noche de vértigo, de tormenta, plena de blasfemias y de rezos, entrecruzada por es-

tridentes fritos, poblada por fantasmas, éxtasis y pesadillas. "Yo percibí la conversión al bien, a la felicidad, a la salvación. ¿Podré describir la visión? ¡La atmósfera del infierno no puede soportar himnos! Eran millones de criaturas encantadoras, un suave concierto espiritual, la fuerza y la paz, nobles ambiciones, ;no sé qué más!" Todo se ha desvanecido y el condenado, recobrándose, ruge su desafío. "Soy esclavo del bautismo. Padres, habéis labrado mi desgracia y habéis hecho la vuestra." ¡Ah! ¡Si volviera a hallar su primitiva fuerza, su paganismo integral y victorioso! "El infierno no puede atacar a los paganos." Pero no, la gracia original la ha perdido para siempre. El paganismo ha entenebrecido su vida mediante la amenaza del pecado, y ha encendido llamas infernales. Es demasiado tarde. El alma es presa de los buenos y malos demonios. Escuchad las voces entrecortadas, las respuestas enfurecidas, estos desesperados lamentos: "¡Basta!... Errores que se insuflan; magias, falsos perfumes, músicas pueriles. Y decir que conozco- la verdad, que sé de la justicia: tengo un juicio sano y justo, estoy hecho para la perfección... Orgullo. La piel de mi cabeza se diseca. ¡Piedad! Señor, tengo miedo. ¡Tengo sed, sed! ¡Ah! Infancia, hierba, lluvia, lago sobre piedras, el claro de luna cuando el campanario daba las doce... En esta hora, el diablo está en el campanario. ¡María! ¡Santa Virgen! ¡Horror de mi estupidez!" Y la crisis prosigue, implacable, verdadero acceso de locura que busca su paroxismo en un desesperado llamado al sufrimiento: "¡Exijo, exijo! ¡El castigo de la horquilla, una gota de fuego!"

En efecto, ¿cómo puede ser salvado? En Una temporada en el Infierno, ya no hay lugar para la Redención. Examínese en detalle el primer capítulo de Delirios. ¡Qué ironía! ¡Qué desdén y qué orgullo en el mal! El condenado sólo tiene sarcasmos para los débiles, para los que inclinan la frente. Los acentos de un Byron nada son junto a los suyos. Pareciera que Rimbaud presiente la conversión de Verlaine, "el esposo infernal" ahora sólo tiene desprecio por la "virgen loca". Parodia "la confesión de un compañero del infierno", e imita al desdichado, repitiendo: "Perdón. ¡Divino Señor, perdón! ¡Ah, perdón! ¡Cuántas lágrimas! ¡Y cuántas lágrimas espero que habrá más tarde!" No ha de ser él quien se humille así. Él hace de "la infamia una gloria, de la crueldad un encanto", él es. de "antigua estirpe" v es imposible "penetrar en su mundo". Siempre la misma observación, el tormento de la naturaleza primitiva, pura e impúdica simultáneamente, virgen v radiantemente desflorada. Entonces, el cielo no estaba cubierto de espesas nubes: resplandecía con gloriosa luz pagana. No era necesario bautismo alguno. El hombre era dios. Todo nuestro sufrimiento, proviene de allí. El "negro", el oriental, quiso vivir según la tradición cristiana, según las leyes de la civilización occidental. El alma del poeta "quiere, terminantemente, cargarse con todas las fases crueles que soportó el espíritu desde el fin del Oriente", pero no está adaptado al código de Occidente. "Ya mandaba al diablo los glorias de los mártires, las luces del arte, el orgullo de los inventores, el ardor de los pillos, volví al Oriente y a la sabiduría primera y eterna. ¡Parece que esto es un sueño de grosera pereza! Sin embargo, en absoluto soñaba yo con

escapar a los sufrimientos modernos. No tenía por finalidad la bastarda sabiduría del Corán. ¿Pero no hay, acaso, un real suplicio en el hecho de que, a partir de la declaración de la ciencia, el cristianismo el hombre se juego, comprueba evidencias, se infla con el placer de repetir estas pruebas y sólo vive de esto? Tortura sutil, cándida; fuente de mis divagaciones espirituales. ¡Quizá la naturaleza pudiera aburrirse! El señor Prudhomme ha nacido con Cristo." ¡Ah! ¡Lógica impotente para probar la excelencia del mundo!

Entonces, abajo "la sucia educación de la infancia", ¡aunque comprometa así la Eternidad! "Entonces -¡ah!-, querida pobre alma, ¿no estaría la Eternidad perdida para usted?" ¡Si al menos el Alba esperada se iniciase para el mundo! "¿Cuándo llegaremos, más allá de las playas y de los montes, a saludar el nacimiento del trabajo nuevo, la nueva sabiduría, la huida de los tiranos y de los demonios, el fin de la superstición, adorar -¡primeros!- a Noel sobre la tierra" Sí, pero "la marcha de los pueblos" no ha comenzado aún, aún no ha llegado la hora, y aquellos que en un audaz e indomable esfuerzo trataron de adelantarse a los tiempos, son llamados nuevamente a la realidad. Ellos dicen adiós a su quimérico sueño:

"A veces, veo en el cielo playas sin fin, cubiertas de blancas naciones gozosas. Un gran bajel de oro, sobre mí, agita sus pabellones multicolores a las brisas de la mañana. He creado todas las fiestas, todos los triunfos, todos los dramas. He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas arnes, nuevas lenguas. He creído adquirir poderes sobrenaturales. ¡Y bien! ¡Debo enterrar mi imaginación y mis

recuerdos! ¡Una hermosa gloria de artista y de cuentista arrebatada!

"¡Yo!, yo, que me llamé mago o ángel, dispensado de toda moral, soy devuelto a la tierra, debo buscar una labor y abrazar una áspera realidad! ¡Campesino!"

Así, pues, ya sólo es un paisano. ¡Qualis artifex pereo! Aquí está, "vuelto a la tierra", a la "áspera realidad". El absolutismo que impulsaba sus reivindicaciones ideales se afirmará en su enérgica exploración de lo real. ¡A trabajar! ¡A la aventura!, pero fuera de todas las convenciones religiosas y morales. ¿No es este renunciamiento una victoria, a su manera? ¡Basta de sueños! ¡No más utopías! Vivir humildemente, vivir fuertemente, eso es todo. El mal no existe. El cielo no existe. Ni pecado ni bautismo. El infierno sólo existe en nuestra mente: "Creo estar en el infierno, luego estoy." Guardémonos en adelante de entregar nuestra alma a los demonios y a los ángeles, de hacer de ella un campo de batalla y de mantener el combate! ¡Abajo las armas! ¡Abandonemos "los amigos en la muerte, los retrasados de toda especie!" Ser positivo, con pasión, ¡esa es la salvación!

"Hay que ser completamente moderno. ¡Nada de cánticos! ¡Mantenerse en el lugar conquistado!" Entonces, cuando llegue la aurora, "armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades". Tal es la última palabra de Una temporada en el Infierno.

La madre de Rimbaud leyó el volumen y nada entendió. Sin embargo, aquélla era la deslumbrante prueba de su triunfo: ella había vencido en su hijo, Rimbaud había matado a las quimeras."

Azorada, le preguntó qué significaban aquellas herméticas elucubraciones. Según su hermana Isabelle, él respondió: "He querido significar todo cuanto digo, literalmente y en todos los sentidos".

Sin embargo, era mejor para su familia que el libro guardara su misterio. Este positivismo exaltado nacía sobre las ruinas del cristianismo, y una religión tan implacable, en un joven de dieciocho años, hubiera escandalizado todo el ambiente.

En cambio Paterne Berrichon, que pretende haber penetrado los arcanos de Una temporada en el Infierno, declara que es "después de las catedrales góticas, la más densa afirmación, la más sustancial del cristianismo, un penetrante testimonio de la realidad católica". Yo no lo creo y comparo, al respecto, la opinión diametralmente opuesta de Marcel Coulon. La Temporada es, para mí, la expresión de la última crisis moral del poeta, y concluye con "el rechazo de Dios".

Simple como una selva virgen y hermoso como un tigre, según la palabra de Verlaine, Rimbaud se lanza, en un impulso, más allá del bien y del mal. En este sentido, se muestra, tal como dice Jacques Rimé, como un "inocente". Ya no es sólo un bohemio, pues la bohemia protesta contra la sociedad. r1 protesta contra la vida, tal como es, tal como la hizo el cristianismo. El se siente anterior a la redención, anterior al pecado, un pagano solitario. Ha vuelto a tomar contacto con su origen primitivo y edénico. Riviére lo define exactamente como "el ser exento del pecado original". Monstruosa aparición en nuestro mundo de compromisos, de relatividad,

de medias tintas y de conciliación, él permanece fuera de ambiente, recuerda a Shelley, es inadaptable.

Si renuncia a la literatura ("¡que me cuenten la historia de alguna de mis locuras!") es porque la ha violentado sin éxito, es porque ella es impotente para traducir su intratable y despótica exigencia; es que, en esta lucha con las palabras y los sonidos, a través de las deformaciones insensatas de "la alquimia del verbo", practicando "el lamo, inmenso y razonado desorden de todos los sentidos", ha agotado de inspiración y desgastado su genio. Pero íntimamente no renuncia a su absolutismo. Lo abandona en literatura, pero lo conserva en la vida. Permanece fiel a su amoralidad, a su irreligión, a su implacable orgullo de arcángel y, tal como Lucifer, no se inclina ni ante Dios ni ante los hombres. Es amoral y ateo. No soporta nada, ningún sustento, ninguna cercanía, y se convierte en "un desierto". Una temporada en el Infierno es, en el sentido más alto, "el poema de la intolerancia". Nada subsiste junto a su ardiente soledad. Su devorante blasfemia disuelve todas las cosas: después de la religión, la filosofía; tras la filosofía, la literatura; y luego de la poesía, la prosa. Aventura única, decía Mallarmé, en la historia del espíritu.⁶⁸

Si tira, en noviembre de 1873, sus cartas, manuscritos, borradores, ejemplares de la Temporada a esa chimenea de Roche dominada por un crucifijo, no debe buscarse en ello el valor simbólico de este gesto ni de este decorado. Cristo no ha triunfado sobre el condenado. Rimbaud no se ha con-

⁶⁸ Recuerdo que, para de Bouillane de Lacoste, Las iluminaciones, compuestas en 1873 y 1875, señalan el último y pasajero regreso al arte.

vertido. La llama ha volatilizado, solamente, la obra. Esto es cuanto él deseaba: el vacío.

A su alrededor, cubriendo el suelo, yacen los cadáveres de las Quimeras. Tal como un héroe, las ha vencido con su espada, en el límite de las selvas venenosas de donde las había extraído su desafío. Pero ha respirado el maldito hálito. Se lleva la mano al corazón e inclina la cabeza. Vencedor, ha muerto. Ha envenenado su genio. Su musa va a morir. En la fabulosa aventura se ha lanzado como un endemoniado desafiándolo todo, derribándolo todo, destruyéndolo todo. Ha tomado el reverso de sus cualidades y ha obrado a la inversa de sus inclinaciones. Para ser "vidente", se ha desgastado sistemáticamente. El alcohol, el haschich, el tabaco, la lujuria lo han arruinado. Inteligencia excepcional, penetrante, se ha revestido de obscuridad, y a fuerza de entenebrecerse, de replegarse, de eternizarse en las palabras, en el silencio, en la soledad, renunciando a las indispensables correcciones del mundo exterior, se ha extenuado en inagotables búsquedas de sonido y de color, entregándose a los sortilegios de la "alucinación verbal". En su marcha hacia lo imposible, rozó la locura, y desengañado, se detuvo.

Su poesía, con su vida, es una prodigiosa transposición, un patético disfraz. Ha experimentado una voluptuosidad satánica al exaltarse y destruirse simultáneamente. Fue víctima de su orgullo luciferino, de su espíritu de contradicción y de rebelión. Joven Titán, procuró escalar el Empíreo.

Pero, a penas se internara en los senderos de la montaña, se detuvo para matar las Quimeras. Su musa desfallece a

su lado, en medio de los Sueños masacrados, en los reinos dei vértigo.

Entonces volvió a descender de la cima solitaria y se lanzó en el tumulto de las ciudades, en la ensordecedora batahola de las estaciones y de los puertos.

Segunda parte
EL AVENTURERO DE LO REAL

"La malédiction de n'être jamais las
Suit tes pas sur le monde où l'horizon t'attire."⁶⁹

VERLAINE

CAPÍTULO PRIMERO
A TRAVES DE LA VIEJA EUROPA

El período literario se ha cerrado. La gran aventura ideal desemboca en un pistoletazo y en un auto de fe. Pero comienza otra, aun más prodigiosa, que se proseguirá a través de los continentes y de los mares. La inestabilidad intelectual del poeta se transpondrá en la acción. Sólo cambia de forma. En él no hay dos hombres: el aventurero de lo real es sin lugar a dudas el mismo infatigable caminante, el mismo misántropo, tenaz y reconcentrado que el aventurero del ensueño. Si cambia de carrera, no cambia en absoluto de alma y permanece lógico consigo mismo: ahora comienza para él

⁶⁹ "La maldición de no cansarme jamás.
Sigue tus pasos por el mundo hacia el horizonte que te atrae."

la lucha por la vida, la exploración frenética del mundo. Pero para esto le hace falta algo: el conocimiento de las lenguas. Debe conocer a fondo el inglés y el alemán.

En noviembre de 1873, Rimbaud está en París. Volvemos a encontrarlo una noche sentado a una mesa del café Tabourey, cerca del Odeón. Ya no se ignora en el "barrio" la historia de Bruselas, el encarcelamiento de Verlaine, y las lenguas se han movido. Así también lo dejan solo, apartado, y como en cuarentena. La irritable grey de los poetas no le perdona sus antiguas burlas. A su alrededor se murmura, hay bromas. Repentinamente, separándose de un grupo hostil, un joven melenudo, morocho, llega hasta él, le tiende la mano- ¿Arthur Rimbaud?

-Sí, soy yo.

-Le conozco a usted, he leído sus versos. Conversemos.

Este desconocido que acepta así, públicamente su compañía, es el poeta Germain Nouveau, autor de Valentines y de Humilis, de quien Ernest Delahaye refiere su patético destino y revela su gran obra lírica.

Entre estos muchachos, el contraste es impresionante: el ardenés -que acaba de cumplir diecinueve años- es alto, rubio, desgarbado, con infantil rostro rojizo; el provenzal -veintiún años-, achaparrado, rostro obscuro, tipo árabe de tez mate, nariz respingada. El primero es todo amargura, el segundo es entusiasmo. Éste habla de poesía. El otro tiene el gesto evasivo, descorazonado. ¡Bah! Sólo acepta algo de la prosa. Lo único verdadero son los viajes y partirá para Inglaterra.

-¿Cuándo parte usted?

-Mañana.

-Yo también.

-Sea, pero va a ser duro. Tendremos que ganarnos el pan.

-¡Tanto peor! ¡Ya nos arreglaremos!

Así fue dicho y hecho, y algunos días más tarde desembarcaban en Londres.

Al comienzo trabajaron con un fabricante de cajas y dieron lecciones de francés. Según Ernest Delahaye, Rimbaud había regresado a Inglaterra con la determinada finalidad de completar su conocimiento del inglés, pues sabía que esta lengua es indispensable al hombre que quiere ir a todas partes. ¿Cuánto tiempo permaneció en Londres con Germain Nouveau? Es verosímil que se hayan separado bastante pronto, pero no como se ha dicho, después de un enojo. Germain Nouveau, menos tenaz, pronto se había cansado de vegetar, de buscar lecciones particulares y de llamar a las puertas. Su compañero se empleó como maestro ayudante en un colegio británico, primeramente en Londres, luego en la provincia, probablemente en Escocia. "Me dijo dónde, me escribe el buen Delahaye, me siento mil veces culpable por haberlo olvidado." Su estadía en Londres duró aproximadamente un año, y cuando hubo adquirido un completo dominio de la lengua, partió para Alemania, esta vez con el consentimiento y algún subsidio de su madre, y con idénticas intenciones.

Aproximadamente en la misma época, en enero de 1875, Verlaine salía de la prisión de Mons. En el curso de estos dos años de recogimiento y soledad, se había converti-

do. Pero no olvidaba a su amigo de antaño y se las había compuesto para hacerle llegar algunos poemas, impresiones del calabozo tales como Dame Souris trotte...,⁷⁰ efusiones religiosas como el célebre cántico O Mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour,⁷¹ que tuvieron el poder de exasperar al incrédulo y que más tarde fueron encontrados en las letrinas de Roche. Con ardor de neófito, pretendía reintegrar a Dios la oveja descarriada. También escribió en varias oportunidades a Ernest Delahaye, para conocer su dirección. El otro no tenía interés alguno en volver a verlo, pero hartado con tanta insistencia, le respondió a Delahaye: "Lo mismo me da. Si quieres, puedes darle mi dirección al Loyola".

Tres días más tarde, Verlaine desembarcaba en Stuttgart, exultado de fervor y apostólico celo. Rimbaud lo recibió con siniestra sorna, con burla cruel y obscena, impiedades y familiares blasfemias. Sintió un maligno placer al tentarlo, lo arrastró de cervecería en cervecería, lo puso alegre, y por la noche entabló con el evangelista muy achispado una discusión que degeneró en pugilato. Más joven y más ágil, naturalmente llevó las de ganar, le propinó una buena tunda y lo abandonó, tendido, apaleado y durmiendo su borrachera a orillas del Neckar. Al día siguiente, reconciliación. Volvieron a encontrarse, pero no hablaron de religión.

Pero también, ¿por qué diablos vino a remover cenizas?, ¿por qué volver a poner sobre el tapete las viejas cuestiones, ya muertas, de la poesía y la creencia? Todo esto ya no le interesaba. Estaba en Stuttgart para aprender alemán y con

⁷⁰ La Señora ratona corretea...

⁷¹ Oh Dios mío, me habéis herido de amor.

esta única finalidad se había restringido al cargo de preceptor. Por aquel entonces se encontraba, en calidad de tal, en casa de un cierto doctor Wagner, y esto es lo que explica -sin que haya necesidad de ver en ello un apóstrofe al maestro de Bayreuth- la inscripción "¡Wagner verdammt in Ewigkeit!", garabateada en una de sus cartas, sobre un croquis a pluma de una casa de Stuttgart. He aquí lo que escribe a Delahaye en febrero de 1875:

"Verlaine llegó días pasados, con un rosario entre los dedos... Tres horas después, habíamos renegado de su Dios y hecho sangrar las noventa y ocho llagas de Nuestro Señor. Se quedó dos días y medio; fue muy razonable y bajo mi consejo regresó a París, para ir luego a terminar sus estudios, allá a la isla.⁷² Sólo llevó una semana de Wagner y lamento este dinero (sic) pagado con odio, y todo ese tiempo malgastado inútilmente. El 15 obtendré Ein freundliches Zimmer en cualquier parte, y castigo la lengua con frenesí, de tal manera y ardor que en dos meses, a lo sumo, habré concluido. Aquí todo es bastante inferior - j'excépe (sic) un "Riessling" dont j'en vite un fere en váce des godeaux qui l'onh fu maidre, á ta sandé imperbéduieuse. Il soliese et golee, c'est tannant.⁷³

Así, pues, no es necesario imaginarse un Rimbaud melómano, tal como fue dicho, alternativamente hambriento y asqueado de la "música del porvenir", agotando tan rápida-

⁷² A Inglaterra.

⁷³ Excepto un "Riessling" que descorcho impaciente y lo bebo a tu salud imperecedera, en uno de estos vasos que lo han visto correr. Hay sol y hiela. Es cargante. (Rimbaud alude a una marca de vino, del Rhin, muy conocida de antes. - N. del T.)

mente como todo lo demás, "una temporada" wagneriana en Stuttgart. La realidad es mucho más simple. Se gana la vida como preceptor en casa de un alemán que detesta y - sólo tiene una idea, que concluya el mes (sólo llevó una semana de Wagner), y alquilar una pieza en la ciudad.

Entre tanto, su madre le enviaba cincuenta francos, que le permitiesen esperar y hallar una nueva combinación. "Tengo un cuarto muy grande, le dice el 17 de marzo, muy bien amueblado en el centro de la ciudad, por diez florines, es decir, 21,50 francos, con todo suplemento : y me ofrecen pensión por 60 francos por mes: pero esto no lo necesito, estas pequeñas combinaciones, por muy económicas que parezcan, siempre son engaños y sujeciones. Así, pues, trataré de tirar hasta el 15 de abril con cuanto me queda (aún 50 francos), porque volveré a necesitar adelantos en esa fecha, pues debo permanecer un mes para ponerme al tanto, o habré publicado avisos para colocaciones cuya ejecución (el viaje, por ejemplo), me exigirá dinero. Espero que encuentres esto moderado y razonable. Procuero informarme de las costumbres del lugar, por todos los medios posibles, aunque, en realidad, tengo realmente que sufrir por sus modalidades."

Sin embargo, al cabo de cuatro meses de Stuttgart, estos proyectos no lograron su finalidad: no halló la posición con que esperaba a su madre, y el "tipo" wurtemburgués lo irrita tanto como antes, en Charleville durante la invasión lo irritara la arrogancia prusiana.

Además, después de más de un año de enseñanza y de preceptorado, ya sea más allá de la Mancha, ya sea del otro lado del Rhin, vuelve a poseerlo el demonio de la aventura.

El embriagador llamado de los grandes caminos, el canto de lo desconocido lo turba. Para aumentar sus recursos, vende su baúl y deja Alemania. Ahora desciende, a pie, hacia Suiza, atraviesa alegremente Württemberg. Suiza y llega a Italia. Es la primera vez que pisa la vieja tierra de los Cesares y de los condotieres. Penetra en ella a través de olorosos valles que bajan a los lagos de Lombardía, pero nada sabemos de cuanto viera. Sólo sabemos que llega a Milán extenuado, rendido de fatiga y de hambre, y que debe guardar cama. "Allí, escribe Paterne Berrichon, una señora, apiadada y a la vez encantada, casi podríamos decir seducida, lo acoge, lo cuida, en fin, lo guarda junto a ella durante un mes."

¿Es cierta esta historia? Ha sido puesta en duda. A primera vista no parece verídica. Este voluptuoso abandono en las delicias de una buena e inesperada fortuna, este perezoso abandono, esta muelle esclavitud, aunque pasajera, están muy poco de acuerdo con las costumbres agitadas de Rimbaud y concuerdan mal con el ritmo acelerado de sus deseos y de sus impacencias.

Según Ernest Delahaye, el episodio tendría un carácter muy distinto. La caritativa milanese, que vivía en el número 2, Piazza del Duomo, y que pertenecía a la mejor burguesía, era una vieja y culta señora que lo acogió maternalmente. Atraída a la vez por su aspecto miserable y genial, lo instaló en su casa y lo rodeó de finos cuidados. No fue ingrato, guardó para ella un recuerdo fiel y hasta le envió, como ho-

menaje, uno de los pocos ejemplares de *Una temporada en el Infierno*, que escaparan a la destrucción.

Verlaine es de opuesta opinión, y ve en la italiana a una joven viuda agradable, de una hospitalidad... sin reservas. En dos ocasiones habla de esta "vedova molto civile" y une a la historia de esta unión el poema *Veneno perdido*:

Des nuits du blond et de la brune
Pas un souvenir n'est resté!⁷⁴

Su tesis sólo adolece de un defecto, es que estos versos no son de Rimbaud -no volvió a escribir ninguno desde 1873-, sino probablemente de Germain Nouveau. Por otra parte, ¿cómo podía Verlaine haber recibido sus confidencias amorosas? Por estos tiempos sólo le inspiraba desprecio, pues su ardiente fervor, su conversión le parecían una abdicación, una derrota. ¡Son todas fanfarronadas!

Cuando estaba en Milán, a principios del verano de 1875, Rimbaud quiso ir al encuentro de uno de sus amigos, fabricante de jabón en las Cicladadas, y emprendió a pie el camino por Brindisi. Pero se insoló y fue repatriado por el cónsul francés de Ligurno. De regreso a Marsella, vive de humildes trabajos, descargando coches en el viejo puerto, ayudando a los camioneros de las mensajerías marítimas, vegetando en medio de los changadores y de los calafates, hasta el momento en que encontró a un reclutador del ejército carlista, quien le ofreció llevarlo a España. Fue éste, por

⁷⁴ De las noches del rubio y la morocha
Ni un recuerdo ha quedado.

otra parte, un reclutamiento efímero, ya que lo volvemos a encontrar en Charleville en octubre de 1875.

En efecto, en dicha fecha, le escribe a su amigo Delahaye, profesor en Rethel: "Recibí la tarjeta y la carta de Verlaine, hace ocho días. Para simplificarlo todo, he solicitado al correo que me envíen las subsiguientes a mi casa⁷⁵ de manera que puedes escribir aquí, si aún no lo has hecho a Poste-restante. No comento las últimas groserías del Loyola, y ya no tengo tiempo disponible para dedicarme a ello por ahora, pues parece que la segunda porción del contingente de la clase 54 será llamada el 3 de noviembre próximo o días siguientes."

¿Las groserías del Loyola? Son los primeros poemas católicos de Sagesse que Verlaine persiste en enviarle por intermedio de Delahaye. ¡Por favor! ¡Que lo dejen en paz! La poesía lo asquea y la poesía religiosa más que cualquier otra. Ahora se siente tan lejos de toda literatura, que "ya no tiene tiempo disponible para dedicarlo a ello". Por otra parte, lo acecha el cuartel. Tiene veinte años cumplidos, buen cuerpo, bien desarrollado, es apto para el servicio militar.

¡Rimbaud con kepi, chaqueta y pantalón rojo! Es difícil imaginarlo en el patio del cuartel o en el campo de ejercicios, participando con seriedad en las evoluciones de la escuela de la sección. Por suerte, como su hermano mayor Frédéric se encuentra aún bajo banderas (el servicio activo duraba en aquel entonces cinco años), es, por esta razón, exceptuado⁷⁶

⁷⁵ Calle Saint-Barthélemy, en Charleville.

⁷⁶ Pero esto no lo dispensará del cumplimiento, conforme a la ley entonces en vigor, de los períodos de reserva. Pero conseguirá, luego de los

y aprovechará este respiro para trabajar. Si reniega de las letras, en cambio se entrega al estudio de las ciencias y de las lenguas. Aprende español, se compra una gramática árabe, un diccionario y se sumerge apasionadamente en ellas. A fin de que nada lo moleste, dice Louis Pierquin, se encierra en un gran armario, especie de antiguo cofre de tiempos pasados, y allí se queda a menudo durante las veinticuatro horas, sin beber ni comer. Hoy es el italiano, mañana será el ruso o el griego moderno, el holandés o el indostán. Es infatigable. Es que todo esto se le ocurre que es práctico, útil, necesario para los viajes que quiere emprender. Necesita un positivo alimento. Las ciencias como las lenguas, eso puede "servir" en la vida, y está decidido, si es necesario, a soportar -él, que nunca quiso presentarse al bachillerato de retórica- el sacrificio de nuevos exámenes.

En su carta del 14 de octubre a Ernest Delahaye, escribe: "Un pequeño servicio: ¿quieres decirme, precisa y concisamente, en qué consiste el bachillerato de ciencias en la actualidad, parte clásica y matemáticas, etcétera? Me dirás qué grado, en cada materia, debe alcanzarse: matemáticas, física, química, etcétera, y los títulos básicos y el medio de adquirir los libros utilizados en tu colegio,⁷⁷ por ejemplo, para este bachillerato, a menos que las cosas cambien para cada Universidad".

Este invierno de 1875, pasado en Charleville en estu-
diosa ociosidad, es también el tiempo en que Verlaine, profesor

viajes y estadias en el extranjero, renovados plazos cuya expiración le traerá siempre grandes inquietudes.

⁷⁷ Colegio de Notre-Dame de Rethel, donde Delahaye fue el predecesor de Verlaine.

de una escuela de campo inglesa, concluye sus himnos de Sagesse y sus cantos de arrepentimiento. ¡Ah! ¡Si pudiera convencer al irreductible, convertirlo a la fe! "¿Qué cuentas, viajante de países y estaciones, has recogido, por lo menos, el aburrimiento, ahora que ha fructificado?" Le escribe en diciembre: "Yo soy siempre el mismo. Estrictamente religioso, porque ésta es la única cosa inteligente y buena. Todo lo demás es engaño, maldad, estupidez. La Iglesia ha hecho la civilización moderna, la ciencia, la literatura; ha hecho a Francia, y también a los hombres, los ha creado. Me extraña que no entiendas esto que es tan claro." Y como, cierto día, Rimbaud lo rechazara, con ruidosas y grandes burlas: "rubbish, potarada", etcétera, se entristece y vuelve a repetir: "Mucho quisiera verte iluminado, reflexivo. Es para mí una pena muy grande el verte encaminado por estúpidos caminos, tú, tan inteligente, tan dispuesto (aunque esto te extrañe). Te recuerdo, con este fin, hasta tu mismo hartazgo de todo, tu perpetua cólera por cada cosa, hasta la profundidad, esa cólera, aunque inconsciente del por qué!"

¡Que no nos hablen, después de esto, de un Rimbaud ya .católico en 1873, cuando abandona Una temporada en el Infierno! Su renunciamiento a la literatura no implica su adhesión al cristianismo. Se despide de las fiestas del verbo y del pensamiento, pero ¡no de las empresas de voluntad, de los descubrimientos de la experiencia humana!

CAPÍTULO II ESPEJISMO DEL ORIENTE

Nunca estuvo Rimbaud tan febril, tan inestable como durante estos años de 1875-1880. Recorre Europa en todos sus sentidos, va y viene vertiginosamente. Vagabundeos sin tregua y sin norte. Ebriedad de los grandes caminos y de los puertos. Pero, por sobre todas las cosas. Oriente lo atrae, irresistiblemente, un Oriente bárbaro, hermético, deslumbrante; y también un desconocido país irreal, donde se enfrentan el Norte y el Sur, donde se mezclan a las imágenes del desierto la evocación de las ciudades de Babilonia. ¡Exotismo de los sueños que antaño poblaron fantasmagóricamente las noches de su Infancia! "Este ídolo de negros ojos y crin amarilla -escribía en las Iluminaciones-, sin familia ni corte, más noble que la fábula, mejicano y flamenco; su dominio, azul y verde insolentes, corre por las playas nombradas, por las olas sin bajeles, con nombres ferozmente griegos, eslavos, celtas. En el linde de la selva, las flores de ensueño tañen, fulguran, iluminan; la muchacha de labios anaranjados, de piernas cruzadas en el claro diluvio que surge de los prados, desnudez en penumbra, atravesada y vesti-

da por los arco iris, la flora, el mar." ¿Será necesario recordar sus Ciudades? "Más allá del nivel de las altas crestas, un mar turbado por el eterno nacimiento de Venus, cargado de flotas orfeónicas y por el rumor de las perlas y de las conchas preciosas, mar que suele oscurecerse en mortales estallidos... El paraíso de las tormentas se derrumba. Los salvajes bailan sin cesar la fiesta de la noche. Y, una hora, descendí en el bullicio de un bulevar de Bagdad, donde las compañías cantaron la gloria del trabajo nuevo."

Si renunció a la traducción en palabras, de estas visiones de una espléndida y loca incoherencia, no por ello se siente liberado de éstas. Muy al contrario, lo obsesionan, y tanto más cuanto que a menudo quedaron sin expresarse y han sumido en la profundidad de su conciencia las imágenes nuevas y aventuradas que reclamaban un lugar en composiciones literarias. Pero aún siguen viviendo en la penumbra de su alma y actúan contra su voluntad y sus decisiones, sin que él lo perciba. Bajo sus avideces científicas y sus proyectos más utilitarios, siempre se adivina el empuje de sus antiguas nostalgias.

Por sobre todas las cosas, lo que lo llama, más allá de los caminos, allí donde éstos se detienen, en la rompiente de las riberas abruptas, es el mar. ¡Oh! No, en absoluto, el triste mar del Norte o el Paso de Calais, brumoso y gris, sino el Océano del Barco ebrio, con sus "increíbles Floridas" y "el despertar amarillo y azul de los fósforos cantores". Mar voluptuoso, retorcido en la caricia del oro y del sol, de este sol que nunca vio frente a frente, que nunca sintió sobre su cuerpo en la sombría Ardena o la húmeda Inglaterra. De

ahora en adelante, y sea cuales fueren los giros que le imponga la vida, será una marcha hacia el sol. Argonauta incansable, aunque se embarque en un puerto del Norte, en Hamburgo o en Amberes, siempre será con la esperanza de anarejar hacia las fabulosas Colchidas. Siempre tiene la mirada fija en el Vellón de Oro.

Ver países. ganar dinero, es todo uno, es su espíritu. Tiene la mentalidad de los conquistadores. Lo desconocido le atrae, pero espera descubrir en el encarnado horizonte un reinado de ríos auríferos y remontar el curso de un nuevo Pactolo. La realidad será muy distinta: para ganar algunos francos, se verá obligado a descargar navíos en un puerto o trabajar en una cantera de la costa mediterránea. ¡Treinta y seis oficios y otras tantas miserias! Pero no importa, no se desanimará, volverá, entre una y otra tentativa, a descansar o a curarse por algún tiempo en Francia, y volverá a partir hacia Oriente.

En 1876, se embarca hacia Java; en 1877, en dos ocasiones, procura llegar a Asia Menor: la primera vez se detiene en Austria; la segunda vez, caerá enfermo y será embarcado para Italia; en 1879 y en 1880 lo encontramos en la isla de Chipre, y a partir de 1881, irá y vendrá de una orilla a otra del mar Rojo, de la costa asiática a la costa africana.

De diversas maneras fue relatado cómo se las compuso para realizar su primer gran viaje al Oriente. Nada más inexacto que la versión primitiva que diera Isabelle Rimbaud. "Un holandés que él conociera en Londres, enganchado en el ejército de las colonias, le hizo cierto día una descripción encantadora de la isla de Java, invitándolo a que fuese hasta

allí con él. Para realizar económicamente el viaje, Rimbaud se contrató como grumete a bordo del mismo navío en que viajaba su amigo..., etc." No, la verdad es otra: se contrató en el ejército neerlandés de las Indias y, una vez en Java, desertó.

Por otra parte, tenemos pocos informes sobre esta calaverada. Buen caminador, es verosímil que llegara a Holanda por Amberes. Extremadamente insensible a la delicadeza luminosa de los horizontes, al girar azulado de los molinos, a los juegos pálidos del infinito y de las nubes en el cielo y en los canales, cruza rápidamente las productivas praderas y los polderes del Brabante, y llega a Rotterdam. Allí debió errar sin fin por los muelles, en las tabernas de los marineros, acechando noticias, informándose de los navíos por salir. Sin duda, no halló favorable ocasión, pues se puso en contacto con un reclutador que le anunció la próxima partida de un contingente de infantería hacia las islas de la Sonda. "Se entendieron -escribe Paterne Berrichon- y juntos partieron al Helder. Allí, mediante una prima de mil doscientos francos, de los cuales recibirá seiscientos a la firma del contrato, Rimbaud toma compromiso con las tropas neerlandesas que deben embarcarse para el archipiélago." Sobre este punto, un crítico holandés ha introducido una pequeña rectificación: en realidad, nuestro hombre se presenta a la oficina de reclutamiento de Harderwijk. en la costa meridional del Zuydersee, el 19 de mayo de 1876. Mediante una prima de trescientos florines, firma un compromiso de seis años, y¹²² desde allí es conducido, junto con todo el destacamento, al puerto del

Helder, donde es embarcado a bordo del paquebote Prins van Oranje. El barco levanta velas el 10 de junio.

Nada sabemos del viaje ni de sus escalas. Ni una palabra de Bombay o Colombo. El mar de la India le parece, sin duda, menos hermoso que el del Barco ebrio:

J'ai vu des archipels sidéraux! et des îles
Dont les cieux délirants sont ouverts au vogueur!⁷⁸

La travesía duró seis semanas, y el 23 de julio el navío echó anclas en el puerto de Batavia.

Día tórrido. En el muelle de Tandjok Priok, los largos y desagradables edificios, docks, depósitos, aduanas, resguardos, dan la impresión de desperezarse bajo el sol ardiente. ¡Tremenda decepción! ¿Cómo? ¿Ésta es la milagrosa y perfumada isla de los viejos sueños? Una banal ciudad holandesa asentada, así como aquélla, en un lodazal, con sus calles rectilíneas, negocios sabiamente colocados unos junto a otros, canales sombríos y sucios. Apenas descubre, aventurándose en el kampong chino, unas pocas casas de hermosas puertas rojas, tres o cuatro viejas moradas de techos encorvados como acentos circunflejos, con fantásticos animales y balcones de laca.

Felizmente, alrededor de la ciudad, triunfa la flora encantadora. Cocoteros, bananeros, bambúes, arecas, palmeras de agua con sus hojas pennadas, "parisiums" de flores doradas pálidas, "llamaradas" de rojas sombrillas, éstos son los

⁷⁸ ¡He visto siderales archipiélagos, e islas
Cuyos cielos delirantes se abren al remero!

árboles de sus sueños. Sí, pero también aquí están, al extremo de la avenida arbolada de waringins, el geométrico cuartel fétido. Despreciativamente se contempla, con su uniforme de paño azul con ribetes amarillos. No, en verdad no valía la pena haber escapado al servicio de Francia para venir a terminar aquí. Una ojeada a la vestimenta, una ojeada a las armas y con la bolsa al hombro, en marcha hacia el matorral. El recluta voluntario es destacado al primer batallón de infantería, acantonado en las barracas de Salatiga, en el corazón mismo de Java, en las laderas del Merbaboe, a 6001 metros de altitud.

En aquel momento toma forma su intención: desertar. Ya ha logrado su finalidad. Quería estar en Oriente, y el Oriente lo ha decepcionado. La disciplina lo ahoga. Odia a estos suboficiales holandeses, estos torpes regordetes vanidosos que maltratan a los indígenas. ¡Cuánto más prefiere la compañía de los malayos de rostro chato y rudo, los javaneses esbeltos y musculosos de ovalado rostro mate, de dulce mirada temerosa! ¡Extraños seres humanos, tan atrayentes, tan impenetrables también, plenos de fuerza y agilidad, de inmovilidad y de misterio, mil veces superiores, a su entender, a los pesados autómatas del cuartel y de la escuela de tiro! Al cabo de tres semanas de ejercicios, de excavaciones, de desmontes y trabajos forzados, logra apartarse de las barracas de Salatiga, y desaparece en la selva el 15 de agosto de 1876. La venta de su ropa civil, que dejara en un paquete en la ropería, se realiza por intermedio del intendente, y produce un florín 81 céntimos.

¿Qué será de él ahora? ¿Andará, errabundo, por la planicie vecina al Dieng, rondando las ruinas hindúes y los templos milenarios? ¿Caminará cruzando los bosques de cocoteros, hacia las antiguas Ciudades Santas, la pirámide esculpida de Boroboeder circundada de bajorrelieves beduinos, hacia el santuario de Brambanan, con sus terrazas poligonas escoltadas por ciento sesenta pabellones sagrados? ¿O escala la turbulenta cadena de los volcanes? ¿Se aventura hacia el Papandajan, más allá de los cultivos de mandioca y de maíz, a través de las selvas gigantes y monstruosas? ¿Llegará hasta las escarpadas piedras calcinadas, veladas por las humaredas de las solfataras?

¿Pone su pie temerario sobre las costras movientes y agrietadas de los cráteres, sobre los lagartos venenosos y las fermentaciones pestilenciales? ¿Quién lo sabrá jamás? Es probable, en todo caso, que se refugiara durante algún tiempo en las espesuras de la montaña, los setos de helechos arborescentes y que volviera a descender hacia la costa, a los arrozales y los estanques cubiertos de nenúfares. para regresar a Batavia costeanado el mar de Java.

Paterne Berrichon se esfuerza en dar a su desertión un carácter heroico. "Se vio obligado -escribe- a fin de huir a la barbarie de la vindicta militar, de salvar a la horca y de esquivar a las miradas de la ocupación holandesa, a ocultarse en las temibles selvas vírgenes, donde los orangutanes debieron enseñarle los medios de vivir a resguardo de los tigres y de las sorpresas de la boa." No, no ha tenido tales vecinos ni ha recibido beneficio de tales camaraderías. En Java no hay orangutanes, y si los hay en Sumatra, está probado que Rim-

baud no estuvo allí. Por otra parte, el código militar holandés no lo amenazaba con la pena capital. Imaginémoslo, más bien, caminando pequeñas jornadas a lo largo de la costa, acercándose poco a poco a Batavia. Se deshizo de su uniforme y lo adivinamos mezclado entre la muchedumbre de los días de feria, entre los javaneses vestidos con sarong floreados, entre los sudaneses peinados al estilo chino, con la espalda encorvada bajo su carga de sacos de arroz o el peso de los niños. Deslizándose por entre los carros arrastrados por zebúes, de ruedas rechinantes y techos de estera, penetra en los arrabales de la ciudad y allí, con astucia indígena, logra llegar al puerto. Un velero inglés, portador de un cargamento de azúcar, se apresta a levar anclas: encuentra un empleo a bordo y vuelve a partir a Europa.

La tempête a béni mes éveils maritimes...
 L'eau verte pénètre ma coque de sapin
 Et dés taches de vins bleus et des vomissures
 Me lava, dispersant gouvernail et grappin.
 Et des lors je me suis baigné dans le poème
 De la mer, infusé d'astres et lactescent,
 Dévorant les azurs verts ouï, flottaison bleme
 Et ravie, un noyé pensif, parfois, descend.⁷⁹

⁷⁹ La tempestad bendice mi despertar marino
 El agua verde penetra en mi cáscara de pino
 Y me lava de vómitos y de manchas de vino,
 Quebrando el ancla y arrasando el timón.
 Desde entonces me baña el poema del
 Lactescente, infundido de astros, y a veces,
 Devorando el ámbito azul y verde, se ve bajar
 Un ahogado pálido de gesto pensativo.

El navío inglés conoció la suerte del Barco ebrio. En el curso de esta travesía -escribe Paterne Berrichon- la tempestad se descargó en dos ocasiones espantosamente sobre el barco, que, con las velas destrozadas y los mástiles rotos, pudo salvarse merced al sacrificio de su cargamento. Desamparado de este modo, navegaba lenta y pesadamente. Doblado el Cabo de Buena Esperanza, llegan frente a Santa Elena. Nuestro desertor quiere desembarcar allí. El capitán se opone. Entonces, aunque apenas sabe nadar, Rimbaud se lanza al mar a fin de ganar la isla, que le recuerda la cautividad de Napoleón. Fue necesario que un marino se lanzase tras él, para agarrarlo a viva fuerza y obligarlo a reembarcarse.

Se ha sospechado de la autenticidad de la aventura. El antimilitarismo de Rimbaud concuerda bastante mal con este gesto de apasionada admiración por el Emperador. Ni el autor de Rabias del César, ni el desertor de Java, son capaces, a primera vista, de tal fanatismo. Pero, después de todo, Rimbaud es capaz de las más imprevisibles reacciones y su curiosidad endemoniada puede explicar muy bien esta versatilidad. Bourguignon, Houin y Louis Pierquin relatan de la misma manera esta historia, y sus testimonios son igualmente fieles y prudentes. Sin duda, Verlaine la conoció por intermedio de Ernest Delahaye: estalla en carcajadas al enterarse de las proezas del aventurero, de sus sueños de traficante y, parodiando su pronunciación, exclama con acento burlón:

J'ai promené ma gueule infecte au Sénégal
Et vu Cinq-Helen' (zut a Badingue), un rud', noce.
Mais tout la n'est pas sérillieux: je réve d'un negoce...⁸⁰

Sea lo que fuere, el periplo de Rimbaud no concluye con su regreso a aguas europeas. Toca Liverpool, en barco costea Inglaterra, regresa por los puertos holandeses, desciende hasta Burdeos, de donde parte, a pie, hasta las Ardenas. Llega a Charleville el día de San Silvestre, el 31 de diciembre de 1876.

Así concluye, en medio de la nieve y la bruma de las Ardenas, este prodigioso año; su primavera lo vio en los polderes florecidos de Holanda, y el verano en las playas de las islas tropicales. Eterno movimiento, eterna inspiración, eterno desencanto...

En cuanto llegan los primeros días agradables de 1877, ya no puede quedarse allí donde está. El Extremo Oriente lo decepcionó, pero ahora es Asia Menor, Arabia, Persia, los que le tientan. ¿Cómo podrá hacer para llegar al Bósforo, a las puertas doradas de Asia? Con el pretexto de completar sus conocimientos del alemán, suplica a su madre que lo deje partir para Austria, y extorsionándola, consigue que le entregue el monto de un boleto para Viena. Desde allí pasará al Danubio, procurará llegar a Varna y al mar Negro.

De tal manera, ya lo encontramos en la ciudad imperial, en abril de 1877. En cuanto llega, toma un coche y agasaja al

⁸⁰ Paseé mi infame facha por el Senegal
Y vi Cinq-Helen' (mierda para Badingue), linda boda.
Pero todo esto es broma: sueño con un negocio...

cochero. Este intercambiando atenciones, le presenta amigos, dos o tres individuos .dudosos que se las componen para robarle su sobretodo y su billetera. Rimbaud queda así en la calle, sin ningún recurso. Puede vérselo en las terrazas del café del Rin, rondando la iglesia San Esteban, entre vendedores ambulantes y mendigos, tal como lo hiciera antes en la calle de Rívoli, vendiendo llaveros o cordones para zapatos. No hay que extrañarse, pues, si con un motivo fútil e ignorado, tiene un altercado con un policía. Injurias, bravuconadas, corrillos, riñas, golees y heridas. Detenido, es expulsado por indeseable. ¡Adiós, bello Danubio, que huyes hacia el Levante! ¡No ha llegado aún el momento en que el vagabundo podrá seguir tu curso!

La policía austríaca lo conduce a la frontera bávara, donde, en virtud de una orden del servicio de seguridad alemán, es llevado nuevamente, bajo custodia, a la frontera lorena. Pasando por Montmédy. llega a las Ardenas. Su segunda tentativa para llegar a Oriente fracasa.

Entonces vuelve a salir a pie, siempre a pie. hacia Holanda, llega a Hamburgo, desde donde tiene esperanzas de poder embarcarse. Pero se encuentra con el Barnum de aquel entonces. el célebre cirro Loisset. que, para los países del Norte, necesita un intérprete y un charlatán para atraer gente. Se somete a esto: a condición de deambular, cualquier cosa es buena, y él está siempre pronto. Con aquel conjunto peregrino recorre las ferias de Dinamarca y Suecia. Solicita al cónsul de Francia en Estocolmo que lo repatrie, y regresa a Charleville en el siguiente mes de setiembre.

Pero lo persigue una idea fija: ¡Oriente! ¡Oriente! Vuelve a salir para Marsella, donde tras de haber ganado algún dinero, trabajando como cargador, se embarca hacia Alejandría. En los primeros días de mar, se enferma, y lo desembarcan en Civita-Vecchia. Diagnóstico textual del médico: fiebre gástrica, inflamación de las paredes del estómago causada por el roce de las costillas contra el abdomen, consecuencia de las excesivas marchas. (Verlaine tiene realmente razón al llamarle "el hombre con suelas de viento".) Ya curado, visita Roma y regresa para invernar en Charleville.

La tregua sólo dura algunos meses, pues sigue siendo presa de su obsesión. La primavera del año 1878 lo encuentra en Hamburgo, allí busca trabajo en una casa de productos coloniales y, en el otoño siguiente, ya terminada la cosecha en Roche, desciende por pequeñas etapas hasta el Mediterráneo: el alma siempre perseguida por el fantasma del Oriente.

CAPÍTULO III

EN LAS CANTERAS DE CHIPRE

Lo que ocurrió durante sus andanzas, desde los Vosgos hasta Génova, lo sabemos por una larga carta fechada el 17 de noviembre de 1878, uno de los pocos documentos que existen referentes a este período de transición, período de tanteos y de tentativas abortadas, transición de la vida literaria a la vida comercial, de la bohemia al negocio. Carta sin rebuscamientos, pero con esas sorprendentes negligencias de sus cartas africanas, abundante descripción que contrasta con la sequedad de los epítetos vulgares dirigidos a su familia. Pareciera que se concede un momento de reposo, que toma aire, que respira un poco antes de lanzarse, en cuerpo y alma, a la lucha por la vida y el dinero. Más adelante desdenará el relato de sus viajes y la evocación de sus aventuras, no describirá ni Aden y sus ardientes rocas, ni Harrar y sus elevadas planicies de hierbas, pero aquí narra minuciosamente sus proezas alpestrés y la travesía del Gotardo.

"La ruta, que sólo tiene seis metros de ancho, por la derecha, está cubierta en toda su extensión por la nieve, que ha caído hasta dos metros de altura. la que, de tanto en tanto, se

abre, cruzando el camino en una barra de un metro de altura, y hay que atravesarla bajo una tormenta atroz de granizo. Así es: ya ni una sombra, ni arriba ni abajo, ni en derredor, a pesar de estar circundados por objetos enormes. no más ruta, ni precipicio, ni garganta, ni cielo; sólo la blancura para pensar, para tocar, para ver o no ver, pues es imposible levantar los ojos por la ofuscate blancura, y uno cree estar en el centro mismo del sendero, imposible levantar la nariz ante una brisa tan fustigaste, las pestañas y el bigote son estalac-titas, las orejas rasgadas, el cuello hinchado! Sin la sombra de sí mismo, y sin los postes de telégrafo que siguen por la ruta supuesta, uno pudiera sentirse tan molesto como un gorrión en el horno.

"Y ahora hay que abrirse paso a través de más de un metro de alto en un kilómetro de largo. Hace rato que no pueden verse las propias rodillas. Es enardecedor. Jadeantes -ya que en media hora la tormenta puede sepultarnos sin mayor esfuerzo-, nos infundimos valor con gritos. (Nunca se sube solo, siempre en pelotón.) Finalmente, hallamos una taberna: allí pagamos por un vaso de agua salada 1,50 francos. ¡En marcha! Pero el viento se encarniza y la ruta se cubre a ojos vistas. Encontramos un convoy de trineos, un caballo caído, sepultado a medias. Pero la ruta se pierde. ¿De qué lado de los postes será? (Sólo hay postes de un lado.) Nos desviamos y nos sumergimos hasta el pecho, hasta el hombro.

"Detrás de una trinchera, una sombra pálida: es el hospicio del Gotardo, establecimiento civil y hospitalario, fea construcción de pinos y piedras. Tocamos la campanilla, y

nos recibe un joven bizco. Subimos a un salón bajo y sucio, donde nos agasajan, obligadamente, con pan y queso, sopa y un trago. Vemos los grandes y hermosos perros amarillos de conocida historia. Pronto llegan, medio muertos, los retrasados en la montaña. Por la noche, somos unos treinta hombres que se distribuyen, después de la sopa, sobre duros jerjones y bajo frazadas insuficientes. Por la noche, se oye a los huéspedes exhalar en cánticos sagrados el placer de robar otro día más a los gobiernos que subvencionan su refugio.

"Por la mañana, después del pan, queso y un trago reforzados por esta hospitalidad gratuita que puede prolongarse cuanto se desee, salimos. Por la mañana, con el sol, la montaña es maravillosa: ya no hay viento, todo es descenso por senderos, con saltos, caídas kilométricas, que nos conducen a Airolo, del lado opuesto al túnel, donde la ruta vuelve a tomar su carácter alpestre, circular y atascado, pero en descenso. Es Tessin."

Y especialmente, es el sol. Rimbaud rápidamente se apresura hacia Bellinzona y Lugano. Allí toma el tren y vuela, por Cosme y Milán, hacia la costa liguria.

No poseemos ningún detalle acerca del trayecto, ni sobre su estadía en Génova. Se embarca el 19 de noviembre para Alejandría, adonde llega a fin de mes.

"Próximamente tendré un empleo -le escribe desde Egipto a su madre-, y ya trabajo lo suficiente como para vivir, modestamente, es cierto. O bien tendré ocupación en una gran explotación agrícola, a unas diez leguas de aquí, o bien ingresaré próximamente en la aduana anglo-egipcia, con un buen sueldo, o bien, y es lo más probable, creo que parti-

ré para Chipre, isla inglesa, como intérprete de un grupo de trabajadores. De todas maneras, me han prometido algo; y es con un ingeniero francés, hombre servicial y de talento, con quien estoy en tratos.”

Sólo que, para que lo contraten, le hace falta un certificado de buena conducta y costumbres, debidamente legalizado por la alcaldía de su pueblo, y le pide a su madre que lo extienda, atestiguando "que acaba (sic) de trabajar en su propiedad, que ha abandonado Roche por su propia voluntad y que aquí, como en todas partes, se ha conducido con honrabilidad". Ahora tenemos a un Rimbaud bastante nuevo, que teme pasar por vago, que quiere ofrecer garantías, exhibir estampillados oficiales. ";especialmente el sello de la alcaldía, que es lo más necesario!" Han cambiado los tiempos desde aquel día en que se insultaba a los burgomaestres, jueces y policías. Por otra parte, es una mentirilla. Pero, ¡que su madre no lo traicione! Bien puede ser un poquitín su cómplice, ya que ahora es un hombre serio, reposado y decidido a ganarse duramente la vida. "Cuidado con decir que sólo permanecí poco tiempo en Roche, porque entonces comenzarían a averiguar y sería cosa de no acabar; Por otra parte, éste les hará creer a la gente de la compañía agrícola que soy capaz de dirigir trabajos.”

Después de permanecer unos quince días en Alejandría, se embarca para la isla de Chipre, donde se establece, el 16 de diciembre, como jefe de cantera, al servicio de una casa francesa (Casa Thial, Jean et Cie.), con un sueldo de 150 francos mensuales. Desde Larnaca, escribe el 15 de febrero de 1879:

"Los empresarios están en Larnaca, puerto principal de Chipre. Yo soy capataz en una cantera del desierto, a orillas del mar. También están abriendo un canal. Todavía debemos hacer el embarque de las piedras en los cinco barcos y el vapor de la compañía. Hay también un horno de cal, ladrillos, etc.

"Sólo hay aquí un caos de rocas, el río y el mar. Sólo hay una casa. No hay tierra, ni jardines, ni un árbol. En el verano, hace 80 grados de calor. Ahora, a menudo hace 50. Estamos en invierno. Algunas veces llueve. Nos alimentamos con aves de caza, pollos, etc. Todos los europeos se enfermaron, excepto yo. Hubo aquí, en el campo, unos veinticinco europeos. Los primeros llegaron el 9 de diciembre. Tres o cuatro murieron.

"Los obreros chipriotas viven en los pueblos de los alrededores; han sido empleados hasta sesenta por día. En cuanto a mí, debo dirigirlos; punteo las jornadas, dispongo del material; presento informes a la Compañía, controlo el alimento y todos los gastos, hago los pagos."

Hélo aquí convertido en algo así como un contraamaestre y jefe de equipo, con vivienda en una barraca a orillas del mar. Cocina él mismo sus alimentos, caza en la costa, pesca y se baña en el mar. ¿Acaso sabrá que a sólo diez leguas de allí, más allá de los campos de los botones de oro y de asfódelos, se yerguen, entre las palmeras, las torres góticas de Famagusto? Desde Larnaca, el trajinante puerto, adonde llega para enviar sus carros de piedras, la ruta va directamente a la Ciudad del silencio y del recuerdo. ¡Qué vista para un poeta, aunque esté decidido a no volver a escribir, esta vieja ciudad

de Francia, nacida hace largo tiempo en las deslumbrantes puertas de Asia, y ahora para siempre adormecida entre murallas feudales y parapetos venecianos! ¡Tentador llamado, ciertamente, éste que hubiese embriagado a José María de Hérédia, y que hechizó a Gabriel d'Annunzio! Rimbaud no lo percibió siquiera. ¡Qué le importan las piedras esculpidas, los capiteles sagrados derribados en medio de la hiedra y los rosales silvestres! ¡Qué le importa esta catedral abandonada como un gran relicario reposando en medio de las flores! ¿Por qué ha de impresionarlo esta melancolía espléndida? ¡El pasado, el pasado! Él le vuelve la espalda.

Está ocupado en la distribución de sus herramientas, y con el peso de las cargas de explosivos.

"Sigo siendo jefe de cantera -escribe el 24 de abril-; además, cargo y hago saltar y tallar las piedras. El calor es muy fuerte. Cosechamos las mieses. Las pulgas son un suplicio espantoso, de día y de noche. Además, están los mosquitos. En el desierto, hay que dormir a orillas del mar. He tenido algunos altercados con los obreros, y debí pedir armas."

En efecto, este populacho cosmopolita, que engloba a griegos, sirios, árabes, malteses y hasta un... pope, no siempre es dócil y manejable. Para lograr sus fines, Rimbaud debe maniobrar eternamente, recurrir tan pronto a las amenazas, tan pronto a la persuasión. Cierta día, algunos de estos metecos, excitados por el alcohol, saquean su casita y le roban la caja. Nuestro buen hombre está muy embarazado e incapacitado para efectuar el pago. Entonces, sin amilanarse, busca a los culpables, hace un llamado a sus conciencias y al honor,

habla de responsabilidad, del daño causado a los compañeros y, tras elocuentes y diplomáticas negociaciones, termina por arrancarles el dinero a los borrachos despabilados.

Es como para extrañarse de esta actitud de Rimbaud: ¡está tan poco de acuerdo con la idea forjada del Rimbaud legendario! Cierta día, pide un certificado de honorabilidad, y al día siguiente procura convencer, en nombre de la moral, a sórdidos aventureros. En ambos casos, sin duda es falsedad, cálculo, comedia, podríamos decir. Probablemente, pero quizá también sea hastío. Está harto de llevar, a través de su vida, sus desafíos a cuestas. La vida es estúpida, sorda, y no entiende nada, golpea ciegamente sin tener en cuenta al heroico soñador. Entonces, ¿acaso no es mejor resignarse, componérselas para recibir los menores golpes posibles, hacer los gestos convenidos, si para algo sirven éstos? La aventura de lo real exige, es cierto, ánimo, valentía, audacia, pero pide menos absolutismos, menos intransigencias que la aventura del ideal. Hay que controlar las fuerzas, asociarse al destino en un punto, a fin de impulsar sus ventajas más allá y hasta el final.

Asimismo, en la lucha por la vida, el espíritu más fuerte está desarmado frente a las traiciones del cuerpo. Y ahora se revelan los desfallecimientos de un organismo debilitado por los excesos al sufrir un clima malsano. Esta primavera chipriota es tórrida, agotadora; este sol, tanto tiempo buscado, reseca la garganta, irrita la vista, vacía el cerebro. Rimbaud muere de sed, en medio. de las canteras blancas, de la reverberación encandilaste de la costa. La sangre golpea sus sienes con zumbidos. Bebe agua salina y es presa de la fiebre.

Entonces se ve forzado a volver a Francia: desembarca en Marsella, en junio de 1879 y, en cuanto llega a Roche, está obligado a guardar cama con tifoidea. Pero se cura muy pronto, y trabaja en la chacra, ayuda a los suyos, que no teniendo ya arrendatarios, hacen rendir por sí mismos aquella propiedad, donde se instalarán definitivamente. Fue durante este período cuando lo visitó Ernest Delahaye.

"Vino personalmente -escribe- a abrir la puertita rústica a la que yo llamara, y de inmediato la amistad iluminó su rostro tenso por el perpetuo aburrimiento. Al comienzo sólo reconocí sus ojos -;tan extraordinariamente hermosos!-; el iris celeste claro, rodeado de un círculo color clemátide. Las mejillas, antaño redondas, ahora eran huecas, angulosas, duras. Aquellas frescas carnes de niño inglés, que conservara largo tiempo, habían cedido lugar a una sombría piel de kabila, y sobre esta piel morena apuntaba, novedad que me alegró, una barba de un rubio leonino que bastante se había hecho desear... Otro signo de plena virilidad física. aquella voz perdida en un timbre nervioso, algo infantil que antes le conociera, era ahora grave, profunda e impregnada de tranquila energía. Por otra parte, muy apacible, trabajaba en la chacra dócilmente, entrojando la cosecha, con el tranquilo y metódico vigor de un muchachón que jamás hubiera realizado otro trabajo."

Por la noche, después de cenar, Ernest Delahaye se animó a preguntar si siempre pensaba en la literatura. "Ya no me ocupo de eso", contestó con fastidiada voz y tono despreciativo.

A1 día siguiente, los dos amigos realizaron un paseo por los alrededores. Mientras describía su vida y sus pesares en la isla de Chipre, Rimbaud manifestó su deseo de regresar allá. Las regiones templadas eran ya demasiado frías para él. Como Delahaye se extrañara al verlo estremecerse con las primeras brisas del otoño, le recordó las antiguas correrías en la nieve: "Ahora -dijo- ya no puedo hacerlo; mi temperamento se modifica. Necesito regiones cálidas, por lo menos la orilla del Mediterráneo".

Pero ya se acerca el invierno. Lo castiga el viento de Argonne, tiembla ante las brumas del valle del Aisne, se pasa horas enteras, friolento, acurrucado en un rincón del establo, cerca de los corderos.

¡Paciencia, paciencia! La vida no es nada alegre en Roche; la madre es áspera y severa, como siempre, pero ¿acaso no se siente bien al calor en la caballeriza, junto a la yegua Condesa y el abuelo Miguel, aquel viejo sirviente luxemburgués que cuida los animales? Y esperando volver a partir para Chipre, y a fin de engañar su aburrimiento invernal, va de tanto en tanto "a dar una vueltitita" por Charleville.

Una noche -en vísperas de su partida-, uno de sus amigos, Ernest Millot, lo invita a pasar una velada con Louis Pierquin, en un cafecito de la plaza Ducal. Rimbaud aparece, hacia las ocho, reluciente con su traje flamante. (Se había comprado este traje a escondidas de su familia, rogándole al sastre que le hiciera llegar la factura a su madre.) Como Ernest Millot felicitara a Pierquin por haber comprado cierta cantidad de libros editados por Lemerre, apostrofó a este último: "Ése sí que es dinero perdido. Comprar libros y,

especialmente, libros como esos, es completamente idiota. Tienes un melón sobre los hombros que debe reemplazar todos los libros. Éstos, ordenados en los estantes, sólo pueden servir para ocultar la lepra de las viejas paredes". Durante el resto de la noche mantuvo una desacostumbrada alegría, desbordante, y, alrededor de las once, abandonó para siempre a sus amigos.

En efecto, en la primavera de 1880 se embarca con rumbo a Alejandría, desde donde se dirige a Chipre por segunda vez. Sobre esta nueva estadía no tenemos más informes que los que diera a su madre en una carta fechada en mayo. "No encontré trabajo en Egipto y partí para Chipre, hace ya un mes. Al llegar me encontré con que mis antiguos patronos 135 habían quebrado. Sin embargo, al cabo de una semana encontré el empleo que ocupo actualmente. Soy capataz del palacio que se está construyendo para el gobernador general, en la cima de Troodos, la montaña más alta de Chipre (2.100' metros).

"Hasta ahora estuve solo con el ingeniero, en una de las dos barracas de madera que forman el campamento. Ayer llegaron unos cincuenta obreros, y la obra marchará. Soy el único capataz; hasta este momento, sólo tengo 200 francos por mes. Me pagaron hace quince días, pero tengo muchos gastos. Debo viajar siempre a caballo, pues los transportes son tremendamente difíciles, los pueblos están muy alejados y la alimentación es muy cara. Por otra parte, mientras que todavía hace mucho calor en la llanura, en la altura en que nos encontramos, hace y hará aún durante un mes, un frío muy desagradable: llueve, graniza, hay un viento que todo lo

derrumba. Fue necesario que comprara un colchón, frazadas, un sobretodo, botas, etc.”

Decididamente, esta isla de Chipre es inhóspita para él. El año precedente, en la costa o en las canteras de la planicie, sufría por los calores agobiantes; ahora está transido en la montaña, en medio de los pinos y los helechos. "No me siento bien, tengo palpitaciones que me molestan mucho. Pero lo mejor es que ni lo piense." Lo esencial, es encontrar trabajo y "conquistarse un buen certificado", que le permita desenvolviere más adelante.

Desgraciadamente, la administración inglesa no lo ocupa en las canteras del monte Troodos hasta mediados de junio, y pronto se ve obligado a recoger su bolsa y su bastón y conchabarse en "una empresa de piedras y cal". Pero aún entonces, las cosas no se encaminan; no se entiende con el ingeniero. disputa con el pagador y, finalmente, decide abandonar Chipre para ir a Egipto.

Por primera vez en su vida, sin duda, lleva consigo una pequeña suma: 400 francos de economías.

CAPÍTULO IV DE UNA A OTRA ORILLA DEL MAR ROJO

"Busqué trabajo en todos los puertos del mar Rojo, en Djeddah, en Souakim, en Massaouah, en Hodeidah, etcétera. Llegué aquí después de haber buscado algo que hacer en Abisinia." Así es cómo Rimbaud anuncia a su madre, en una carta fechada el 7 de agosto de 1880, su llegada a Aden.

¿Se quedará allí? ¿Cómo es posible que permanezca en lugar alguno? Siempre es presa de su enfermiza inestabilidad: "Cuando reúna unos centenares de francos, partiré para Zanzíbar".

Pero no podría guardársele rencor. ¿Puede imaginarse una estada menos acogedora? Aden... ¡en el mes de agosto! ¡Aden bajo la canícula! El áspero decorado se revela en un magnífico horror. Las montañas negras levantan por todas partes sus perfiles de hierro. Es un paisaje mineral. "Ningún árbol, ni siquiera desecado -escribirá-, ni una ramita de hierba, ninguna parcela de tierra, ni una gota de agua dulce. Aden es un cráter volcánico apagado y lleno, hasta el fondo, de arena del mar. En consecuencia, sólo se tocan o se ven, absoluta y únicamente lavas. Las paredes del cráter impiden

que el aire llegue, y nos asamos en este agujero como en un horno de cal. ¡Hay que ser realmente víctima de la fatalidad para emplearse en semejante infierno!" Bien, existen, allá arriba, en la profundidad del anfiteatro, a la derecha de la torre del Silencio, las grandes cisternas milenarias cavadas por un pueblo desconocido: se escalonan en cuencas ciclópeas y suben por la montaña, como si pretendieran acercarse al cielo, espiar las nubes milagrosas. Pero en vano; siguen esperando eternamente la tormenta que no llega. Todo arde. Ni un soplo de frescura atraviesa el ambiente tórrido y sofocante. En el límite de las crestas metálicas, los cañones ingleses están disimulados por la incandescencia inmóvil y siniestra. El cerebro, alucinado, sólo recoge imágenes de fuego; se comprende que los árabes hayan ubicado aquí, en la isla de Syra, la humeante boca del Infierno. Un agotamiento dantesco pesa sobre el alma acorralada: sólo un poeta maldito puede vivir aquí.

¡Ah!, el poeta ha muerto; ya sólo existe frente a nosotros un empleadito, un comprador de la casa Viannay, Mazeran, Bardey y Cía. "Ahora estoy muy al tanto del comercio del café. Tengo la total confianza del patrón. Pero estoy muy mal pagado. No percibo más que cinco francos diarios, más la casa, comida, lavado, etc., además del caballo y el coche, lo cual, en suma, representa una docena de francos diarios." Imaginémoslo, en una de estas construcciones bajas que se extienden junto al puerto, en medio de bolsas de café y cargadores árabes. Todo pasa por sus manos, según dice, y es "el único empleado un poco inteligente, en Aden". Pero, en su escritorio, da vueltas como si fuese una jaula, escritorio

muy ventilado, donde la temperatura constante es de 40 grados. Se siente prisionero. Felizmente, uno de sus patrones, Bardey, lo aprecia, cree que es desenvuelto y lo envía a tierra africana para comprar café en el lugar de origen. Ahora está destacado en la factoría que la casa ha creado recientemente en Harrar; el gran mercado sudetíope.⁸¹ En las cartas a su familia, Rimbaud es muy sobrio en detalles. "Llegué a este país -escribe el 13 de diciembre de 1880- después de veinte días de cabalgata a través del desierto de Somalí." Eso es todo. Pero es fácil seguirlo por la incierta pista de las primeras caravanas que aquí dirigieran los europeos. En esta época, Etiopía estaba aún aislada, las montañas de Choa y sus contrafuertes de Harrar aún no poseían el ferrocarril que las une con la costa. Djibouti no existía.

Se aventuraba un débil tráfico, desde el pequeño puerto de Zeilah hasta las mesetas del interior, en medio de los peligros y de las sorpresas del desierto. Sin duda, Rimbaud acompañó una caravana que subía. Primeramente fueron las chozas de paja de la costa, la inmensa extensión sombría, la tierra ocre con sus piedras volcánicas y esos grandes matorrales espinosos de mimosas, de donde surge, desnudo, con el escudo sujeto al codo, empuñando la lanza, el guerrero somalí. Luego fue el oasis de Bih-Kaboba, el descanso de las tropas, desconocidos árboles envueltos en pesadas lianas y las hojas grasientas, cerca del lecho arenoso del torrente, que guarda el rastro de las panteras. Y a menudo era una partida

⁸¹ Rimbaud es el tercer francés que penetró hasta Harrar. Su patrón Bardey le precedió en agosto de 1880, dejando allí un delegado, a quien sucedió Rimbaud.

en medio de la noche, montados en caballitos abisinios, que disparan como flechas, y que saben evitar las sombras inquietantes. Finalmente, al cabo de quince días de marcha en este desierto moteado de matorrales acerados y salpicado de cactus como piel de leopardo, después de toda esta monotonía espléndida y desolada, una lenta ascensión por Harrar.

Aquí están las florecidas acacias, las begonias arborescentes, el abanico de los helechos que se balancean al pie de los sicomoros gigantes, que cobijan en las cavernas de sus raíces, cebras y hombres de las caravanas. La pendiente se acentúa, los caballos ceden paso a las mulas, y allá arriba se ve el euforbio, que se eleva como un lampadario indicando la ruta de las mesetas altas. Al volver la cabeza, el desierto Somalí desaparece en la bruma de la noche. Hemos abandonado el imperio peligroso de los nómades. Aquí, a cerca de 3.000 metros de altura, estamos entre pastores. Los cebúes sueñan, en medio de la hierba sumergidos hasta la papada, y la mujer gala sale de la chacra llevando a la manera antigua, recto sobré la cabeza, como si fuese un ánfora, el alto cántaro de leche.

¡Ah!, esta ruta de la costa de Harrar, muchas veces ha de hacerla Rimbaud durante el curso de estos seis años, durante los cuales permanecerá contratado por la casa de Aden. Irá y vendrá sucesivamente de una costa a la otra del mar Rojo, y de ella también se hartará, como de todo lo demás, pero ahora lo impresiona el contraste, y se baña voluptuosamente en el pulular vegetal de estas montañas. Y cuando, llegando por el Norte, desemboca en la cresta que domina Harrar, una rápida alegría pasa por sus ojos sorprendidos. Ya no es

la sequía de Aden, el horizonte chato y continuo de los depósitos y de los cuarteles británicos, alineados a lo largo de la costa, aplastados por un cielo plomizo contra las rocas de lava. Aquí hay una gran ciudad árabe, junto al contrafuerte, que se extiende en medio de jardines. Se redondea en el pilar verdoso, como el cóncavo cristal de un reloj, engastada por un cinturón de murallas y puertas almenadas. La masa sombría de las alturas circunscribe el torbellino rojo y fuego de sus mil casas de piedra seca. Pareciera que estas casas de terrazas, agrupadas como alvéolos de un panal, están animadas por un movimiento giratorio alrededor de la plaza y de la mezquita. Sólo, en medio del desorden circular, emergen los minaretes de un blanco crudo, y se destacan las amplias torres cuadradas sobre un cielo azul.

La caravana se detiene en la Puerta del Turco. Es una entrada feudal, a cuyo costado se extienden las pequeñas torres en bastión. Un destacamento egipcio monta guardia. La multitud de los lugareños afluye lanzando gritos. Rimbaud es acogido por el delegado de la casa Aden, un antiguo suboficial de cazadores, que le transmite las consignas, lo instala y lo pone en posesión de la agencia sita en aquel lugar. Debuta con 330 francos mensuales, y Bardey le promete un porcentaje sobre los beneficios.

A1 comienzo, los negocios le ocupan todo el tiempo. Con su prodigioso poder de asimilación, aprende pronto el dialecto .harari. Compra café, nuez moscada, revende géneros y bujerías. Los días de feria, las mujeres gallas se reúnen en prolongados conciliábulos por las estrechas calles tortuosas. Sobre sus veladas cabezas traen madera, heno, cántaros

de leche o de agua, bolsas de café. ¿Qué hallarán para cambiar en la factoría de Rimbaud? Cuentas de vidrio y de porcelana, pañuelos de colores, percales estampados y aquellos espejos forrados de latón, tan halagadores para su pueril coquetería. Rimbaud se multiplica, recorre a caballo los alrededores, las plantaciones de cafetales.

Pero su demonio vuelve a capturarlo. ¿Se quedará mucho tiempo en esta ciudad amurallada? La guarnición egipcia - "un montón de perros y bandidos" - la ha convertido en "una cloaca". Allí se vive en medio de deyecciones y podredumbre. Tanta basura lo asquea. ¿Y si algún día siguiera - hasta el final - ese torrente que tantas veces costeara a caballo, a través del misterioso Ogaden, quizá...? ¿Irá hacia el cabo de Aromates? Lo observa en su huida hacia lo desconocido. ¿Adónde va? ¿Hacia qué tierras de sol y de perfumes? Por otra parte, aquí ya ha llegado el invierno, y tiembla con su traje de tela, que trajera de Aden. En las cartas a su madre se queja del frío y de las lluvias: "¿Y esas vestimentas de paño, encargadas a Lyon hace ya meses, y que tardan tanto?"

A partir del 15 de enero de 1881, un mes después de su llegada, la idea de la exploración se superpone en su mente, a la de los negocios. Antes de abandonar Aden, le había rogado a su familia que le enviaran tratados de metalurgia y de hidráulica, guías prácticas de oficios, tales como el libro de bolsillo del carpintero, el manual del carretero, el del curtidor, el del vidriero, el del ladrillero, el del alfarero, el "Perfecto cerrajero", etc. Esta vez pide un "Manual teórico-práctico del explorador". Sin duda, tiene trabajo, compra

café en buenas condiciones, marfil, oro, perfumes, incienso, almizcle y pieles. ¿Pero, deberá sacrificar su libertad a este mercantilismo, vivir siempre sin horizontes con esta soldadesca egipcia y este populacho abyecto? El 16 de abril le anuncia a su madre el paso de algunos misioneros: "Pudiera ser que yo los siguiese". El 4 de mayo le escribe: "Espero abandonar próximamente esta ciudad, para traficar en lo desconocido. A algunas jornadas de distancia, se encuentra un gran lago, es la región del marfil: trataré de llegar hasta allí". Estos proyectos no se llevan a cabo. El 25 de mayo, completamente descorazonado, se deshace en lamentos: "¡Ah! No siento ningún interés por la vida; estoy acostumbrado a vivir penando. Pero si estoy obligado a continuar en este cansancio, tal como ahora, y a nutrirme de penas tan vehementes como absurdas, bajo estos atroces climas, temo abreviar mi existir... Si pudiésemos gozar de algunos días de verdadero reposo en esta vida, y felizmente esta vida es una sola, y esto es evidente a todas luces, puesto que uno no puede imaginar otra vida con mayor aburrimiento que éste".

Esperando, vuelve a caer en su trabajo "absurdo y embrutecedor". Por lo menos, han de ayudarlo a que fructifique, este dinero tan rudamente ganado. Le envía 2.500 francos a su madre: "Que esto se coloque en buena y segura forma, a mi nombre. Que ello aporte regularmente beneficios". Ella le propone la compra de tierras, un "bien" como se dice en las Ardenas. Pero no, lo que él necesita es una reserva que se aumente paulatinamente y que algún día pueda tenerla a mano, a su regreso. ";Qué diablos! ¿Qué quieren que yo haga con bienes raíces?" Y llegan los meses de vera-

no, que rasan lentos y pesados para él. Sin embargo, "los cafetos están en flor y huelen deliciosamente bien". ;Oh, desvanecido poeta!

A comienzos del año siguiente, quiere romper sus cadenas y regresa a Aden para renunciar a su contrato. Piensa emprender una carería de elefantes, por la región de los grandes lagos que duermen, más al Sur, en el misterio de África. Se empeña en la formación v enseñanza de un equipo y le escribe a un armero de París (Gastinne-Reinette) pidiéndole catálogos. Pero lo que quiere, muy especialmente, es una obra para explorador. ¿Vuelve a los proyectos que hacía, siendo muy niño. en el colegio de Charleville, con su compañero de cuarto, el futuro colonial Paul Bourde? ¿Recuerda los relatos de los viajeros ingleses Speke y Crant, aquellos que emocionaran su afiebrada adolescencia? ¿No soñará con el descubrimiento que ahora ha de hacer de algún reinado negro retumbando de danzas y gritos. con una corte bárbara e ídolos monstruosos? Todo es posible. pero estos viejos proyectos se despojan, bajo su pluma. del romanticismo del tiempo pasado. Ya no habla sino de documentos y de instrumentos científicos. Encara directamente a Lyon un aparato fotográfico, rogándole a su madre que le haga llegar a su viejo amigo Ernest Delahaye la carta que sigue, fechada en Aden, el 18 de enero de 1882... "Estoy por componer (sic) una obra sobre Harrar y las gallas que he explorado, y pienso enviarlo a la Sociedad de Geografía. He permanecido un año en estas regiones. empleado en una casa de comercio francesa. He pedido recientemente un aparato fotográfico a Lyon, y esto me permitirá intercalar en la obra vistas de estas re-

giones extrañas. Me faltan instrumentos para la confección de mapas, y me propongo comprarlos. Poseo una cierta suma de dinero, que mi madre guarda en depósito, en Francia, y con ella haré estos gastos."

"Esto ea cuanto me hace falta y te agradecería infinitamente que me hicieras estas compras, con ayuda de algún experto, por ejemplo, de un profesor de matemáticas que conozcas, y has de dirigirte al mejor fabricante de París:

"1º un teodolito de viaje, de pequeñas dimensiones. Hacerlo regular con todo esmero y embalarlo cuidadosamente. El precio del teodolito es bastante elevado. Si cuesta más de 1.500 a 1.800 francos, dejar el teodolito y comprar los dos instrumentos siguientes

"Un buen sextante, una brújula de reconocimientos Cravet de nivel.

"2º Comprar una colección de mineralogía de 300 muestras. Esto se encuentra en los comercios.

"3º Un barómetro anerode de bolsillo.

"4º Un cordel de agrimensor, de lino.

"5º Una caja de matemáticas que comprenda: una regla, una escuadra, un transportador, un compás de reducción, un decímetro, un tiralíneas, etc.

"6º Papel de dibujo. Y los libros siguientes:

"Topografía y geodesia, por el comandante Salnauve (librería Dumaine, París) .

"Trigonometría, de los liceos superiores.

"Mineralogía, de los liceos superiores, o el mejor curso de la Escuela de Minas.

"Hidrografía, . el mejor curso que haya.

"Meteorología, por Marie Davy (Masson, librería).

"Química industrial, por Wagner (Savy, librería, calle Hautefeuille).

"Manual del viajante, por Zaltbrüner (en lo de Reinwald).

"Instrucciones para los viajeros preparadores (Librería del Museo de Historia Natural).

"El cielo, por Guillemin.

"Finalmente, el Anuario de la oficina de longitudes para 1882. "Haces la cuenta de todo, sumas tus gastos y te cobras de los fondos depositados en la señora Rimbaud, en Roche."

Pero hace todos los cálculos sin tener en cuenta la rutinaria rapacidad de su madre. ¡Un teodolito, un aparato fotográfico, qué dispendiosas locuras! Ella ha colocado por propia voluntad, en tierras, estos 2.500 francos de economías y se guarda para sí la carta destinada a Ernest Delahaye. ¡Ah! Ella ya conoce estas extravagancias. Bajo otra forma son los mismos caprichos devoradores de antaño. Antes, era una manía de escribí. y viajar. Ahora, es una pasión anormal por las ciencias. ¿Será entonces que su hijo jamás entrará en juicio? Felizmente allí está ella para poner freno a estos derroches. ¿Para qué ganar dinero si luego lo volatiliza en libros... que quizá nunca lleguen a su poder? Naturalmente que acaba de enviarle otros 1.000 francos, pero ese aparato fotográfico -¿no es una locura?- cuesta 1.800. No, ha llegado la hora de hablar fuerte y firmemente, una vez más...

Y Rimbaud recibe una carta llena de agrias reprimendas y de recriminaciones. ¿Así pues que su dinero se ha convertido en tierras, a pesar suyo, y debe renunciar a sus proyectos

científicos, a su obra de geografía, a sus sueños de explorador? ¡Vamos, vuelve a tu encadenamiento, arrastra ese plomo y observa tus pies, anda, camina siempre! Y el infeliz renueva su contrato. Ya ni siquiera tiene valor para protestar: el tono de sus cartas a Roche, es triste, suplicante. Escribe desde Aden, el 8 de diciembre de 1882:

"Lo que más me entristece, es que concluye su carta declarando que nunca más se mezclarán ustedes en mis asuntos. No es ésta la mejor manera de ayudar a un hombre que se encuentra a miles de leguas de su hogar, viajando en medio de poblaciones salvajes y que sólo tiene un corresponsal en su tierra. Prefiero pensar que modificarán ustedes esta intención tan poco caritativa. Si ya no puedo siquiera dirigirme a mi familia para mis pedidos, ¿a quién diablos me dirigirá? Últimamente le envié una lista de libros para que los manden aquí. ¡Le ruego, no mande mi pedido al diablo!"

A comienzos del año 1883, vuelve, en consecuencia, a Harrar. No le guarda rencor a su madre (¡ah! ¡cuánto ha cambiado!) y las primeras fotografías que toma son para ella: una lo muestra "de pie en una de las terrazas de la casa", la otra, de pie en un cafetal, la tercera "cruzado de brazos en un bananal". (¿Puede ser reconocido en aquella figura tan "trágica" que cierto día observara Claudel, en Roche, con tanta emoción y en la que viera a un Rimbaud "negro como un negro, la cabeza descubierta, descalzo", con un traje de condenado a trabajos forzados?)

Pero estalla la guerra entre Egipto y Abisinia. El comercio peligra. Harrar cierra su círculo, se retrae en sus murallas rojas. Sus terrazas están desiertas. La ciudad silenciosa monta

guardia y cierra sus puertas. Rimbaud -el gran solitario- sufre por la soledad. Es profundamente emocionante ver como desfallece este terrible orgulloso. Al comienzo pretendió hacer frente a la vida, ganarla, conquistarla. Ella fue más fuerte que él. Ahora sólo quiere llegar a un acuerdo con ella, y que le conceda el pan de cada día, y un rincón para descansar.

Aquel que se alzaba antaño contra la sociedad esgrimiendo un individualismo en rebelión, deplora no tener - ¡como los demás!- un hogar, una familia. Desde Harrar. escribe el 6 de mayo de 1883: "La soledad es cosa mala, y lamento no haberme casado y tener mi propia familia. Pero ahora estoy condenado a errar, atado a una empresa lejana, y día tras día, pierdo el gusto por el ambiente, las maneras de vivir y hasta la lengua de Europa.

"¡Ay! ¿Para qué sirven estas idas y venidas y estos canchales y estas aventuras entre gentes extrañas y estas lenguas que pueblan la memoria y estos pesares sin nombre, si no logro tener un día, dentro de algunos años, un lugar más o menos de mi agrado donde poder reposar, y una familia, y tener al menos un hijo y que pueda pasar el resto de mi vida educándolo a mi manera, ornándolo y armándolo con la instrucción más completa que legrarse pueda en estos tiempos, y que lo vea convertirse en un ingeniero de renombre, en un hombre poderoso y rico de sabiduría? ¿Pero quién puede saber cuánto durarán mis días, en medio de estas montañas? Y hasta puedo desaparecer en medio de estos pueblos, sin que la noticia llegue nunca a salir de aquí.

"Me hablan ustedes de novedades políticas. ¡Si supiesen cuán indiferentes me son! ;Hace ya más de dos años que no toco un diario! Todos estos debates me son incomprensibles, ahora. Tal como los musulmanes, sólo sé cuanto me ocurre, y nada más..."

Felizmente, este fatalismo no alcanza a adormecer su energía. Estas depresiones son en Rimbaud tan pasajeras como frecuentes. Las necesidades de la acción inmediata lo alejan de sus encierros y de sus lamentos. La exploración que quería intentar solo, sin intervención de la casa de Aden, es ésta quien lo animará a realizarla, y es con su autorización y su apoyo que afrontará al misterioso desierto.

CAPÍTULO V

EL EXPLORADOR

Si repasamos los boletines de la Sociedad Geográfica de los años 1880-1890, encontraremos a menudo, en los resúmenes de su secretario general, alusiones a los reconocimientos africanos de Bardey. Éste, en efecto, no sólo era un comerciante. Culto y de espíritu curioso, veía más allá de sus negocios y supo aprovechar, para el adelanto de la ciencia, la audacia y la tenacidad de Rimbaud. Desde su oficina de Aden lo estimulaba, y cuando había lugar, lo reconfortaba y lo sostenía.

Por otra parte, en una época en que los negocios vegetaban en Etiopía, y a consecuencia del conflicto entre Egipto y Abisinia, juzgó oportuno dar ocupación a su agente, y derivar su actividad hacia los desconocidos desiertos del Sud. El 24 de noviembre de 1883, escribía a la Sociedad de Geografía, de la cual era miembro: "El señor Rimbaud dirige todas nuestras expediciones del Somal y del país de Galla. La iniciativa de exploración del Wabi, en la tierra de Ogaden, le pertenece. Sin duda saben ustedes que en el curso de una exploración paralela, el señor Sacconi, explorador italiano,

araba de morir. El señor Sottiro, nuestro agente, fue retenido prisionero durante quince días, y sólo fue puesto en libertad después de los trámites de un Ogas, o gran jefe, a quien el señor Rimbaud envió desde Harrar para liberarlo".

En efecto, este año de 1883 -el tercero que Rimbaud pasaba fuera de Europa- fue señalado con audaces exploraciones. Fue el primer europeo que llegara desde Harrar hasta Bubassa, gran meseta que comienza a unos cincuenta kilómetros de la ciudad y permaneció allí más de quince días, estableciendo algunos comercios. Luego, animado por los resultados, prolongó sus reconocimientos hacia el sudeste, los extendió a lo largo de los torrentes que descienden de las montañas de Harrar y que desaparecen en dirección al océano Indico. Prosiguiendo el curso del río Erer, llegó hasta el río Ouabi o Wabi y penetró en el Ogaden.

Región de pastores, pero especialmente de nómadas y de guerreros, casi sin pueblos y sin rutas, desierto completamente desconocido por aquel entonces (en vano el alemán Hagenmacher se había esforzado por penetrarlo en 1875) y a decir verdad, era muy poco explorado desde entonces. Será necesario esperar unos quince años más, antes de que se aventuren algunos grandes señores europeos, aficionados a las empresas cinegéticas. De principescas cazas, el Ogaden ofrecerá maravillosos recursos y reservará sensacionales sorpresas. Ya en 1883, Rimbaud descubría, a orillas del Wabi, "todos los animales de los grandes ríos, elefantes, hipopótamos, cocodrilos". Esto sin contar "los animales salvajes más conocidos", es decir, "gacelas, antílopes, jirafas, rinocerontes, cuya piel sirve para la confección de escudos".

En cuanto a él, sus ambiciones eran más modestas y más científicas, y la lectura de su breve informe a la Sociedad de Geografía impresiona por la sequedad voluntaria, la estricta precisión y la desnudez de su relato. El aventurero ha desaparecido: ahora habla el geógrafo.

"El aspecto general del Ogadin (sic) es la estepa de altas hierbas, con sus manchas de piedras; sus árboles, por lo menos los que hallaron nuestros exploradores en la parte que exploraron, son todos los del desierto somalí, mimosas, gomeros, etc. Sin embargo, en las proximidades de Wabi, la población es sedentaria y agrícola. Cultiva, casi exclusivamente "dourah" y también emplea esclavos originarios de los Arousis y otros gallas de más allá del río...

"Los ogadines, por lo menos los que hemos visto, son de gran estatura, generalmente más rojos que negros, llevan la cabeza descubierta y los cabellos cortos, se envuelven en ropas bastante limpias, llevan al hombro la "sigada", el sable en la cintura así como la cantimplora de las abluciones, en la mano un bastón, una lanza grande y una pequeña, y calzan sandalias.

"Se ocupan diariamente en agruparse bajo los árboles, en cuclillas, a cierta distancia del campamento, y, con las armas en las manos, deliberan indefinidamente sobre los distintos intereses de sus ocupaciones pastoriles. Fuera ele estas reuniones y de las patrullas a caballo, durante los saqueos y razzias a los vecinos, permanecen inactivos. El cuidado de los animales, la confección de los utensilios domésticos, la construcción de las cabañas, el acondicionamiento de las caravanas que han de viajar quedan en manos

de las mujeres y de los niños. Los utensilios son los tarros de leche conocidos en el Somal, y las trenzas de los camellos montadas sobre palos forman las casas de los gacias (campamentos) pasajeros. Algunos herreros deambulan entre las tribus y fabrican hierros para lanzas y puñales... Los ogadines son musulmanes fanáticos. Cada campamento tiene su imán, el que canta los rezos en las horas debidas. En cada tribu se encuentran algunos wodads (letrados); éstos conocen el Corán y la escritura árabe v son poetas improvisadores.”

¿Poetas? ¿Y él? ¡Ah! lo es mucho menos que estos letrado del desierto. Ya no siente placer por los sueños y ¿de que tiempo dispone para ello" Está demasiado ocupado en equipar sus caravanas, en preparar cuanto intercambiará, en descubrir las tribus poseedoras de marfil. Su interés es muy distinto: estos salvajes -¿no es esto lo más importante? -han de venderle los colmillos de elefantes. "Les ogadines cazan a caballo: mientras unos quince jinetes entretienen por el frente v los flancos al elefante, otro cazador avezado corta las pantorrillas traseras del animal. También suelen emplear flechas envenenadas.”

Rimbaud escribió este informe el 10 de diciembre de 1883⁸² al regreso de su empleado, el griego Sottiro, que parece haber penetrado más profundamente que él en aquellas tierras. Este último llegó hasta Galdoa, punto que, según Bardey, no había sido aún sobrepasado en 1901, pero como lo indica la carta ya citada, del que casi no regresa. Los indí-

⁸² Este informe no pasó desapercibido y fue declarado en 1884 "de un gran valor, a pesar de su falta de detalles". por el geógrafo austriaco Philippe Paulitschke, quien continuó la exploración que Rimbaud realizara en el Ogaden en 1885 y 1886.

genas lo capturaron y amenazaron con matarlo, cuando Rimbaud envió en comisión a uno de sus amigos, el Ogas o "oughaz" de Malingour, el más poderoso jefe del Ogaen superior, quien obtuvo su liberación.

En consecuencia, la caravana regresó indemne a Harrar. Es fácil imaginar la alegría y el orgullo de Rimbaud cuando vio entrar a su compañero agotado, pero radiante. Tantos esfuerzos no habían sido inútiles. Por primera vez desde hacía largo tiempo, de sus saltos hacia lo desconocido, no regresaba con amarga y decepcionada sonrisa. Había penetrado profundamente en el desierto y había hallado algo más que un espejismo. Sus camellos traían marfil, pieles de rinoceronte y de cocodrilos. Él y su gente habían llegado más lejos que todos los europeos en estos senderos de aventuras.

La Sociedad de Geografía le agradeció su informe el 1º de febrero de 1884, y "deseando reunir en álbumes los retratos de las personas que se han hecho conocer en las ciencias geográficas y en los viajes", le solicitó su fotografía, "el lugar y la fecha de su nacimiento, el enunciado sucinto de sus trabajos"

¿Sus trabajos? Nada tiene para citar. A lo sumo pudiera enumerar, suponiendo que aún los recuerde, los títulos de sus antiguos poemas. ¡Amargo llamado del pasado, ironía del destino! París ha olvidado al autor del Barco ebrio. ¿Se interesaría ahora por el explorador?

Rimbaud no respondió.

Por otra parte, en aquel mismo momento, su carrera de explorador se deshace. Tras algunos malos negocio, la casa

de Aden se ve forzada a liquidar. La agencia de Harrar es liquidada y Rimbaud llamado.

Una vez más inicia el camino hacia la costa. No sin melancolía y a despecho de las impacencias y preocupaciones que le trae su oficio, abandona los perfumados cafetales, las hormigueantes y coloridas callejuelas, la gran casa chata, donde las pieles de antilopes, las plumas de avestruz, los colmillos de elefantes se amontonaban, entreverados con bujerías italianas y sedas de Lyon. Se despide de los torrentes viajeros e inasibles que descienden hacia el Ogaden, hacia las pedrerías y las arenas. Se terminaron las cabalgatas a través de las estepas doradas; las cazas a orillas del Wabi poblado de hipopótamos; los "kalams", los conciliábulos y las negociaciones sin fin con los somalíes ladronzuelos a la sombra de los gomeros. Ahora es el regreso a la hornacina y el incierto porvenir.

En la ruta de Zeilah, lleva en su cinto 16.000 francos de oro, y por la noche, en su tienda, tendido sobre los cueros de cabra, con la carabina al alcance de la mano, se sobresalta al menor ruido, por el paso de los camelleros en la sombra, por el rozar de las matas de mimosas. Finalmente llega a Aden, errabundo por los ardientes muelles, vagando por los depósitos, sin empleo. "¡Qué desoladora existencia -exclama- llevo en estos climas absurdos y en estas insensatas condiciones! ¡Qué aburrimiento! ¡Qué vida estúpida! ¿Qué hago aquí, yo? ¿Y qué podré buscar en otra parte?"

Finalmente, en junio de 1884, después de la liquidación de la sociedad, Bardey vuelve a tomar los negocios por su cuenta y llama a Rimbaud ofreciéndole trabajo. Desampara-

do, nervioso, éste se ha hecho, mientras tanto de un hogar provisorio. El autor de Pequeñas enamoradas (; alégrate, oh, Baudelaire!) vive maritalmente con una abisinia:

Cheveux bleus, pavillon de ténébres tendues,
Je m'enivre ardemment des senteurs confondues
De 1'huile de coco, du musc et du goudron...⁸³

¿La habrá traído desde Harrar? Quizá. De sus vidas en común sólo sabemos lo que nos dice la sirvienta de Bardey, Françoise Grisard, quien enseñaba costura a la africana.

"Es cierto -escribe- que yo iba casi todos los domingos a cenar a casa del señor Rimbaud: casi me extrañaba el que me autorizase ir a su casa. Creo que yo era la única europea que él recibía. Conversaba muy poco; me parecía muy bueno para con la mujer. Quería darle instrucción; me parecía que deseaba enviarla por algún tiempo con las Hermanas, en la misión, a lo del padre Francisco, y que quería casarse porque quería ir a Abisinia y que sólo regresaría a Francia cuando hubiese ganado una muy gran fortuna, de lo contrario nunca volvería. Escribía mucho; me decía que preparaba hermosas obras.⁸⁴ No recuerdo quién me dijo que todos sus; libros y papeles los había dejado en depósito en lo del padre Francisco; he de decir que desde hace varios años la memoria me falla bastante. En cuanto a esta mujer, era muy dulce, pero

⁸³ Cabellos azulados, pabellón. de tinieblas.

Dejad que aspire el olor confundido

Del aceite de coco, del almizcle y de brea. . . (La negra cabellera).

⁸⁴ Aparentemente, informes para la Sociedad de Geografía o relatos de viajes.

hablaba tan poco francés que casi no podíamos conversar. Era alta y delgada; un rostro bastante bonito, sus rasgos eran regulares; no era demasiado negra. No conozco la raza abisinia; en mi opinión tenía una fisonomía completamente europea. Era católica. Ya no recuerdo su nombre. Durante cierto tiempo tuvo con ella a su hermana. Sólo salía de noche, con el señor Rimbaud; se vestía a la moda europea, y el arreglo de la casa era completamente europeo. Le gustaba mucho fumar cigarrillos.”

Es aproximadamente por estos tiempos, cuando la señora Rimbaud apura a su hijo para que regrese a Francia. Pero él resiste. "En Francia, sólo sería un extraño y no encontraría ninguna ocupación", escribe en una época en que los simbolistas -¡ironías del Destino!- ya comienzan a hacer ruido alrededor de su obra. Además, readaptarse a la vida europea le parecía imposible. Se había desarraigado y, tal como se ha dicho desde entonces, descivilizado. Además, volver a tomar el ritmo de la vida campesina de Roche, en aquellas Ardenas sombrías y grises, ¡era como para morirse de frío y de aburrimiento! Le contesta a su madre el 15 de enero de 1885:

"...Si tuviese los medios de viajar sin verme forzado a permanecer en un mismo lugar para trabajar y ganarme la vida, no me verían dos meses en idéntico sitio. El mundo, está lleno de magníficas regiones que la vida de mil hombres reunidos no lograrían visitar. Pero por otra parte no quisiera vagar miserablemente. Quisiera tener unos millares de francos de renta y poder pasar el año en dos o tres regiones distintas, viviendo modestamente y preocupándome de manera

inteligente en algunos trabajos interesantes. Vivir continuamente en el mismo lugar, me parece que eso sería muy desgraciado.”

Esta inestabilidad crónica, esta perpetua necesidad de cambio y renovación, esta enfermiza versatilidad que no logra fijarse nunca y que ha sido llamada paranoia deambulante, explican el hastío, el horror que experimenta muy rápidamente por su vida en Aden. Su vida secreta (no me animo a calificarlo de felicidad doméstica) también agoniza en esta prisión tórrida. No le basta con haber encontrado un apaciguamiento a sus sentidos en una fórmula improvisada que quizá le parezca un poco humillante. Detrás de los mostradores, en medio de los cajones y de las bolsas de los depósitos, „su libertad no yace, también ella, sujeta, atada, ahogada? Está asqueado de este vivir de bolichero y de revendedor, de sus días mezquinos y monótonos. ¡Tristeza de mercachifle, vida costosa, privaciones! ¡vaya una vida! "Todo es muy caro. Sólo bebo agua, y necesito para ello 15 francos por mes. Nunca fumo y me visto con arpilleras y algodones . . . No se recibe diario alguno y no hay ninguna biblioteca. En cuanto a europeos, sólo hay algunos empleados de comercio idiotas que se comen el sueldo en el billar y abandonan de inmediato el lugar maldiciéndolo." ¡Ay, sí pudiese huir, partir para la India, al Tonkin, al canal de Panamá! ¡Por favor, un poco de fresco, un poco de horizonte, un poco de altura!

La voz de las altas mesetas lo llama. Los paisajes pastoriles o salvajes cruzan su mente enardecida. En las noches de insomnio se levanta como un espejismo, el horizonte inmen-

so de Ogaden; las montañas abisinias se dibujan en una bruma violácea, y allá en la profundidad de su visión pasa la marcha polvorienta de las caravanas.

CAPÍTULO VI

LA CARAVANA EN TIERRAS DE MENELICK

"Abandoné mi empleo de Aden después de una violenta discusión con esos inmundos guarangos que pretenden embrutecerme para siempre... He de recibir un millar de fusiles de Europa. Formaré una caravana y llevaré esta mercadería a Menelick, rey del Choa." Con estos términos decididos, Rimbaud anuncia, el 22 de octubre de 1885, su partida hacia la costa africana.

Al comienzo está pleno de optimismo y confianza. "Me siento feliz, escribe el 18 de noviembre, al abandonar este horrible pozo de Aden, donde tanto he penado. Es cierto que tendré que seguir un camino terrible. Desde Tadjourah hasta el Choa, hay unos cincuenta días de marcha a caballo en medio de ardientes desiertos. Pero en Abisinia, el clima es delicioso: no hace frío ni calor, la población es cristiana y hospitalaria. Se lleva una vida fácil. Es un lugar de reposo muy agradable para los que se embrutecieron durante años en las orillas incandescentes del mar Rojo." Le solicita a su madre que le haga enviar un diccionario de la lengua amhara, y va a instalarse en Tadjourah, anexo desde hace sólo un

año a la colonia francesa de Obock, a fin de formar y equipar en el lugar mismo, su caravana. Ha hecho cálculos sobre su negocio: todo se presenta bien y espera retirar 25 000 francos de su expedición.

Pero ésta no deja de llevar implícitos ciertos riesgos y grandes peligros. Para llegar a Ankober, la capital de Menelick (que aún no es el Rey de los Reyes, sino sólo rey de Choa y vasallo del negus de Abisinia) deberá dar rodeos a través del desierto en medio de territorios mal definidos de dos tribus hostiles, los Adals, de la familia de los Danakils o. Dankalis, y los Issah, de la familia de los Somalíes, Tadjourah no es aún en esta época sino un pequeño pueblo de Danakil, construido al pie de las montañas volcánicas: una o dos mezquitas, algunas palmeras, cabañas de paja rojiza y un fortín de piedras secas donde duermen seis soldados de infantería de marina.

Los preparativos de Rimbaud duran meses. La autorización se demora. Los indígenas lo abandonan, uno tras otro. No logra conseguir camellos. Además, la expedición se anuncia con malos auspicios. Los Danakils de la costa acaban de asesinar en los alrededores, la dotación del barco de vigilancia Le Pingouin. Una caravana, dirigida por el francés Barral, es masacrada en marzo de 1886, en mitad de camino entre Choa y el mar, y un amigo de Rimbaud, Chefneux,⁸⁵ al llegar al lugar sólo encuentra algunos fusiles dispersos y los cadáveres devorados por las hienas. Todo esto no es nada tranquilizador. Desde que Inglaterra obligó al negus de Abisinia a que aboliese la trata de esclavos, los indígenas englo-

⁸⁵ Más tarde cónsul general de Francia en Etiopía.

ban en el mismo odio a todos los europeos. Atacan su más floreciente tráfico y lo acechan, en los recodos de los desfileros, a orilla de los torrentes, en el linde de los oasis, para desvalijarlo y degollarlo.

De estas tribus nómades y guerreras, Rimbaud terne entre todas a los Danakils. Los Issah le son familiares, conoce la lengua, los ha encontrado a menudo en años anteriores, en las pistas del país somalí o también en el mercado de Harrar. Los otros lo inquietan mucho más: son beduinos fanáticos y crueles. Delgados, nerviosos, con los cabellos ondulados sabiamente distribuidos y sujetos con peines, sólo llevan por vestido un taparrabo o un lienzo enrollado en las caderas. El torso desnudo, el escudo circular en el antebrazo, el puñal en la cintura, caen de improviso sobre las caravanas, arremetiendo con sus lanzas y lanzando sus gritos de guerra. Decididamente, estos Danakils no le auguran nada bueno.

Pero él no es hombre de retroceder. ¿Pero si sólo debería temer a los salvajes! Hay otras preocupaciones que lo agobian. Su socio, Labatut, negociante francés del Choa, está gravemente enfermo y ha de morir en Francia, víctima de un cáncer. Así pues, Rimbaud debe asumir por sí solo todas las cargas de la casa comercial -y hacer frente, sin apoyo, a los compromisos contraídos. En fin, el colmo de la mala suerte, su amigo el explorador Soleillet, que ya había hecho la ruta y debía acompañarlo, muere súbitamente en Aden el 9 de septiembre de 1886.

¿Es ésta una advertencia del destino? ¿Deberá capitular? Por sus ojos pasa aquel resplandor de desafío que bien le conocemos. ¡No, adelante! Después de muchos contratiem-

pos, de discusiones sin fin con los indígenas, los guías, los camelleros árabes, los muleros abisinios, la caravana se apresta, acampada bajo las palmeras de Tadjourah. Bajo la orden del jefe, levanta campamento hacia mediados de diciembre.

Al principio fue una lenta subida, en medio de las piedras, hacia las altas mesetas del interior. Suelo árido, ardiente. Aquí y allá, algunos miserables gomeros en medio de las rocas calcinadas. Ni una fuente, ni un pozo. Pronto, un alto. ¡Qué extraño cuadro! Un disco se ahueca frente a la caravana. Deslumbrante e inmóvil, una napa de agua azul, como un espejo de acero, se abre en un sombrío decorado. El lago de Assal duerme en la profundidad de una cuenca, sobre el nivel del mar. Está ampliamente bordeado de un cinturón blanco. Es sal. La caravana desciende en medio de los euforbios, las pitas y las ruinas. El campamento se establece en las orillas que parecen circundadas de una espuma petrificada. La capa de sal atrae a los camelleros que juntan, a manos llenas, los cristales nevados, para revenderlos a los montañeses del Choa.

Pero el paisaje cambia. Hay que volver a subir ahora del otro lado por el lecho de un torrente. El sendero penetra allí por un estrecho paso encapotado de bloques de pórfido. De ambos lados se abren grutas. Los camellos avanzan penosamente. La garganta se abre finalmente sobre la meseta, en el lugar llamado Koido. Se levantan las tiendas, se enciende fuego. A lo lejos retumba el grito de guerra de los Danakils. Una noche sin luna. Frecuentes alertas. Todos se abalanzan a los fusiles. Hay sordos gemidos y estrangulados lamentos. El

pánico cae sobre el campamento, y luego el desierto vuelve a sumirse en el silencio.

Aquí, hay dos caminos igualmente posibles, y Rimbaud consulta a los camelleros. ¿Deberán seguir por la pista que bordea a la izquierda, el territorio de los Issah, o animarse resueltamente por la derecha internándose en la zona de los Danakils? El "goum" que masacrara la caravana de Barral no se contentará con esta única hazaña. Acecha, quizá espere en algún lugar al "franghi". El kalam se eterniza. Prudente cuando es necesario, Rimbaud opta por la ruta de la izquierda. ¿Acaso no debe devolver la confianza, a éstos, sus hombres inquietos y charlatanes, agitados por la noche en medio de invencibles terrores?

Después de un mes de marcha a través de la inmensa meseta desnuda a veces cruzada por el huír de un antílope, la caravana llega a Harrar. Pobre pueblecito -el primero que encuentran desde la partida- situado en el límite de los dos territorios. Unos veinte "gourbis" pertenecen a los Danakils, otros veinte prestan abrigo a los issah. Los primeros a manera de desafío danzan su baile de guerra frente a la caravana. Pero, sin dejarse impresionar por sus provocaciones o sus bravuconadas, Rimbaud prosigue y acampa más lejos, en los límites del pueblo.

Y el viaje prosigue, monótono, destrozador. Montado en su caballito abisinio, con las pistolas cargadas en las pistoleras del arzón, la carabina en bandolera, el jefe cierra la marcha. Allá a lo lejos, hasta donde alcanza la vista, la alta llanura volcánica. Ni un árbol. En dos ocasiones la caravana apura el paso: hay montañas maravillosas que por el oeste se

reflejan en tornasoladas aguas. Pero... el lago ilusorio se desvanece. Una tormenta de polvo se levanta y forma torbellinos. El decepcionante esplendor del espejismo muere en las pupilas de los ojos ardientes en los que sólo subsiste el aguijonear de la arena. ¡Nunca será, entonces, posible llegar!

Finalmente el terreno desciende. A 800 metros de altitud, en una profunda depresión, aparece el río Choa, el Aouache o Hawash. La caravana logra pasar el vado: así deja la región del peligro, de las emboscadas. Aquí concluye el imperio de los -nómades y comienza el reino de Menelick.

¡Son agotadoras las últimas etapas de la subida hacia Ankober! Pasan de 1.000 metros a 3.000 metros sobre el nivel del mar. Es penoso el andar de los animales en los senderos rocosos. Un alto en Farre, primer pueblo amhara. Aquí todo cambia: los hombres de esta raza son acogedores y curiosos. Los indígenas esperan a la caravana: durante los días precedentes han visto fuego en la llanura. Se desclavan los cajones, las mujeres se apretujan alrededor de los cortes de género y los collares de vidrio. Frente a la casa de troncos, circular y cubierta por un techo cónico de paja, el pastor amhara, sentado sobre un reseco cuero de buey, enciende un leño y recibe al extranjero. ¿Desea hidromiel o cerveza de cebada? Y aquí tiene también esa carne mojada en béberi, que prepararon las mujeres, mezcla de cebollas fritas y pimientos molidos. Pero la comida se interrumpe. En Farré "todo pertenece a Menelick" y su enviado, el azzaze de Ankober, llega para revisar el equipaje.

Al día siguiente vuelven a montar para la ascensión. El camino, que no alcanza a un metro de ancho, serpentea por

sobre los precipicios, y penetra en una selva de retamas y sicomoros. Las ramas se extienden por encima de los mulos, castigan los rostros, traban la marcha. Los musgos reflejan en los árboles sus plateados paños. La caravana se interna en una garganta tapizada de verdor y desemboca finalmente en un circo de rocas rojas: enfrente, encima de un pico, se agrupa una masa de cabañas retenidas por grandes cinturones concéntricos, hechos con ramas entrelazadas: es el "guébi" real de Ankober. Después de algo más de seis semanas de fatigas, de esfuerzos y de privaciones. Rimbaud cree haber logrado el límite de su viaje. Es el 6 de febrero de 1887. Pero aquí lo espera la primera decepción: el rey no está allí.

En efecto, importantes acontecimientos acaban de tener lugar y cambian los destinos del país. En algunas semanas de audaz campaña, Menelick ha conquistado Harrar. El 30 de enero próximo pasado, en el curso de un combate feroz, batió la guarnición egipcia arrancándole la ciudad. Todas las montañas del Este, los territorios gallas, le pertenecen: ha enviado en delegación a sus tenientes: el dedjatch Waldé-Gabriel comanda el macizo de Tchertcher, el dedjatch Makonnen ha sido recientemente nombrado por él, gobernador de Harrar. Y él personalmente se ha instalado en Antotto, antigua capital del Choa, futura Addis-Abeba.

Tales son las noticias que trae a Ankober, el explorador marsellés Jules Borelli, que llega en esos momentos desde Antotto. Su testimonio sobre Rimbaud es muy apreciado por nosotros, ya que éste guarda casi total silencio sobre las peripecias de su expedición. Borelli dice en su diario, el 9 de febrero de 1887: "El señor Rimbaud, negociante francés,

llega de Tadjourah con su caravana. Durante el trayecto encontró todos los inconvenientes. Siempre el mismo programa: mala conducta, codicia y traición en las hombres; guerrillas y emboscadas de los adals; privaciones de agua, explotación de los camelleros... Nuestro compatriota sabe el árabe y habla el amhariña⁸⁶ y el oromo.⁸⁷ Es infatigable. Su aptitud para las lenguas, una gran fuerza de voluntad y una paciencia a toda prueba, lo colocan entre los viajeros de ley.”

Esta paciencia iba a tener pronto nuevas ocasiones de ponerse a prueba: con el fin de salir al encuentro del rey, Rimbaud parte para Antotto donde le esperan nuevas dificultades.

En 1887, la corte de Menelick, en nada se parecía al cuadro, que, a fines del siglo pasado, nos trazaron Hugues Le Roux y otros viajeros europeos. Para imaginarlo, es necesario referirse a las descripciones de los contemporáneos de Rimbaud, Soleillet y Borelli. Por aquel entonces sólo es un campamento bárbaro, establecido a orillas del Antotto. Chozas diseminadas, como en Ankober, en medio de cinturones de ramas. Un rey mercader, ambicioso y trapacero de proverbial mala fe, dice Borelli, una reina desconfiada y obstinada, hostil a los europeos, una corte codiciosa y cambiante, oscilante entre las supersticiones fetichistas y el cristianismo desnaturalizado, algunos brujos, uno o dos pastores coptos, seis o siete europeos, de los cuales tres son suizos, un ingeniero, un mecánico y un carpintero, tres negociantes franceses: esto es cuanto cobija el "guébi" real.

⁸⁶ O amhara, lengua abisinia.

⁸⁷ Dialecto de los Aroussis-Gallas.

Rimbaud se presenta frente a Menelick. Sentado frente a su choza, vestido con su "chamma" de satén negro, el rey examina al "franghi". El turbante de tul blanco anudado alrededor del cráneo hace resaltar su tez negra y aceitosa. Sus magníficos dientes de animal salvaje, los ávidos ojos que resaltan en el rostro leonino, picado. como una espumadera, y su larga mano fina acariciando dulcemente la barba con gesto benévolo. Brutalidad y malicia, curiosidad, rapacidad, inteligencia. "Mis cajones y mis fusiles allí están. Menelick lo hace desembalar todo. Todo lo desea, las sederías bordadas y los juguetes mecánicos, las sombrillas y las chucherías. Ninguna discreción. Ego nominor leo. Su gente se apodera de los fusiles. Pero en cuanto debe arreglar cuentas, el rey se hace el sordo y penetra en su gourbi. Ya no sale más de allí. Los días transcurren. Menelick está decidido a no pagar sino una parte del cargamento. En efecto, según parece, Ves acreedor de Labatut, el socio de Rimbaud que muriera recientemente y de cuyos compromisos se ha hecho cargo Rimbaud. "Mi negocio ha tomado muy mal giro y temo que dentro de algún tiempo tendré que descender sin un thaler. Allá arriba me encontré con el asalto de toda una banda de falsos acreedores de Labatut a la cabeza de los cuales Menelick que me robó, en nombre de aquél, 3.000 thaleres. Para evitar el ser íntegramente desvalijado. le pedí a Menelick que ordenara el pago en Harrar, que acababa de anexar: me entregó una letra de cambio del tipo de Choa extendida sobre su `oukil' en el Harrar, para el dedjath Makonnen."

Existe en el consulado de Aden todo un conjunto de cartas de Rimbaud referentes a este asunto. Rimbaud relata

sus malos ratos con agrio humor. Según el consulado de Francia en Aden, su carácter vivo y sus violencias no facilitaron el arreglo del asunto. "He comprobado, señor, le escribe éste, según las cuentas que usted me hiciera llegar, que, en efecto, esta operación comercial ha sido desastrosa para usted, y ,que usted no ha escatimado el sacrificio de sus propios derechos 160 para satisfacer a los numerosos acreedores del difunto señor Labatut, pero también debo reconocer, de acuerdo con las declaraciones de los europeos, que llegamos del Choa, y cuyo testimonio usted invocara ante mí, que sus pérdidas hubieran sido quizá menores si, así como los demás negociantes llamados a traficar con las autoridades abisinias, se hubiese usted plegado a las exigencias particulares de este país y a las de sus jefes."

Felizmente, el mercado de Antotto era un centro importante de tráfico e intercambios, y Rimbaud encontró en él algunas compensaciones. En la meseta, a algunos kilómetros del "guébi", salió al encuentro de los oromos en cucullas, alineados detrás de sus bolsas de granos y pieles disecadas, les ofreció cuchillos, espejitos, les compró cueros y les pagó con trozos de sal del lago Assal y, dos meses después, se puso en ruta para Harrar, acompañado por el explorador Borelli. Gracias al diario de éste, podemos reconstituir este viaje de regreso, del cual Rimbaud sólo dejara unas pocas indicaciones, en una carta del 26 de agosto, dirigida a su antiguo patrón, Bardey.

La caravana se pone en movimiento y abandona Antotto, el primero de mayo, al alba. Comienza por descender al valle de Aouache, por la meseta de Mondjar, y pasa de 3.000

a 1.800 metros de altitud. Rutas bordeadas de cercos de cañafistulas, de cactus y de acacias, viento violento, polvo sofocante. Poca agua. Abastecimiento difícil, deserción de los hombres, riñas con los indígenas. Con las cuentas se proveen de huevos, de leche, de miel. Se alimentan de aves de caza. Al cabo de ocho días, después de la travesía del "mogha", zona neutral, especie de no man's land, que se extiende en medio de las tribus donde el asesinato permanece impune; el "kalatier" de Ankober rehusa proseguir adelante. Se hace necesario apoderarse, choza tras choza, de algún indígena y obligarlo, pistola en mano, a que sirva de guía. La caravana prosigue la ruta bajo un sol de plomo. En cuanto aparece una grieta con algo de agua, los hombres se abalanzan y se detienen allí voluptuosamente, y para hacerlos seguir, para forzarlos al cuidado y al abrevaje de las mulas, agotadas, Rimbaud los sacude a fustazos. Tierra volcánica, lavas calcinadas, fuentes termales.

"Estamos en tierras de beduinos -escribe-, en Konollu, o tierra cálida. Brusallas y bosques de mimosas poblados de elefantes y de animales feroces... El Hawache⁸⁸ está muy encajonado. Toda la región, por ambos lados del Hawache, en una extensión de dos días y medio, se llama Careyou: tribus gallas beduinas, dueñas de camellos y de otros animales de fuerza, están en guerra con -los arousis. Altura del paso del Hawache: cerca de 800 metros, 80 centímetros de agua. Más allá del Hawache: 30 kilómetros de malezas. La marcha se realiza por senderos de elefantes. Rápidamente subimos al Itou por sombríos senderos. Hermosas regiones

⁸⁸ Rimbaud escribe Wabi, y no Ouabi; Hawache, y no Aouache; etc

de bosques, poco cultivadas. Rápidamente volvemos a hallarnos a 2.000 metros de altura."

El relato de Borelli es más detallado y más complaciente. Nos señala por aquí un rebaño de búfalos "que pasa como una tromba" y que los obliga a echarse en medio de las altas hierbas, por allá "cuatro espantosas cabezas de hipopótamos" que emergen de un río. A través del diario se adivina con emoción el temible misterio del campamento en medio de la noche. ¡Ay! Estas noches pesadas, a veces llenas de silencio y de sordos rumores, noches que transcurren en las proximidades de los bañados corrompidos, de donde emana el olor de las fieras; noches iluminadas por el reflejo de las fogatas, que alejan a las hienas y recortan en la sombra la silueta de las carpas. Los camelleros y los muleros se acuestan cerca de sus animales. Los bultos se amontonan unos sobre otros. Las riendas cuelgan de las ramas, en medio de los fusiles apoyados a los troncos. Por tierra, las rotas bolsas de cebada, las pieles de los animales muertos que se secan en medio de las moscas. En el deslinde de la selva se oye el crujido, el crepitar de los arbustos que los elefantes derriban y a las hienas que rondan solapadamente junto a las mulas.

Al decimoquinto día, la caravana sale del macizo del monte Itou, sube por los contrafuertes del Tchertcher. "Magníficas selvas -escribe Rimbaud-. Un lago llamado Arro. Marchamos sobre la cresta de una cadena de colinas. El Aroussi se encuentra a nuestra derecha, paralelamente a la ruta, más elevado que el Itou; sus grandes selvas y sus hermosas montañas se abren al panorama. Hacemos alto en el

lugar llamado wotcho." Aquí están las espesuras impenetrables. Las lianas se entrecruzan y sus guirnaldas cuelgan de las ramas de los olivos y las moreras. Vegetación edénica, senderos cuajados de rosales silvestres y de jazmines, perfumes embriagantes que se mezclan con los olores de las esencias y resinas quemadas, todo exasperado por la diaria tormenta. Así como en las selvas vírgenes de Java, Rimbaud halla aquí la flora tropical y monstruosa que poblaba sus sueños de adolescente:

Les fleurs pareilles a des mufles
 D'ouï bavent des pommades d'or
 Sur les cheveux sombres des buffles...
 Les calices pleins d'oeufs de feu
 Qui cuisent parmi les essences...⁸⁹

Pero ni siquiera las mira: las pisotea indiferente con las patas de su caballito abisinio. Bien lo había predicho en *Ce qu'on dit au poète á propos des fleurs*⁹⁰ hace ya dieciséis años. ¡Desconocida la deseaba y, conquistada, la desdeña!

El vigésimo día de expedición, la caravana llega a Tchalanko. Sobre el suelo yacen los esqueletos. Pisotean osamentas humanas. Un muletero le trae al jefe un cráneo y un puñal oxidado. Aquí fue donde Menelick despedazó, hace

⁸⁹ Flores que parecen hocicos
 Babeando licores de oro
 Sobre la obscura pelambre de los búfalos...
 Cálices llenos de huevos de fuego
 Que arden en medio de las resinas...

⁹⁰ Cuanto se dice al poeta a propósito de las flores.

cuatro meses, a la guarnición egipcia de Harrar. Muy cerca de este campo de batalla, recuerdo igualmente trágico, aún se ve el árbol bajo el cual fuera asesinado por los indígenas, en 1881, el negociante francés Bucereau. Pero Rimbaud no se intranquiliza: aquí la tierra le es conocida y apura el paso, curioso por volver a ver, después de tres años de ausencia, a Harrar y sus mercados. El 21 de mayo de 1887, adelantándose a Borelli en una etapa; franquea el recinto de piedra rojiza, bajo una lluvia diluviana.

Tal es el viaje de Rimbaud, más provechoso, ciertamente, para la ciencia, que para él personalmente. Ha conquistado un doble resultado: por una parte, la ruta de ida -desde la costa hasta Antotto-, a través del elevado desierto, es peligrosa y poco practicable; la explotación de los salitres del lago de Assal, proyectada por algunos empresarios franceses parece poco remuneradora y muy difícil; las caravanas están expuestas a las sorpresas y a los pillajes de los Danakils. Por otra parte, el itinerario del regreso -desde Antotto hasta Harrar-, que Rimbaud trazó por vez primera, junto con Borelli, atraviesa una región de pastoreos y de selvas, habitada por una población menos salvaje y posee algunos recursos. Así, la gran vía de penetración de Abisinia se ha fijado para el porvenir: va desde la costa de los Somalíes, por Harrar, a la capital de Menelick, y ha de ser este trazado que más adelante seguirá el primer ferrocarril de Etiopía.⁹¹

⁹¹ El ferrocarril pasa a unos sesenta kilómetros de Harrar.

CAPÍTULO VII

LA FACTORIA DE HARRAR

Cuando Rimbaud regresa a Harrar, en mayo de 1887, se encuentra con que la ciudad ha cambiado mucho. Con la ocupación abisinia, los misioneros han regresado y procuran restablecer su influencia. El dedjatch -más tarde el famoso ras Makonnen- ocupa actualmente el salamlik y el harem que antes construyeran los egipcios.

Ofrece un contraste impresionante con su señor Menelick. Fino perfil, grandes ojos enigmáticos iluminados por una llama interior, rostro atormentado, cuerpo debilucho, casi ascético. La frente, envuelta en el blanco turbante, vestido con el albornoz de seda negra, tiene más aspecto de pastor o de filósofo que de guerrero. Él es el organizador de la victoria.

Harrar es una conquista lucrativa para Menelick: algodón, café, goma, perfumes, marfil y oro llegan de la tierra de los somalíes y del Ogaden; el comercio detenido por la guerra, florece con toda libertad y, según la expresión realista de Rimbaud, "ahora hay trabajo".

Desgraciadamente, la ciudad sigue vegetando en la miseria. Cuatro mil soldados y dos mil esclavos viven allí en medio de la podredumbre, las osamentas y los desechos de los bueyes alimentándose hasta el hartazgo. La suciedad de las tropas de Menelick parece menos ofensiva y menos nauseabunda en las alturas castigadas por el viento de Ankober; aquí, en la ciudad amurallada, reina una podredumbre fétida.

Rimbaud, asqueado, agotado por el cansancio de la expedición, ya sin aliento ni fuerzas, quiere, en primer término, descansar un poco. Llega a la costa, se embarca y va a pasar algunas semanas a El Cairo. "Tengo los cabellos completamente grises -escribe desde allí, el 23 de agosto-, y creo que mi vida declina. Imaginaos cómo debe uno sentirse después de hazañas tales como las que siguen: travesías de mares en barco y viajes por tierra a caballo, sin vestimenta, sin víveres, sin agua, etc. Estoy excesivamente cansado. Extraño hasta la muerte. No tengo en este momento empleo alguno. Temo perder lo poco que poseo. Imaginad que llevo permanentemente en mi cinturón dieciséis mil y tantos francos en oro, y eso pesa unos ocho kilos, y me provoca una disentería. Sin embargo, no puedo ir a Europa, por muchas razones. En primer lugar, en invierno me moriría; luego, que estoy demasiado acostumbrado a la vida errante, libre y gratuita; finalmente, que no tengo labrada una posición. Así, pues, debo pasar el resto de mis días errando en medio de fatigas y privaciones, con la única perspectiva de morir en el trabajo. No me quedará mucho tiempo en estos parajes; no tengo empleo. Forzosamente deberé retornar (sic) por el lado del Sudán, de Abisinia o de Arabia. Quizá vaya a Zanzíbar, desde

donde podré realizar largos viajes al África, y quizá a la China, al Japón o quién sabe adónde.”

Pero en su espíritu, siempre en actividad. se levanta bien pronto una idea precisa: "Llevar desde Harrar a Ambado⁹² unos doscientos camellos con unos cien hombres armados (todo esto, el dedjatch lo entrega, por nada) y, simultáneamente, desembarcar con un barco cualquiera ocho mil Remigton (sin cartuchos; el rey los pide sin cartuchos: ha encontrado unos tres millones en Harrar) y cargarlos inmediatamente para Harrar... Como regalo para el rey, una máquina para fundir cartuchos de Remigton, chapas, productos químicos y material para fabricar los cartuchos de guerra." Bien se ve al antimilitarista de 1870 que no se detiene en nada. Procura obtener del gobierno francés la autorización para desembarcar en Obock todo el arsenal y por intermedio de su madre busca la intervención de un diputado de las Ardenas, Fagot, pero esto es en vano. El ministro de Marina, que por aquel entonces era Félix Faure, tenle las dificultades con Inglaterra, y tras de haberle una y otra vez rechazado» y acordado la autorización solicitada, lo invita a posponer sus proyectos hasta nueva orden... o contraorden.

Entre tanto -¡decisión asombrosa y colmo de las paradojas!-, Rimbaud vuelve a escribir. ¡Oh! Ciertamente que no es en verso. "He escrito -le confía a su madre el 15 de diciembre- el relato de mi viaje para la Sociedad de Geografía. Envié los artículos al Temps, al Fígaro, etc. Tengo intenciones de enviar al Courier des Ardennes algunos relatos inte-

⁹² Sobre la costa.

resantes de mis viajes por África Oriental.”⁹³ De verdad nos parece estar soñando. El Temps, el Figaro, a esto llega un renegado de la poesía y de la sociedad. ¡Extrañas perspectivas literarias! Pero, ¿qué hemos de decir entonces del Courier des Ardennes, ese diario juicioso de la mamá Rimbaud? ¿Debemos recordar cómo lo maltrataba hace diecho años, en cierta carta del 25 de agosto de 1870, que ya citara más arriba? “¡El diario de Pouillard! ¡Estar reducido a su lectura!” -decía-, “¡linda cosa... es como estar exiliado en la propia patria!” ¿Y ahora se contentaría con que le permitieran colaborar en estas páginas provincianas que tanto despreciara antaño? ¿Habrá perdido la memoria” Sin duda que sí. A veces pareciera que despierta de un largo sueño. Se pasa la mano por la frente. Todo será un sueño: ‘¿Aquella aventura de encanto y tragedia, que por- un minuto entreviera, zozobra y desaparece en la profundidad de su memoria? No, no, el ya no la recuerda. Ahora es un hombre como cualquier otro, un colono, un destripaterrones, un mercader, que tuvo la suerte de explorar un rincón del Universo... y eso es todo. ¿Y si escribiese interesantes relatos para el Courier des Ardennes?

Se envalentona hasta el punto de proponerle al Temps proseguir a su servicio, como corresponsal de guerra, para las operaciones de la campaña italo-abisinia; está decidido a partir para Massaouah. Pero, sin duda, sus condiciones son juzgadas demasiado onerosas y, para consolarlo del rechazo: de la redacción, el crítico colonial Paul Bourde, antiguo

⁹³ Descubrimiento de la meseta de Bubassa, exploración del Ogaden, viaje a las tierras de Menelick, son otros de los tantos relatos que Rimbaud hubiese podido escribir.

compañero a quien se dirigiera le comunica su naciente gloria y el tardío vislumbramiento de su estrella en el cielo parisino.

"Sin duda, usted ignorará, ya que vive tan lejos de nosotros, que se ha convertido en París, en medio de un pequeño cenáculo, en una especie de ser legendario, uno de esos personajes cuya muerte se ha anunciado, pero en el existir de los cuales, algunos fieles creen persistentemente, esperando con obstinación su regreso. En las revistas del Quartier Latin también se ha reunido en volumen para su publicación sus primeros ensayos, prosa y versos; algunos jóvenes (a los que considero unos cándidos) han tratado de fundar un sistema literario basado en su soneto sobre el color de las: letras. Este pequeño grupo, que lo reconoce a usted como su maestro, no sabe en qué se ha convertido usted, y espera que algún día volverá a aparecer, a fin de sacarlo de la oscuridad. Todo esto carece de alcance práctico alguno, y me apresuro -en informarle para su claro conocimiento. Pero también, permítame que le hable con toda franqueza, que a través de muchas incoherencias y cosas extrañas, me impresionó el extraordinario virtuosismo de estas producciones de la primera juventud. Por todo esto, y también a causa de sus aventuras, Mary, que es ahora un novelista popular de gran éxito, y yo, solemos conversar de usted con toda simpatía."

-¡Ah! ¿Qué puede importarle esto? ¿Sus versos de juventud?... Niñerías "absurdas, asquerosas". Ya ni él se comprende a sí mismo. Lo que quiere lograr es una situación honorable y lucrativa, una colaboración científica. ¡Amarga

ironía! Todas sus preocupaciones son denegadas. La Sociedad de Geografía le rechaza una misión. Entonces sólo le queda una salida: regresar a Etiopía para traficar allí y redondear su pequeño peculio. En Zeilah equipa una caravana de doscientos camellos, que transportan tres mil fusiles desatados al dedjatch Makonnen, y ahora parte para Harrar, donde funda una factoría en mayo de 1888.

Al principio, los negocios "marchan de pronto bien y de, pronto mal. La vida transcurre sin la esperanza de convertirme 168 rápidamente en millonario", y la moral se resiente. "Me aburro mucho, siempre -escribe desde Harrar el 4 de agosto de 1888-; nunca conocí nadie que se aburriera tanto como yo. Además, ¿no es una miseria esta vida sin familia, sin ocupación intelectual, perdido en medio de los negros y cuya suerte desearía poder mejorar y, en cambio, ellos tratan de explotarme, e imposibilitan la liquidación de los negocios en breve plazo? Obligado a hablar su baraguins, a comer en sus sucios platos, a soportar mil inconvenientes que se originan en su pereza, en su traición, en su estupidez. Y esto no es lo más triste. Temo embrutecerme poco a poco, solo, aislado como estoy de toda sociedad inteligente."

Felizmente, la factoría sirve, de tanto. en tanto, de descanso a los exploradores. Entre los huéspedes pasajeros, hay que señalar, junto al francés Borelli, al conde austríaco Teleki, al italiano Robecchi Brichetti. Éste recuerda, en uno de sus relatos, las noches que pasara en casa de Rimbaud, alumbrados con velas, ante las modestas cenas que servía el fiel Djami. Allí se hablaban todas las lenguas, se comentaba el Corán, se discutía de meteorología y de geodesia. Rimbaud

casi nunca reía, dice el francés Savouré, pero sabía divertir a sus huéspedes con sus burlas, sus ironías y sus frías exageraciones. Borelli halló en su casa, en septiembre de 1888, una "cordial hospitalidad".

"Conocí a Rimbaud -escribe-, en primer lugar, en Aden, y de inmediato me sentí atraído por él. Su manera de ser, que algunos hallaban grotesca y otros de buscada originalidad, era simplemente el resultado de un carácter independiente y bastante misántropo. Me parecía que Rimbaud debía haber sufrido mucho en su vida anterior, y que probablemente su carácter debía haber cambiado a consecuencia de alguna de esas desgracias que dejan marcas indelebles; lo digo, pero nada sé en firme; pues, a pesar de las largas horas que pasáramos juntos, nunca le pregunté nada que tuviera relación con su vida pasada, y jamás él me dijo nada. 'Por qué hallábamos placer en estar juntos' Teníamos en algunos puntos capitales miras completamente opuestas: él viajaba para su comercio, yo viajaba para la ciencia y por curiosidad. ¡Cuánto mejor servida hubiera estado la ciencia si se hubiesen invertido los roles!... Aún veo a Rimbaud ocupándose de sus negocios muy concienzudamente, con toda simplicidad. Los indígenas (a los que Rimbaud prefería sobre los europeos) venían con todo gusto a su casa, porque, como él conocía la lengua de ellos, podían conversar; estaban seguros de encontrarlo siempre con igual ánimo. Sin embargo, era muy curioso observar cómo, una vez concluido el negocio, despachaba al hombre con burlón mirar, riéndose entre dientes y mirándome con ojos divertidos. Ciertamente, no hacía este oficio por amor, pero su espíritu elevado, sin querer, había

obrado de tal manera que comprendiera de inmediato la manera de actuar con los lugareños. En el Choa, Rimbaud seguía siendo un negociante, pero simultáneamente había sabido, con la rectitud de su carácter, imponer respeto a los jefes abisinios.”

Sin embargo, la factoría prospera rápidamente. Azúcar, arroz, sandalias, calcetines, algodones, sederías, medallas, rosarios, armas, ¿qué es lo que él no cambia por café, goma, almizcle, marfil y oro traídos del Sur? Trabaja mucho y se extiende por todo el país. Nada es comprar y cambiar. Hay que pensar, embalar, clavar cajones, expedir hacia la costa. No se limita en el trabajo y lo realiza con sus propias manos. Y cuando la caravana, penosamente equipada, se levanta y desciende hacia el mar, comienzan las preocupaciones, las inquietudes. Los camellos y las mulas transportan una fortuna, a veces son escoltados por esclavos. ¿No corren, acaso, peligro de ser asaltados por las panteras y los leones del camino? ¿No estará el árabe que los conduce en connivencia con los asaltantes somalíes? Rimbaud espera con impaciencia las noticias que no llegan.

¿Cómo hemos de extrañarnos si es irritable y desconfiado? No lo convirtamos, como lo hace Paterne Berrichon, en un ángel de caridad y de dulzura, en un santo. Sin duda, no es ya el amoral de antaño y, cosa curiosa, liberado de la sociedad y de sus leyes, se impone a sí mismo una ética elemental que transparenta en toda su correspondencia: "Creedlo: mi conducta es irreprochable... En todo cuanto he realizado, han sido preferentemente los demás (sic) quienes me explotaron... Trabajo, quisiera hacer algo bueno, útil."

(10 de noviembre de 1888.) "Gozo de una cierta consideración debida a mi proceder humano. Nunca le hago mal a nadie. Muy al contrario, hago un poco de bien cuando se me presenta la ocasión y éste es mi único placer." (25 de febrero de 1890.) Lo comprendemos. Ha renovado el gesto de San Martín y ha regalado su albornoz a "un negro. estúpido" que temblaba bajo una lluvia torrencial. Es caritativo y afectuoso servidor. Pero, ¿llegaremos al extremo de pretender, como su piadoso biógrafo, que expandía por todo su alrededor "el tesoro de su bondad" y que "los indígenas lo adoraban como a un ser divino?" Su antiguo patrón, Bardey, da más justamente en la nota cuando escribe: "Su espíritu cáustico y mordaz le creó muchos enemigos. Nunca supo desembarazarse de esa pobre y mala máscara satírica que, sin embargo, ocultaba reales cualidades de su corazón."

Ya no tiene más aquel genio suyo, pero aún conserva al demonio. Imprevistamente, como un animal feroz, la cólera estalla en él. La testarudez lo encierra como en un espinoso caparazón. Más de una vez se enoja con Borelli, con Bardey. Rápidamente sus discusiones de negocios toman un cariz agrio y desagradable. A uno de sus vendedores le reprocha, por carta, sus "inmundos cafés"... sus "porquerías". Así, pues, lo toman por un "cretino", por un "idiota", pero se engañan: no es hombre para dejarse engañar. Cierta día disputa con Borelli, a quien pretende hacerle barrer su casa, y ambos intercambian "palabras inconvenientes". ;Y hay que agregar a esto el que no vive como un anacoreta! Si hemos de creer a los relatos que, en 1896, en Pierre Mille, hicieran algunos comerciantes franceses de Djibouti, "había llegado a

hablar un número considerable de dialectos indígenas, formándose una especie de harem compuesto por mujeres de razas todas distintas. "De tal manera había logrado adquirir -decían ellos en su sabrosa jerga colonial- una serie de diccionarios encuadernados en piel." ¡Ya lo vemos, aún no había llegado a ser un modelo de virtudes cristianas...

En estos años de 1888-1890, sus caravanas abandonan poco a poco el puerto inglés de Zeilah y se orientan hacia el nuevo puerto francés de Djibouti. En cambio, sus relaciones comerciales con el Choa señalan un paréntesis de descanso. Se ha entablado un conflicto entre el rey de los reyes, el Negus Juan de Abisinia, y su vasallo Menelick. Éste se mantiene a la expectativa, llama a Antotto al dedjatch Makonnen "esconde donde el diablo perdió el poncho todas sus riquezas" y compra fusiles a los italianos. La amenaza de guerra pesa sobre todo el país. Pero el Negus Juan halla la muerte, en 1889, en otra expedición, y Menelick se convierte en el rey de los reyes, sin haber tenido necesidad de desenvainar la espada. "Nuestro Menelick -escribe Rimbaud- se había rebelado contra ese espantoso Juan y se aprestaban a devorares mutuamente, cuando el antedicho emperador tuvo la mala idea de ir a darles una paliza a los Mahdis, del lado del Matama. Y allí se quedó. ;Que se lo lleve el diablo! Aquí estamos tranquilos."

La elevación del rey del Choa al trono imperial favorece los negocios con el Norte y con Abisinia. Rimbaud prolonga el itinerario de sus caravanas y aumenta el transporte de armas. Se convierte en el proveedor oficial de Su Majestad el Negus, y recibe cartas estampilladas con el sello imperial, el

león heráldico portador de la tiara y de la cruz: "Ha vencido, el león de la tribu de Judea. Menelick II, elegido del Señor, rey de los reyes de Etiopía, te envía su saludo!"

La fortuna comienza a sonreír a aquel que durante tanto tiempo desconociera. Ha reunido cerca de cuarenta mil francos Sin duda, podría obsequiarse a sí mismo con un viaje a Francia, y hasta -¿lo comprendéis bien?- una visita a la Exposición Universal de París. Pero es prisionero de su juego: "Los negocios están bien lejos de permitírmelo y, por otra parte, estoy completamente solo, y si yo me fuera, mi establecimiento desaparecería por completo." Y en tono semi serio, semi burlón: "Será la próxima vez, y en la próxima podré exponer los productos de este país, y quizá también, ;exponerme yo personalmente!"

De tal manera se amasa oro. Durante diez años lo persiguió como un espejismo. Sin duda, sería hermoso imaginar a Rimbaud con el aspecto de un Jason del ideal, ver en esta conquista del oro al último avatar de su inagotable apetito de posesión, insaciable sed de lo absoluto. Alquimista de la realidad después de haber sido alquimista del verbo, nuevo Fausto eternamente lanzado hacia un nostálgico esfuerzo hacia lo inaccesible, sólo ha de detenerse frente a la muerte. Después de haberse expatriado en la poesía, evadido de la sociedad, azuzado por el mismo deseo claudeliano, ha de escapar de la tierra. Su conversión sería entonces el punto final, la lógica y fatal conclusión de su prodigiosa aventura y su mirada que no supiera retener el centelleo del Verbo y los tesoros de Golconda, se detendrá entonces en el oro de las casullas y los candelabros del altar. Como el héroe de

Goethe, dirá al instante que pasa y por vez primera en su vida: "¡Detente! ¡Eres tan hermoso!"

Ciertamente, semejante interpretación sería poética: la progresión dramática y la lógica hallarían en esto su razón; el desenlace sería grandioso, iluminado por la celeste luz. Pero la realidad, al ser distinta, no es por ello menos lacerante. La caída es más emocionante que la apoteosis. En su lucha con el Destino, Rimbaud ha dejado tras de sí su genio y su grandeza. Su positivismo, cínicamente liberado de las exigencias del ideal, desembarazadas de toda ambición titánica, se ha resignado finalmente a mediocres conquistas. Antes renunció a la poesía, olvidado en Una temporada en el Infierno, ¡pero está pronto a colaborar en el ' Courrier des Ardennes! Ya no piensa en agotar la vida como otrora pensara en agotar el pensamiento y la literatura, en ir hasta el último extremo de su sueño, en afrontar la suprema subida a la muerte, en una heroica necesidad de Divinidad. No, quiere "juntar plata" y casarse. Le escribe a su madre el 10 de agosto de 1890: "¿Podría ir a casarme entre ustedes en la próxima primavera...? ¿Cree usted que pueda yo encontrar alguien que consienta en seguirme en este viaje?"

Pero este modesto deseo no llegó a realizarse. Celoso, implacable, el Destino lo acecha vigilante.

Tercera parte
EL VENCIDO

"Les femmes soignent ces féroces infirmes
etour des pays chauds..."⁹⁴

RIMBAUD

Capítulo primero
EL REGRESO

En febrero de 1891, en plena prosperidad, Rimbaud se siente atacado, en la rodilla izquierda, por un dolor agudo y tenaz. Se le forma un tumor que aumenta rápidamente. Una anquilosis toma la pierna y la deseca. Pierde el apetito y el sueño. Un nuevo drama comienza.

A1 comienzo se resiste y se hace fuerte. La enfermedad no ha de abatirlo: la enfrenta, la desprecia, la niega. Pero ella es más fuerte, lo desploma, lo clava en el lecho, le arranca la confesión de su impotencia y de su miseria. Entonces, emplea otra táctica, procura maniobrar, la acecha y trata de es-

⁹⁴ Las mujeres cuidan a esos feroces enfermos que regresan de los países cálidos...

capar a su abrazo, librarle batalla en otro terreno, allí donde se planteen igualdad de condiciones para él, un mayor confort y mejores cuidados.

Patéticos combates cuya historia le contara a su hermana Isabelle en una carta: "Esto es cuanto he considerado en último lugar como causa de mi enfermedad. El clima de Narrar es frío desde noviembre hasta marzo. Yo, por costumbre, casi ni me vestía. Un simple pantalón de lienzo y una camisa de algodón. Y así, caminatas de 15 a 20 kilómetros por día, insensatas cabalgatas a través de las abruptas montañas de este país. Creo que debe haberse desarrollado en mi rodilla un dolor artrítico causado por la fatiga, el calor y el frío. En efecto, esto comenzó como un martillazo (por así decirlo) bajo la rótula, golpe ligero que me castigaba minuto tras minuto; gran sequedad en la articulación y retracción del nervio de la nalga. Luego apareció la hinchazón de las venas alrededor de la rodilla, hinchazón que me hizo pensar en várices. Andaba y trabajaba mucho, más que nunca, creyendo simplemente que era algún golpe de aire. Luego, el dolor en el interior de la rodilla aumentó.

"Era a cada paso, como si me hundiesen un clavo. Caminaba siempre, aunque con mucho trabajo, especialmente montaba a caballo, y cada vez que descendía estaba casi inválido. Luego se hinchó la parte superior de la rodilla, la rótula se me endureció, la pantorrilla también comenzó a estar atacada. La circulación se hizo penosa y el dolor sacudía mis nervios hasta el tobillo y hasta los riñones. Sólo caminaba rengueando mucho y cada vez me sentía peor. Forzosamente debía trabajar mucho. Entonces comencé a mentener ven-

dada la pierna de arriba hasta abajo, la friccionaba, le daba baños, etc., sin resultado. Mientras tanto, perdía el apetito. Un insomnio persistente comenzaba. Me debilitaba y adelgazaba mucho. Hacia el 15 de marzo (1891) decidí acostarme, para guardar así, al menos, la posición horizontal. Disponía una cama entre mi caja, mis escrituras y una ventana desde donde podía vigilar las balanzas, al fondo del patio, y pagaba gente suplementaria para que realizase el trabajo permaneciendo yo así extendido, por lo menos en la parte de la pierna enferma. Pero, día tras día, la inflamación de la rodilla se asemejaba más a una bola. Observaba que la faz interna de la cabeza de la tibia era mucho más gruesa que la de la otra pierna. La rótula se inmovilizaba, ahogada por la exudación que producía la hinchazón de la rodilla y, con horror, vi que en algunos días se ponía dura como un hueso. En este momento, toda la pierna se me endureció completamente, en ocho días; ya sólo podía ir al baño arrastrándome. Simultáneamente, la pierna y la parte superior de la nalga adelgazaban, mientras la rodilla seguía hinchándose, petrificándose o, mejor dicho, osificándose, y el debilitamiento físico y espiritual proseguían empeorando. A fines de marzo resolví partir.”

Abandonar la casa chata y blanca, rodeada de cafetos, la terraza donde descansaba de noche, esperando ver en el horizonte la aparición de la Cruz del Sur y el cortejo de los astros desconocidos, era ahora para él un gran sacrificio. Pero abandonar la factoría, emprender en tan breve plazo una liquidación forzosamente onerosa, deshacerse a bajo precio de las numerosas mercaderías tan penosamente adqui-

ridas, separarse del fiel Djami, el buen sirviente, el compañero de la buena y de la mala fortuna, todo eso le parecía mucho más duro. Sin duda, había sufrido en esta tierra apenas civilizada, que tantas veces maldijera en los momentos de descorazonamiento y de impaciencia, pero, en su fuero interno, estaba secretamente orgulloso de la obra cumplida, y cuando se encontraba solo en la parte trasera de su tienda, cerca de los libros de cuentas, su mirada solía acariciar complaciente la bolsa de oro que se redondeaba en la sombra. Esta fortuna, ¡con cuánta alegría hubiese debido llevarla, a su hora, y siempre acrecentada hasta sus últimas fuerzas, para vivir al fin en paz, en un hogar próspero y bendecido!

El Destino lo había decidido de otra manera, y fue con el corazón emocionado que le dijo adiós a su casa, a su pasado. Se hizo fabricar una angarilla recubierta por una cortina de cuero, y dieciséis indígenas lo transportaron a la costa: fue un viaje horrible. "El segundo día, como me adelantara mucho a la caravana, fui sorprendido en un lugar desierto por una lluvia, bajo la cual permanecí extendido durante dieciséis horas, bajo el agua, sin abrigo y sin posibilidades de moverme: esto me hizo mucho daño. Durante el trayecto jamás pude levantarme de mi angarilla. Por encima mía extendían la carpa, allí en el mismo lugar donde me depositaban; y cavando un agujero con mis propias manos, junto al borde de la angarilla, dificultosamente lograba ponerme de lado para hacer mis necesidades en este agujero, que luego cubría con tierra."

De acuerdo a una página de notas garabateadas día tras día, desde el 7 al 17 de abril de 1891, es fácil completar el

relato. El descenso desde las altas mesetas fue atroz. Los hombres que lo transportaban resbalaban; las parihuelas, mal ajustadas, se dislocaban y amenazaban romperse. Rimbaud sufría todos estos contratiempos. Cierta vez procuró subir a una mula, extendieron horizontalmente la pierna enferma, que ató al cuello del animal, pero el dolor fue intolerable y debió volver a la angarilla. Se levantó un furioso viento, anunciador de tormenta, y pronto el cielo se encapotó, se cubrió de nubes que repentinamente estallaron, cayendo en verdaderas cataratas sobre los remolinos de arena. La tempestad pasó con un prolongado rugido hacia el desierto. La caravana se diseminó. Los camellos se retrasaron junto con las provisiones del enfermo, que así se encontró privado de todo alimento durante treinta horas. ¡Agreguemos a esto los incidentes de la ruta, las discusiones con los angarilleros descontentos y agotados! Cierta día, éstos depositaron tan brutalmente las parihuelas en el suelo, que Rimbaud, a consecuencia del golpe y el consecuente dolor, casi se desvanece. Entonces se enojó, los avergonzó de su impaciente falta de habilidad, les impuso un castigo que se tradujo en la retención de la paga. A menudo, en esta suprema lucha contra los elementos y los hombres, perdía valor y desesperaba de llegar alguna vez.

¡Qué contraste el de esta horrible correría, en medio de la tempestad, esta retirada de un vencido a través del desierto, con el paseo sereno y fúnebre, la partida tristemente triunfal del "Santo", del "Mártir" que imaginó Paterne Berrihon "en medio de las protestas y las genuflexiones de los pueblos en lágrimas reducidos por su luminosa bondad!"

Después de haber cumplido estos 300 kilómetros en angarilla, Rimbaud llegó a Zeilah "desplomado, paralizado". Allí descansó apenas cuatro horas, pues había un barco que salía para Aden.

Junto con su parihuela, lo alzaron al puente y, tras de tres días de sufrimiento y de ayuno, temblando por la fiebre y muerto de sed, fue recogido en un hospital de la ciudad. "Me convertí en un esqueleto -escribió entonces-; doy miedo. Tengo las espaldas en llaga, debido al lecho; no duermo ni un minuto." El 9 de mayo, bajo el consejo del médico inglés, impotente para mejorar su estado, apura su salida y se hace transportar a bordo de un barco de las Messagéries maritimes.

Las rocas calcinadas de la costa pronto desaparecieron en medio de la bruma del calor. Massaouah, Souakim, Djeddah, los puertos del mar Rojo donde, diez años atrás, buscara trabajo; Alejandría, la ciudad cosmopolita y abigarrada, donde antes desembarcara para dirigirse a Chipre y a sus canteras, y el radiante Mediterráneo, difusamente entrevisto a través de la roda y bañado por una dulzura primaveral, así todo su pasado se levantaba en surcos de plata, escoltándolo melancólica y figurativamente. Así, pues, tantos esfuerzos y miserias habían sido inútiles, y ahora regresaba, pobre enfermo, extendido en su colchón, presa de un mal implacable y de sombría desesperación. El sol poniente, que rozando la superficie violeta de las aguas llegaba hasta él, incendiando su ojo de buey, le parecía una burla, un irónico adiós de la fortuna, y fue con el doble sentir de alivio y de angustia que

vio la entrada del navío al puerto de Marsella, después de "trece días de dolor".

Pero, apenas hubo desembarcado, fue "presa del frío", y, como se sintiera demasiado débil para emprender el viaje a las Ardenas, debió entrar al hospital de la Concepción. Su estado se había agravado, y los médicos que lo examinaron reconocieron un cáncer en los huesos. Para limitar los estragos de éste -y ocultándole el diagnóstico-, decidieron amputarle la pierna. Fue un desmoronamiento. Pero ya no era hora de discusiones: debía someterse, resignarse. La familia fue advertida, y la señora Rimbaud llegó desde Roche.

¿Qué fue este volver a verse? Doce años de silencio y de alejamiento la separaban de este hijo, que viera partir lleno de fuerzas y de audacia al que ahora volvía a encontrar mutilado en un lecho de hospital. ¡Ah!, si la hubiese escuchado tiempo atrás, todo esto no hubiese ocurrido. No pudo impedir los lamentos ni dejar de sermonearlo. Pero, en fin, había ganado algún dinero. Pronto se habló de negocios. ¿Qué era lo que traía, exactamente, de aquellos funestos países? ¿Y aquellos haberes de 30.000 francos en el Comptoir d'es-compte (Caja de Ahorros), de que hablara? Si debía realizar gestiones en los bancos, que aprovechara su breve estadía en Marsella, pues ella no podía permanecer allí mucho tiempo. En efecto, Isabelle estaba enferma, y allá, en Roche, hacían falta brazos: pronto segarían, debían secar el heno y la hierba de forraje, y en la chacra hacía falta gente. Después de algunos días, con gran disgusto de Rimbaud, su madre volvió a tomar la ruta de las Ardenas : "En cuanto a mí, no hago sino llorar día y noche, soy hombre muerto, estoy estropeado

para el resto de mis días... ¡En fin, que nuestra vida es una miseria, una miseria interminable! ¿Para qué vivimos?"

Pero lo esperaba una nueva prueba. Desde hacía años vivía con el temor de no haber regularizado su situación con las autoridades militares, con el obsesivo temor de un arresto, y ahora se entera, cuando apenas desembarca, de que el reclutamiento- lo busca por desertor. "¿De qué nuevo horror me hablan ustedes? -escribe a Roche el 24 de junio-. ¿Qué es esta nueva historia del servicio militar? En cuanto cumplí los veintiséis años, ¿no les envié a ustedes un certificado, desde Aden, probando que estaba empleado en una casa francesa, lo cual es motivo de excepción, y luego, cuando le pregunté a mamá, no me informó ella que todo estaba en regla y que no debía abrigar temor alguno?" -y agrega-: "¿La prisión, después de cuanto acabo de sufrir? Más vale la muerte."

Vive con el terror de ser descubierto: "Temo las celadas... Temo que averigüen mi dirección en el correo... No vayáis a traicionarme". Las cartas que le envía su hermana, deben ser llevadas a una oficina de una localidad cercana, la dirección no debe mencionar su nombre. Es necesario, a todo precio, despistar las persecuciones.

Pero éstas son imaginarias. Isabelle realiza discretas averiguaciones. La noticia carece de fundamento. No es un desertor, sino beneficiario de un plazo renovable hasta su definitivo regreso a Francia. A partir de aquel momento, mutilado como está, ya sólo debe solicitar la conversión de este plazo en una baja por incapacidad.

A principios de julio, trata de caminar con una pierna de madera "muy liviana, barnizada y acolchada (precio: 50 fran-

cos)", pero sólo consigue que se le inflame y recaliente el muñón, siempre doloroso, y se ve reducido a caminar con muletas en su cuarto. Una emocionante queja, un patético lamento se desprende de sus cartas: "¡Qué fastidio! ¡Cuánto cansancio! ¡Qué tristeza al recordar mis viejos viajes, al pensar cuán activo era yo hace sólo cinco meses! ¿En qué quedaron mis correrías por montes, desiertos, ríos y mares, mis cabalgatas, mis paseos? ¡Y ahora este vivir lisiado! ¡Y pensar que yo había decidido, precisamente, regresar a Francia este verano para casarme! ¡Adiós, casamiento; adiós, familia; adiós, porvenir! ¡Mi vida ya ha concluido! ¡Sólo soy un tronco inmóvil!"

- Tal como se ve, no está ni resignado, ni es estoico: es un desesperado. Es un vencido que llora su derrota. ¿Dónde está el audaz caballero de las altas mesetas etíopes? "La cabeza y los hombros caídos hacia adelante, encorvado como un jorobado... Se mofan de uno hasta hacerle saltar de rabia. Sentado, uno tiene movimientos nerviosos en las manos, las axilas cortadas y la expresión de un idiota." ¿Es posible imaginar destino más trágico, lágrimas más amargas? ¡Una inestabilidad tan andariega, tan prodigiosa movilidad, una pasión tan desesperada por los cambios, tanto empuje, tanto impulso, tanta vida, y ahora todo esto amurallado, petrificado por un espantoso sortilegio! Pareciera que la muerte ya lo ha rozado con su dedo helado, que ya ha echado sobre él una red de plomo. La anquilosis va ganando otros miembros. Su cuerpo vivo se entumece en una macabra osificación. La otra pierna, el hombro, el brazo, son tomados poco a poco.

"¿Tendré una enfermedad de los huesos?", se pregunta a sí mismo el miserable.

Entonces hace un supremo esfuerzo. Todo su ser se tiende en un sobresalto de salvaje energía, en una heroica rebelión contra el Destino. Se hace transportar a la estación, lo encaraman al tren. ¿A dónde va? Hacia la chacra de su infancia, a retomar contacto con la tierra.

Esta es la pequeña estación de Voncq, y el canal bordeado de tristes álamos. Los empleados del ferrocarril lo descenden con precaución y lo instalan en la sala de espera, pues el coche que viene de Roche está retrasado. Cae la noche. Una fresca bruma envuelve los árboles, esfuma los contornos. Al fin, se oye un tintinear por la ruta y el trotar de la vieja yegua Comtesse. Isabelle salta a sus brazos. Se observan. ¡Cuánto ha cambiado él! Cuando se separaron, ella sólo tenía trece años, y ahora es toda una mujer. ¿Y él? ¡Ah! ¡El sólo es una sombra!

"Aquel primer día -escribe ella-, al entrar a su cuarto, el más hermoso de la casa, preparado con infantil cuidado, lanzó esta exclamación sincera y halagadora: ¡Esto es Versalles! De inmediato, allí mismo, fueron deshechos sus baúles, sus chucherías dispuestas, los cuidados necesarios a un enfermo y sus deseos de viajero agotado, todo había sido previsto." Pero tiene frío, tiembla en esta vieja casona húmeda, que no logra caldearse en aquel verano débil y triste. ¡Año triste! Los trigos están helados. Quince días después de su regreso, durante la noche estalla una tormenta terrible, y el granizo devasta los jardines. Al día siguiente, una escarcha tardía termina con los jardines. Luego, una lluvia persistente,

con su penumbra triste y disolvente, esa lluvia que descorazona y hiela los corazones. Las cosechas, aplastadas, se pudren bajo un cielo pesado, las esperanzas agonizan. Sin embargo Rimbaud reacciona, trata de recobrase. "Como el permanecer en la casa y en el mismo lugar le era extremadamente desagradable, salía muy a menudo en un coche descubierto. Cada día, a pesar del cansancio y a pesar del mal tiempo, nos pasábamos las tardes paseando. Le agradaba que lo llevaran a los lugares adonde iba la muchedumbre endomingada en los días de fiesta y los domingos; y, sin mezclarse a ella, experimentaba un grato placer al observar sus movimientos, los gestos de las gentes y los cambios operados en las costumbres, en el plazo de diez años."

Pero el mal ganaba terreno: el fémur operado aumentaba de volumen, y el brazo derecho se le endurecía. Como las sacudidas del coche eran para él un verdadero suplicio, debió permanecer en la casa, pero entonces un dolor terrible en las axilas le impedía andar con sus muletas, inmovilizándolo en un sillón. Especialmente las noches, eran un espanto. El insomnio lo apretaba con sus tenazas, vaciando su cerebro. Entonces comenzó a tomar narcóticos, sació su sed con tisanas de adormideras y vivió varios días en extraños sueños. Las persianas cerradas, encendidas las luces, pedía que tocasen un organito y soñaba en alta voz con su vida. "Su enternecida voz, algo lenta -escribe Isabelle-, adquiría acentos penetrantes de belleza; solía entremezclar en su lenguaje expresiones de estilo oriental, y aun frases tomadas de lenguas extranjeras, del Occidente." Después de algunos días de intoxicación, fue presa de las alucinaciones. "Una noche,

imaginándose poseedor de ambas piernas, y tratando de captar alguna visión que se le apareciera imaginariamente, y que luego huyese, refugiándose quizás en algún rincón del cuarto, quiso descender de su lecho y perseguir la ilusión. Corrimos al oír el ruido de la caída de su pesado cuerpo grande; estaba completamente desnudo, extendido sobre la alfombra." La sacudida lo quitó de su sopor. Renunció a los remedios que le quitaban la lucidez, a los sueños insidiosos que desarmaban su espíritu, y dismantelaban su encierro de silencio..."

*

"No, no, basta. Debo partir." Roche "la tierra de los lobos"- le producía horror.⁹⁵ ¡Sol! ¡Calor! ¡Ah! ¿Quién podrá arrancarlo de esta lúgubre Ardenas? Harrar, Harrar, ¿dónde estás? Tu circo rojo y óxido gira en la luz, alrededor de la mezquita blanca, cuya sombra azul se destaca sobre la plaza mayor. ¡Partir!, ¡irse!, ¡ir, al menos hasta Marsella, acechar la partida de algún barco!... Un mes más tarde, el domingo 23 de agosto de 1891, acompañado por Isabelle se pone nuevamente en marcha. Bajo el llamado supremo del sol, realiza su último viaje hacia el Sur.

Fue un calvario. En primer lugar, aunque se levantara mucho antes del alba, pierde el tren de la mañana. Debe regresar a la chacra, gimiendo en el coche que sacude, envuelto

⁹⁵ Si mis informaciones son exactas, la chacra de Roche, destruida durante la última guerra, fue legada, desechando el derecho de las dos sobrinas de Rimbaud, por Isabelle a Paul Claudel. Desde entonces ha pasado a otras manos y actualmente está reconstruida.

por la áspera neblina que lo hace temblar. Alrededor de las diez de la mañana, en el momento de salir, le falla ,el corazón. "Quédate, ¿no quieres? Te cuidaremos mucho." Pero, no, debe cumplir con su Destino. ¡En marcha! ¡Los sirvientes lo instalan, y esta vez salen con dos horas de anticipo. Lamentable espera en la estación de Voncq. Es mediodía. El tren lo lleva. Comienza el martirio. El trepidar del vagón lo sacude, y sus lacerantes sobresaltos lo torturan hasta hacerlo gritar. Echado en los almohadones, sostiénese el muñón con ambas manos: "¡Cuánto me duele, cuánto me duele!" El viaje infernal se prolonga; en el cuadro de las ventanillas se recorta el paisaje de Champagne, blanca de yeso, y la verde Ile-de-France. En el compartimento suben unos recién casados. Los suburbios de París se desperezan bajo el sol fugitivo. Rimbaud se adormece. ¡Tregua dominguera! Las casas con jardines parecen estar de fiesta en medio de las dalias floridas; la vida parece acordar una última sonrisa irónica al herido que ella hundiera para siempre. Pero ya está en la estación del Este. Ha llegado la noche. Descienden. ¿Se detendrá aquí, en este París que abandonara hace dieciocho años, y donde ya, sin que él lo sospeche siquiera, se agiganta su gloria y su leyenda? La lluvia comienza a caer nuevamente, la victoria arranca en medio del adoquinado desigual. No, deben conducirlo de inmediato a la estación de Lyon y, con los ojos pegados a los vidrios, mirando la ciudad donde despierta misteriosamente su pasado, huye en la sombra y hacia lo desconocido. Vuelve a partir para Marsella por el expreso de las once. Noche de delirio, día de sopor y de pesadilla. Después de treinta horas de viaje, desembarca en Saint-

Charles y regresa al hospital de la Concepción, donde se declara bajo el nombre de Jean Rimbaud.

Allí le dan un cuartito, sombreado por una galería de piedras y tupidas plantas. El otoño le traerá una luz tamizada, filtrada por el follaje que dora antes de morir. Movedizas sombras pasan por las paredes. Allí reinaba un silencio sepulcral. ¡Ya se apagaba el sol!

CAPÍTULO II

LA CONVERSION Y LA MUERTE

Aún la idea fija del regreso a Harrar perseguía al enfermo.. Esperaba que una milagrosa mejoría le permitiría embarcarse alguna vez. Los médicos alimentaban sus ilusiones, pero su hermana sabía a qué atenerse. Un mes después de su llegada a Marsella, el 22 de setiembre de 1891, ella escribe a su madre, cuyo silencio le intranquiliza: "En cuanto a curarse, nunca sanará. Su enfermedad debe ser una propagación por la médula de los huesos de la afección cancerosa que obligó a la amputación de la pierna". Ella velaba junto a él con maravillosa paciencia. "Las mujeres cuidan a esos feroces enfermos que regresan de los países cálidos", lo había predicho en *Una temporada en el Infierno*. Nada puede haber más emocionante que este amor fraternal, de tardía floración, enlazando desesperadamente en un fervoroso abrazo al intratable inválido. "Ningunas manos fuera de las mías lo cuidaron, lo tocaron, lo vistieron, lo ayudaron en el sufrimiento. Nunca madre alguna pudo sentir solicitud más ardiente hacia su hijo enfermo." Ella fue la única que no lo abandonara jamás.

Mientras él moría en Marsella, la señora Rimbaud se encerraba en Roche, en enfadado silencio. Guardaba rencor a su hija por haber desechado una ventajosa proposición de casamiento - "un buen partido" - y la quería mal, sin animares a decirlo, por haberla dejado sola en su chacra, en la época de las cosechas, para seguir en sus últimos caprichos a un hermano agonizante que, desde hacía largo tiempo, ya estaba perdido para los suyos. Ante los ardientes ruegos de Isabelle, que le suplicaba "de rodillas" para que escribiese, ¿puede imaginarse cuál es su respuesta? Pues, dice que su hija es "muy exigente", que ella es a quien debe compadecerse, con sus sirvientes que la arruinan, cosechadores que beben, la yegua Comtesse, ¡que ahora está enferma! ¿Si, por lo menos, tuviese alguien para ayudarla? ¿No podría Isabelle dejar abandonado a Arthur, aunque sólo fuese por unos quince días? Con su rudeza y su egoísmo, la terrible mujer invierte los papeles, tanto y de tal manera, que su hija se apiada de ella. "Ten paciencia y ármate de coraje con los criados... El abuelo Warin u otro cualquiera podrían batir para el forraje el poco trigo que hay..." Por un instante, Isabelle se olvida de su enfermo para compadecer a su madre, porque tiene tanto trabajo, para interesarse por los trabajos de la chacra, por la vaquita bretona que "tendrá un ternerito a principios de noviembre"; por los cerdos, que "ya deben estar bastante gordos y buenos para la venta". Pero es presa de inquietud. ¿No habrá oído un gemido? Interrumpe la carta para acercarse al lecho de su hermano. No, está tranquilo, duerme, "con los ojos abiertos", el aliento corto, ¡pero está tan delgado, tan pálido con sus ahuecadas órbitas y sus ojeras! "No

puedo pensar siquiera en dejar a Arthur por el momento - prosigue-, continúa mal, día tras día se debilita... Ya sólo pido una cosa: ¡que muera como es debido!"

¡Ay!, éste es su mayor deseo: ¡que se convierta! No es un enfermo resignado, y la gracia no descende sobre él con las dulzuras de sus rayos. Él no quiere morir. En cuanto despierta, llora, jura y blasfema. ¡Nada es más desolador, más patético que su sacrílega miseria!

¿Cómo pudo alguien pensar que él fuese un cristiano, aún ignorado de sí mismo? Su adolescencia sólo fue un grito de impiedad, su Temporada en el Infierno, es, tal como ya ha sido dicho, un "rechazo de Dios"; sus cartas desde Etiopía, que se escalonan en el espacio de diez años, no transparentan la menor inquietud espiritual: su ateísmo, es cierto, no se pone en evidencia, pero su pensamiento tiene una afirmación extrañamente irreligiosa, indiferente y en absoluto agnóstica. A su madre, tan ortodoxa y tan beata, le escribe: "Se vive y se muere de manera muy distinta a la que jamás se deseara, y esto sin la esperanza de compensación alguna. Felizmente, esta vida es única y esto es lo evidente, etc." Éste es el hombre cuya conversión se pretendió hacer remontar al año 1873, después del drama de Bruselas. Es suficiente con observarlo en su lecho de agonía para convencerse de que está muy lejos de Dios y para comprender las angustias cristianas de su hermana.

Ninguna paciencia, ninguna sumisión. "Me amenaza, si lo abandono, con estrangularse o suicidarse de cualquier manera." Es un enfermo insoportable. "No soporta ni un pliegue bajo su cuerpo." ¿Le traen la comida? Pues "halla que

todo es detestable y no prueba nada." "Sin cesar arreglo su cama, sus frazadas, sus almohadas: nunca se encuentra bien. Una continua queja escapa de sus labios." Sean cuales fueren sus sufrimientos, ¿es éste, de verdad, el estado espiritual de un cristiano que muere? ¿Cuáles son los caprichos irritantes que no cruzan por su mente? "En el curso del día, debo ingeniarme de mil maneras distintas para impedirle cometer tonterías." Su espíritu delirante es presa de los malos demonios: "Acusa a los enfermos y a las hermanas de cosas detestables que no pueden siquiera existir; le digo que sin duda debe haber soñado, pero no quiere desdecirse y me trata de tonta y de imbécil."

Sin embargo, la muerte se acerca con pasos agigantados. Un tratamiento eléctrico le da algunas ilusiones, tantas como doloroso es. Rimbaud se pasa las noches llorando. "Yo estaré bajo tierra -me dice- y tú andarás al sol." Ya es hora de que se reconcilie con Dios. Isabelle sólo piensa en ello y se empeña en prepararlo. Su fe y su ternura le dan valor y decisión. ¡Maravillosa exaltación! El amor divino y el amor fraterno comulgan en las cimas donde se eleva el fervor. Ella provoca la visita de los sacerdotes.

En dos ocasiones los recibe, pero "con tal cansancio y descorazonamiento" que ellos no se animan a hablarle de los santos sacramentos. A pedido de Isabelle, todas las religiosas del hospital dicen, un sábado por la tarde, rezos "para que muera como corresponde". La gracia divina no sé resiste a tales llamados, a tan suplicantes conjuros. Y. el miércoles siguiente, 28 de octubre, Isabelle ebria de alegría le anuncia a su madre la milagrosa y conmovedora noticia.

"¡Dios sea mil veces bendecido! El domingo experimenté la mayor alegría que pudiera tener en este mundo. Ya no es un triste réprobo el que ha de morir a mi lado: es un justo, un santo, un mártir, un elegido..."

El domingo por la mañana, después de la misa mayor, parecía más tranquilo y con pleno conocimiento: vino uno de los sacerdotes y le propuso la confesión; lo quiso de buena voluntad... Cuando entré y me acerqué a Arthur, estaba muy emocionado, pero no lloraba; estaba serenamente triste, tal como nunca lo viera. Me miraba en los ojos como nunca antes me mirara. Quiso que me acercase muy junto a él, y me dijo: "Eres de mi misma sangre. "Tú crees, dime, tú crees?" Le contesté: "Yo creo, otros más sabios que yo han creído, creen; además ahora estoy segura, tengo la prueba, existe". Amargamente me dijo: "Sí, ellos dicen que creen, simulan estar convertidos, pero es para que se lea cuanto escriben, es una especulación". Dudé, luego le dije: "¡Oh! no, ellos ganarían mucho más blasfemando". Me miraba siempre con el cielo en los ojos; y yo también. Quiso besarme, y: "Bien podemos tener la misma alma, puesto que tenemos la misma sangre. ¿Entonces crees?" Y repetí: "Sí, yo creo, es necesario creer". Entonces me dijo: "Hay que preparar todo en mi cuarto, arreglarlo todo; vendrá con los sacramentos. Verás: van a traer los cirios y los encajes; hay que vestirlo todo con lienzos blancos. Así pues que estoy muy enfermo..." "Desde entonces ya no blasfema, clama por Cristo en la Cruz y reza. Sí, reza, él".

Así se cumplió el milagro. La Gracia ha descendido, como una súbita iluminación, sobre este miserable. ¿Quién

lo hubiese creído? "Sí, reza, él." ¡Él que sólo tenía injurias y desafíos en los labios! El sublevado se ha sometido, el maldito es ahora un elegido. Pero la batalla librada contra las fuerzas satánicas ha sido dura, se interpusieron alternativamente derrotas y victorias. Al salir del cuarto, el sacerdote confía a la temblorosa Isabelle, con misteriosa voz: "Su hermano posee la fe, hija mía, ¿qué era lo que usted decía? Tiene fe, y puedo agregar que nunca vi una fe semejante". En efecto, en Rimbaud ha vuelto a despertar aquel antiguo instinto devorador: su insobornable necesidad de infinito espiritual, de perfección, se ha afirmado; el apetito de lo absoluto que se había adormecido en la profundidad de su alma, se abalanzó tal como sobre el pasto, sobre las esperanzas católicas. Pero apenas se halla solo con su hermana, su adhesión vacila, ahora duda, tantea buscando un apoyo en ella: "¿Tú crees?, dime, ¿tú crees...? ¿En verdad crees?"

En los días subsiguientes, la vida se aleja de él; el alma se desprende de la materia inerte en que se ha convertido su cuerpo. Entre aquél y éste no hay ya nada en común. Una masa de carne petrificada yace allí, sobre el lecho, roída por el cáncer enorme, el carcoma del fémur cuyo tumor se hincha, en monstruoso crecimiento, entre la cadera y el vientre: un tronco esquelético rodeado de miembros ya muertos. La morfina adormece este cuerpo que se diseca, se endurece, cruje por todas partes y se disuelve. Entonces se levanta una voz lejana como desde la profundidad de un sueño. El pensamiento del moribundo exhala una confianza musical y oscura. ¿Tinieblas finales o suprema lucidez? Claudel halla en esto la prueba de que su genio no había expirado, sino

que sólo estaba encadenado, mudo, y que, al romper las vallas de su largo silencio, recobraba la libertad en un vuelo sobrehumano hacia la muerte. "Despierto -dice Isabelle- concluye su vida en una especie de sueño continuo: dice cosas extrañas, muy dulcemente, con una voz que me encantaría si no me punzara el corazón. Cuanto dice, son sueños, y sin embargo no es lo mismo que cuando tenía fiebre. Pareciera, y lo creo, que lo hace expreso... Mezcla todo pero... con arte." ¿Será posible? ¿Quién descorrerá este misterio del letargo melodioso por donde se entrecruzan las caravanas etíopes y la sombra del fiel Djami? "Allah Kerim -grita-, ¡Allah Kerim!" El exótico sueño parece revivir y dominar, con un rico y colorido timbre, la aspiración cristiana, y en estas visiones de un inasible Islam, se descubre más lirismo oriental que efusión católica. ¿Pero quién osará sacar conclusiones? ¿El genial compositor de las Iluminaciones, el simbolista de Una temporada en el Infierno, habrá, en una última transposición dicho adiós a la tierra y saludado la aurora eliseana?

Por sobre este cadáver, en el claro obscuro de la agonía, en los confines indecisos de la sombra y de la luz, se abre una flor extraña que me guardaré bien de deshojar.

El 9 de noviembre, Arthur Rimbaud dictó a su hermana, sin duda para el director de una compañía de navegación, una carta breve e incoherente: "Dígame a qué hora debo ser transportado a bordo".

A1 día siguiente la muerte venía a tomar de la mano a aquel que conduciría al fúnebre navío.

Tenía treinta y siete años.

*

Algunos días después, el féretro del poeta llegaba a la estación de Charleville. Su madre fue en busca del padre Gillet, cura de la parroquia, a las ocho de la mañana y le encargó, para las diez, un servicio de primera clase. "Pero señora, es un plazo demasiado corto. No se improvisa así como así una ceremonia semejante." El cura agregó que antaño había sido, en el colegio, el profesor de instrucción religiosa del niño y que se sentiría satisfecho de poder invitar a los funerales a algunos de sus antiguos condiscípulos. Pero con la voz más seca que podía ella tener, le cortó la palabra: "¡No insista, señor cura, es inútil!"

Así, pues, el entierro tuvo lugar a la dicha hora con el ceremonial convenido. Los transeúntes se detenían en la calle para contemplar el extraño séquito: ¿quién podía ser este muerto tan abandonado de los vivos? Dos personas seguían al coche fúnebre: la madre y la hermana.

*

Muy juiciosamente descansa en el cementerio de Charleville, cerca de ellas, en la bóveda de la familia, rodeada de una modesta reja y adornada con un rosal blanco.